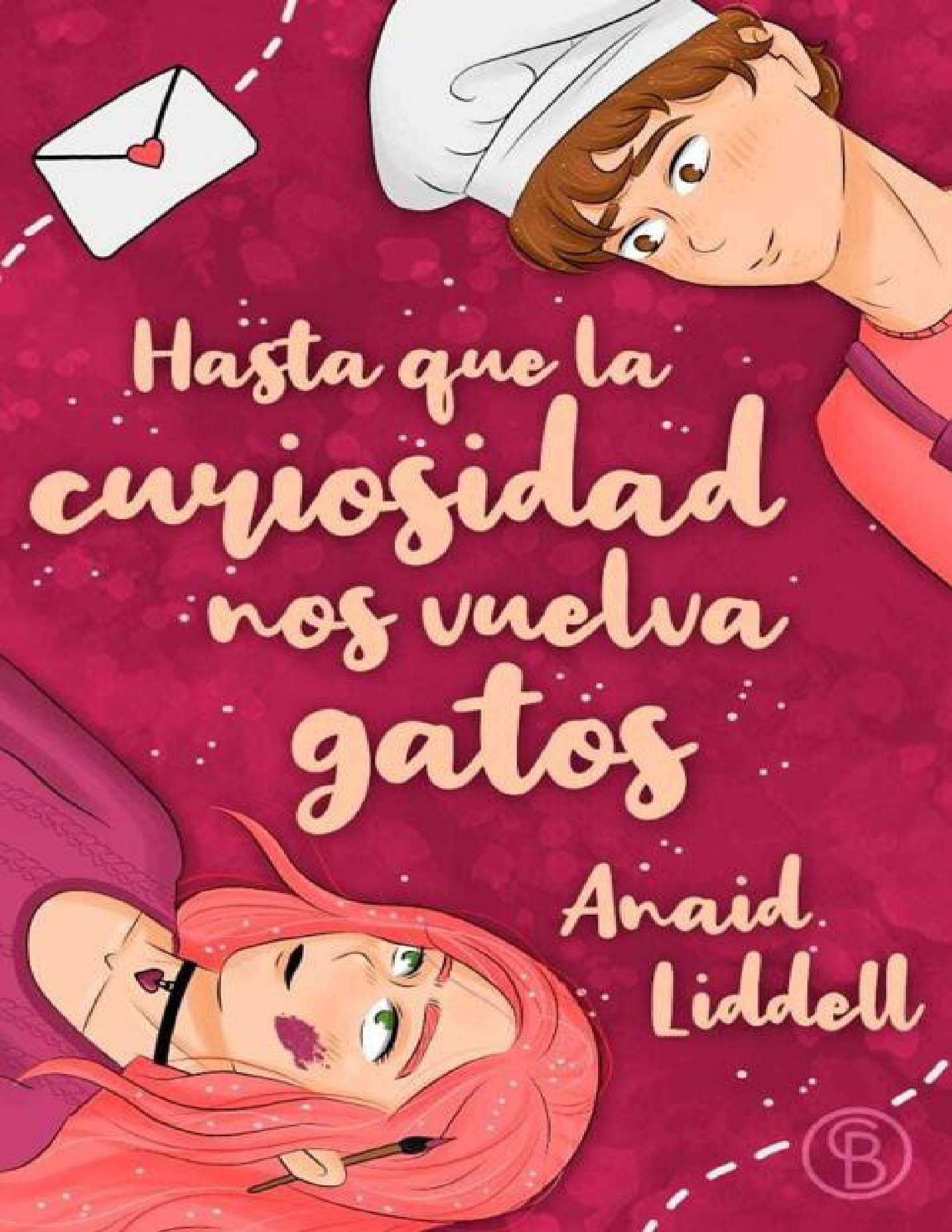


The background is a deep red with a pattern of small white dots. In the top right, a man with brown hair and a white chef's hat looks down with a slight smile. In the bottom left, a woman with long red hair and a black choker looks up, holding a paintbrush. A white envelope with a red heart is in the top left. The title is written in a large, orange, cursive font in the center.

Hasta que la curiosidad nos vuelva gatos

Anaid
Liddell



Hasta que la curiosidad nos vuelva gatos

Anaid Liddell

Derechos de autor © 2023 Anaid Liddell

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Pintor artístico
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

Para todos los que buscan el amor entre las páginas de un libro

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[1. Cincuenta y dos libros](#)

[2. Encuéntrame](#)

[3. Un sueño](#)

[4. La ladrona de historias](#)

[5. Un chico que escribió demasiado](#)

[6. Tu nombre](#)

[7. Nori no tiene que saber](#)

[8. Curiosidad](#)

[9. Porque sí](#)

[10. ¿Qué es el amor?](#)

[11. Pelirroja](#)

[12. Notas entre páginas](#)

[13. La casa arcoíris](#)

[14. El intercambio](#)

[15. Agujero negro](#)

[16. La omnisciente bibliotecaria](#)

[17. Extrañame](#)

[18. La guardiana del secreto](#)

[19. Verte, no-verte](#)

[20. La curiosidad mató al gato](#)

[21. Epifanía](#)

[22. Para siempre](#)

[23. A manzana y café](#)

[24. Cambio de carrera](#)

[25. Jueves a las 11:00](#)

[26. Nada interesante](#)

[27. Do y re](#)

[28. Estrellas Michelin](#)

[29. Orgulloso desastre](#)

[30. Budín](#)

[31. Tras la máscara](#)

[32. Nori falso](#)

[33. Siete](#)

[34. Ojos cerrados](#)

[35. De estrellas a nubes](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

*Desde que surgió la curiosidad,
hasta que nos volvimos gatos*

1. Cincuenta y dos libros

«Un líquido carmesí amenazaba con inundar las páginas».

No, no.

«La sangre formó un río hasta la figura de un Dios que, de existir, estaba a punto de conocer».

No, eso me mete en problemas de moralidad religiosa, mejor no.

«La tinta fresca se transformó en una mezcla entre su sangre y las letras, ahora ilegibles, de las escrituras en que trabajó toda su vida».

Demasiado rebuscado.

«Entonces murió».

O que tal... «Allí, tumbado en el suelo, escribió sus últimas palabras, usó como tinta la sangre derramada sobre el piso de madera que tanto se empeñaba en limpiar. El charco que dejó su cuerpo podrido por dentro y por fuera, se esparció tanto que su mensaje jamás llegaría».

No, no me gusta.

Al diablo la moral religiosa, me quedo con la segunda opción.

Llevo tanto tiempo perfeccionando este relato que no puedo conformarme con nada menos que un final perfecto. Logré el inicio perfecto y me las arreglé para encontrar las palabras exactas en cada maldita línea, no puedo arruinarlo justo al final. Aunque, de seguro, cuando vuelva a leerlo en dos semanas todo parecerán errores.

A lo largo de mi vida, en mis ratos libres, y esas horas destinadas, en teoría, a dormir, había logrado terminar al menos una docena de cuentos.

El doce es el día de mi cumpleaños, así que una docena será con lo que cierre esta etapa de historias oscuras y sangrientas.

Su único lector, el más crítico de todos, es su autor.

Sé que existe la posibilidad de enviar mis textos a alguna editorial o a un concurso literario, pero siempre me detiene la misma cuestión. Bien podían pasar de él, o hacerme esperar por lo menos seis meses con un «sí nos interesa, te hablamos», lo que implica que «si no nos interesa, jamás recibirás una respuesta. Así que mejor no esperes nada».

Tampoco es que me importe demasiado publicarlos. No tengo metas soberbias acerca de cambiar la vida a las personas. Soy de esos raros que escriben para sí mismos, que a lo mucho aspiran a gustarle a una sola persona.

No vivo en una época donde escribir a máquina sea la única opción, tiempos en que cada línea cuidadosamente planeada se perdía para siempre si le caía un vaso de agua a las hojas. No vivo allí, sin embargo, tomo la decisión consciente de hacer una sola copia de mis escritos. Una sola en todo el mundo, suena impactante.

Escribo algo, lo leo un millón de veces para dejar cada detalle impecable, lo imprimo y borro el archivo para siempre. Quizá, en el fondo, el hecho de que exista una sola copia me hace sentir que son un tesoro. Si no son especiales, al menos son únicos.

Es en el justo momento que presiono «imprimir» en la computadora y uno ese último texto a mi pequeña antología, cuando decido qué haré con ellos.

Voy a dejarlos en la biblioteca.

Parece que ha desaparecido todo rastro de cordura. Abandonar el trabajo de escritura de mi vida entre las páginas de los libros de la biblioteca de la escuela, ¡una locura!

¿Es la peor idea que se me pudo ocurrir? Probablemente sí. Pero, si al final no voy a hacer nada con ellos, ¿para qué tenerlos?

Así es como en la segunda semana de mi segundo año de universidad, un lunes por la mañana, salgo de casa con un sobre que contiene todos mis escritos. Cincuenta y dos páginas.

Estoy más tranquilo de lo que esperaba. Me veo a mí mismo como un padre que lleva a su hijo a una locación lejana para abandonarlo porque «seguro alguien puede cuidarlo mejor que yo», eso es justo lo que voy a hacer. Lo siento, la decisión ya está tomada.

A esta parte de mi vida la llamaría: *premio al peor progenitor literario*.

Las hojas están escritas por ambos lados, ninguna tiene mi nombre o algún detalle sobre el autor. Ahora que lo pienso, ni siquiera mis personajes tienen nombre. Soy ingrato con mis relatos y hasta con mis personajes.

¿Qué pasará en el momento que alguien encuentre alguna de estas páginas? Lo más probable es que cuando vean mi hoja estorbando su lectura, la tiren a la basura, sin más.

Entro a la biblioteca casi al cierre, dispuesto a encontrar cincuenta y dos libros que sirvan como el nuevo hogar de mis historias. Para que las cosas sean más interesantes, dejo cada página en un libro diferente, sin relación entre los temas y en puntos alejados de la librería. Nadie podría adivinar dónde está la siguiente.

No me lo pienso mucho al doblar las hojas por la mitad para encajarlas. Escojo los libros más gruesos, los más polvorientos, esos que están hasta arriba de la estantería. Anoto sus coordenadas: me gustaría poder observar cómo poco a poco desaparecen.

Algunos quedan en la sección de física, otros en la de literatura, biología, química, veterinaria. No discrimino.

Dejo para el final mi relato favorito: «La última sensación». Si lo comparamos con comida, este relato es el equivalente a un ramen: una mezcla de cosas que al final te dejan calentito. Le tengo un cariño especial.

Ese es el único cuya primera página dejo en uno de mis libros favoritos.

¿Y si solo conservo este? No, no, todos deben recibir el mismo trato. Más o menos.

Cuando coloco la última hoja en su lugar me retiro sigilosamente. Es ridículo que a estas alturas me preocupe por no parecer sospechoso. Como si no hubiera recorrido la biblioteca entera sin llevarme ningún libro.

El corazón se me hace un nudo.

«Tranquilo, hiciste lo correcto», me repito cual mantra mientras camino a la salida del campus. Me encuentro con la luna asomándose por encima de mi cabeza y un paisaje desolado, apenas hay un par de estudiantes en los pasillos.

La puerta grande de la entrada se ha cerrado, queda abierta la pequeña. Señal de que me ha tomado mucho tiempo dejar las hojas. Los encargados solo quieren que nos vayamos todos ya.

Camino visualizando la salida. Pronto mis pasos se vuelven lentos, porque a mi corazón le pesan demasiado mis acciones.

—Mierda —maldigo en voz alta.

Fue una pésima idea, ¿por qué pensé que esto era razonable?

No, no puedo dejarlos ir.

Comienzo a correr.

Tengo que recuperarlos antes de que alguien se los lleve o los arroje a la papeleta. Mi corazón va a salirse del pecho, irá a buscarse a otro que no cambie de opinión como de calzones. O más bien se buscará a alguien que lo trate como es debido: que coma menos azúcar y salga a correr todas las mañanas. Si hiciera más ejercicio, no sentiría que me falta el aire a mitad de

camino.

Desacelero cuando veo a la bibliotecaria salir. Está cerrando la puerta pequeña tras de sí. Todas las luces se han apagado ya, solo le falta poner el candado.

—¡No, espere! —grito. Faltan unos metros para alcanzarla.

La señora es una mujer mayor, calcularía que pasa de los sesenta y cinco años. Lleva unos anteojos pequeños de pasta gruesa, el cabello atiborrado de canas, piel blanca y arrugada que no me deja distinguir el color de sus ojos. Su mano tiembla mientras intenta colocar el candado. Me nota justo antes de cerrarlo y mis esperanzas se renuevan.

—¿Qué pasa, jovencito? —Tiene una de esas sonrisas dulces de señora mayor— ¿Olvidaste algo?

—Sí, ¿podría dejarme entrar? Será un segundo.

Mentira, me tomaría al menos diez minutos, quizá media hora. Mejor deme las llaves y yo cierro, señora. Vendré a primera hora para que puedan abrir. No se preocupe, juro que no robaré nada, soy buen chico.

Mis esperanzas se desvanecen cuando escucho el clic. El clic de un candado cerrado. Creo que eso es un no.

—No te preocupes, dime qué olvidaste y yo mañana lo busco antes de dejar entrar a los muchachos. A la hora que puedas venir te lo doy.

¿Cómo le digo que dejé cincuenta y dos hojas distribuidas en cincuenta y dos libros de secciones diferentes entre todas las estanterías? Tiene ese rostro dulce que me dice que si le diera mi libreta con las coordenadas, ella los buscaría a primera hora, pero no quiero torturarla de esa manera.

—No es nada. Gracias de todas formas. —Sonrío antes de girarme para seguir mi camino —. Que tenga buena noche.

Camino a la salida, cabizbajo. No iba a poner a esa pobre señora a resolver mi rompecabezas. Ni quisiera quiero entretenerla con mis disparates. Quizá se preocuparía por mi salud mental y me recomendaría ir al psicólogo de la escuela.

Vendré mañana por las hojas. Seguirán allí.

Paso la noche en vela metido en internet, buscando maneras de restaurar archivos borrados de la computadora. Las respuestas no son alentadoras: el único que tal vez podía recuperar es el último. Oculté mis historias tan bien que no hay manera de que vuelvan.

Me digo que nadie las tomará, no si voy temprano, muy temprano. Mejor a dormir, chico, esas ojeras que me cargas están por algo.

∞∞∞∞

Me levanto a primera hora del día siguiente. Quiero ser el primero que llegue a la escuela. A mi tía le parece un poco extraño que salga de casa apenas el sol se asoma, le digo que iré a estudiar a la biblioteca; la mitad de la frase es cierta.

Para mi sorpresa, ya hay al menos otras quince personas esperando para entrar, ¿desde cuándo se volvieron tan estudiosos? Me asomo a analizarlos. No pueden ganarme. Los declaro, por ahora, mis mayores enemigos. Parece que reconozco a un chico de mi clase, también a una chica que no atino de dónde me suena y tampoco me detengo mucho a pensarlo.

Minutos después, la misma mujer abre la puerta y nos deja entrar a todos con su sonrisa amigable.

—Hola, muchacho —saluda, entusiasmada—. ¿Vienes a buscar lo que olvidaste ayer?

—Sí, señora. —No quiero ser grosero, en cualquier otro momento me quedaría charlando, pero ahora no.

—Oh, ¡por favor! Me llamo Clarease. Te veo aquí todo el tiempo.

—¿De verdad? Creo que me encierro en mi cabeza y no presto mucha atención, lo lamento.

—No te preocupes, los libros suelen causar ese efecto. Bueno, te dejo ir a buscar el tóper que olvidaste. —Me da una palmada en el hombro y va a la silla del escritorio. La vigilo hasta que logra sentarse, me da la sensación de que podría caerse.

—Gracias —susurro antes de salir corriendo en busca de mis hojas.

Sigo las coordenadas de mi lista en el mismo orden que la escribí anoche.

Encuentro la primera hoja y la beso. Quiero abrazar a cada una y pedirles perdón; no lo hago, solo conseguiría arrugarlas y verme como un loco ante la creciente y estudiosa población.

Uno a uno, mis bebés vuelven a mí. Recupero por completo mi primer cuento, luego el segundo, y el tercero. Pensaba que perdería alguna página en el tránsito, pero no, por fortuna, todas siguen intactas.

Cincuenta y una páginas han vuelto a mí, pero la última no.

Cuando busco la primera página de mi relato favorito en el libro de *El gran Gatsby*, no hay rastro de ella. Recorro las páginas con el pulgar, volteo el libro de cabeza y lo sacudo. Mi hoja no está. Sin embargo, el libro no está vacío. Miro con más cuidado, y noto que en la página cincuenta y dos hay un pósit rosa pastel que dice:

No me dejes con la intriga, necesito saber qué pasa después.

2. Encuéntrame

No sé quién eres. No sabes quién soy. Pero, si has recibido esto, solo te pido algo: encuéntrame.

Me tomó más tiempo del que quisiera admitir darme cuenta de que aquel fragmento era el inicio de un relato y no una nota de auxilio de una persona secuestrada. Es ridículamente extraordinario lo mucho que puedo imaginar en menos de un minuto.

Esta mañana vine más temprano de lo regular a la biblioteca. La profesora de la última clase de ayer nos pidió un libro ilustrado y monumental sobre Historia de la Arquitectura, del cual apenas hay unas diez copias disponibles. Podía leerlo en digital, pero no soy fan de ese formato.

Anoche intenté ir por él apenas acabó la clase, lo único que conseguí fue caminar en vano para encontrar a la señora Clarease cerrando la puerta con candado y negando la entrada a otro pobre chico. Seguro que él estaba en la misma situación que yo, quería conseguir su libro a toda costa antes de que se agotara, eso siempre pasa.

Llego a primera hora, las puertas siguen cerradas y hay al menos otros diez chicos esperando en la entrada. Algunos de los que aguardan son de mi clase o los he visto salir del salón de la misma profesora. Se trata de una guerra a muerte que se librará hasta agotar existencias. Estos tipos son, por ahora, mis enemigos.

Me escondo de la bibliotecaria, Clarease siempre me saluda, pero en esa ocasión no tengo tiempo. Por fortuna, ella está ocupada charlando con alguien más.

A la entrada observo a varios dirigirse a la sección PQ, al igual que yo. Sí, esto es una competencia.

Hablo en serio al decir que odio leer en digital, por eso estoy dispuesta a empujar, golpear, morder o lo que haga falta para conseguir mi libro. O no, probablemente si tomo la última copia y alguien llega a pedírmela, se la daré, así como le daba a los niños mis caramelos en *Halloween*.

PQ 450, ¡al fin! Observo el espacio vacío entre los libros de Historia y los libros de Arquitectura, donde debería estar mi libro, pero no me resigno todavía.

Recorro los lomos, solo para confirmar mis sospechas: se han agotado. ¡Es físicamente imposible!, juraría que fui la primera en llegar a esos estantes. No sé en qué momento mis enemigos se escabulleron y me adelantaron, quizá hay superhéroes escondidos entre los simples mortales. O los más rápidos se llevaron todo ayer.

Observo una chica que camina aferrada al libro que debía ser mío, lo toma con tanta fuerza que no hay duda: se trata de la última copia.

Si pintara esta escena, colorearía toda la biblioteca en café y azafrán, para darle el efecto de un pergamino; luego pondría a la chica en el foco, con el libro color escarlata.

Desisto de mis instintos animales de correr y arrebataré cuando la señora Clarease me saluda con su tierna sonrisa desde el otro lado de los estantes. No quiero que se decepcione de mi fachada de niña buena.

Para consolar mi pena, me dirijo a la sección de literatura a escoger el próximo libro que saque de mi lista de pendientes. Calculo cuánto tiempo dispondré para leer esa semana para aproximarme a la extensión en páginas que podría permitirme.

De verdad quiero rebajar esa lista de libros por leer, pero *El gran Gatsby* está allí haciéndome ojitos para que me lo lleve por tercera vez este año.

Hojeo varias de las copias para encontrar la más decente, no quiero llevarme un libro al que le falten partes o cuyas hojas se mantengan unidas en contra de las leyes de la gravedad. Mi método quizá es un poco agresivo: pasar las páginas con el pulgar, luego, voltearlo de cabeza y sacudirlo para comprobar el pegamento.

En medio de la revisión de uno de los ejemplares, una hoja sale volando. De inicio pienso que alguien usó uno de sus viejos trabajos como separador y lo olvidó. Pero no.

Me dejo llevar por la curiosidad. Por lo menos quiero saber de qué es el trabajo. Lo juzgaría como si yo fuera la profesora. «No pusiste los puntos de las i, reprobado».

Es entonces que me encuentro con esa impactante primera línea.

La frase logra que mi corazón se achique por un momento. Como dije, es increíble la cantidad de cosas que puedo imaginar en unos segundos. Alucino con que la dulce bibliotecaria tiene a una chica secuestrada aquí mismo, y esta dejó una larga nota esperando su rescate. Sé dónde podría tenerla escondida, planeo mi distracción y hasta tengo en mente cómo serían los titulares de los medios amarillistas.

Abortar misión, es solo un relato.

Bueno, no un simple relato, es uno muy bueno. Cuando quiero darme cuenta, ya estoy dando la vuelta a la página, intrigada. Y en menos de un parpadeo, termino con la hoja.

«... Entonces, la divisó al otro lado de la habitación, la distancia entre ellos se sentía como estar al otro lado del mundo. Quería correr hasta ella, pero».

Y así termina la página.

—¡No!, ¿qué sigue? —grito en voz alta. De inmediato tapo mi boca y pido disculpas al aire.

¿La vio?, ¿«pero»? ¿pero qué? Pero estaba muerta, seguro que eso dice. Sí, tiene que estar muerta. Quizá está viva, o puede que la sombra que la perseguía se haya apoderado de ella. O no, ¿qué demonios pasó después?

Sacudo el libro de nuevo, más agresiva: nada. Paso las páginas una por una: un desperdicio de tiempo. Me dirijo al resto de los ejemplares para realizar el mismo ritual: inútil, vacíos.

Decepción, tragedia, no puede pasarme algo así.

Es como si Michelle me contara una de sus aventuras amorosas, para luego dejarme a la mitad. No puedo soportarlo. No hay nada peor que una historia con un final ambiguo. Necesito que termine bien o mal. No importa.

¿Quién dejó esa hoja allí?, ¿y con qué intención? Podía tratarse de una simple confusión, algo insignificante. Quizá alguien tenía su respaldo y había decidido dejar una copia de un cuento solo porque sí.

Busco el título del relato en internet, pero no aparece nada. Bueno, sí, hay una historia en Wattpad sobre una chica ciega condenada a morir por cáncer con el mismo título. Ni siquiera se parece.

Decido escribir una nota. Una decisión sencilla, ya que no espero que nadie la encuentre. Lo deseo, aunque no parece probable.

De mi mochila saco una bolsita con mi juego de pósit color pastel. Tomo el rosa, porque ese es el color para las cosas importantes. Pido a quien haya escrito aquello que me quite la intriga entregando las siguientes páginas. Si son cien o mil, las leería.

Guardo aquella hoja en mi mochila: si el escritor jamás aparece, al menos puedo tener este pequeño recuerdo. Una prueba de que no me lo imaginé, y una forma de contarle mi experiencia a Michelle más tarde.

Pego la nota y cierro el libro. Luego, lo dejo justo donde lo encontré. Es el quinto libro de la

fila: necesito anotar las coordenadas justas.

Planeo volver más tarde para averiguar si, en un extraño milagro, el autor resulta tener la manera más rara de compartir sus escritos. Y si no, quedarme con la duda eterna de qué pasó con la chica perseguida por la sombra y el convicto condenado a muerte.

Tomo otra copia de la novela y la llevo al escritorio de Clarease para que selle mi préstamo.

—Hola. —Ella sonríe como de costumbre.

—Hola, ¿cómo has estado, Clarease?

—Oh, ya sabes que las personas a mi edad siempre tenemos algo de qué quejarnos: hoy es la espalda. Pero fuera de eso, todo bien.

Esta señora es un ángel, una de las personas más interesantes que conozco. Algún día le pintaré un retrato donde una especie de aura de luz la rodee. Será dorada y contrastará con las líneas grises de su cara.

—Intenta estar sobre el respaldo de la silla, no te encorves, eso puede ayudarte.

—Gracias, prometo que lo intentaré. —Sonríe nuevamente y me da unas palmaditas sobre la mano—. Por cierto, qué bueno que te veo —agrega a la vez que se remueve en la silla buscando dentro de su bolsa—: ayer por la noche vinieron varios chicos a pedir un libro que tiene poquitas copias. Cada año la profesora Myriam pide el mismo libro y los estudiantes se vuelven locos por llevarlo. Ya sabes, por las imágenes y esas cosas. En fin, sé que tienes clase con ella, así que guardé una copia para ti.

¡Oh por Dios! Clarease, eres la mejor.

—¡No puedo creerlo!, quiero abrazarte. Muchas gracias, en serio.

—No es gran cosa, a la próxima puedes llamarme y le arrebataré el libro a los demás con cualquier excusa.

—Una faceta salvaje tuya, desafiando las reglas: me agrada.

—¡Oh, niña!, no digas tonterías. No es una fase, es mi forma de ser.

3. Un sueño

Por instinto, miro en todas direcciones, para encontrar aquella persona que escribió la nota. Por segundos, un escalofrío me recorre. Siento una mirada sobre mi nuca, a pesar de que no hay nadie, o al menos no nadie que me mire con una sonrisa sospechosa, como suele suceder en las películas.

Estoy como dentro de un sueño. Esta situación es similar a las que había imaginado al dejar mis escritos, una ilusión que en realidad no pensé que fuese a suceder. En cualquier momento voy a despertar y descubrir que se trata de una de esas tantas noches en que me siento tan nervioso antes de un gran evento que paso toda la noche anterior soñando con los posibles escenarios.

Esta situación es como suspenderse en algodón de azúcar: perfecta y dulce, ideal para caer.

La letra parece ser de una chica. Y no, no creo que la caligrafía bonita sea exclusiva de las mujeres; y los garabatos hechos pasar por letras sean exclusivos de los hombres. Pero algo me dice que se trata de una chica. No es nada en particular, nada que no pudiese hacer también un chico. Es solo cosa de mi instinto.

Tiene la letra más hermosa que he visto jamás. De esas cursivas con las que puedes fluir siguiendo cada línea. Aún hay gente que escribe con cursivas, quién lo diría. La tinta corrida al final de cada palabra, la inclinación, la delicadeza en cada trazo: arte puro.

El recorrido de la tinta me recuerda a una cúpula de caramelo, de las que se ponen para coronar un postre. A la vez parece haber sido trazado con un pincel.

Digamos que ya me tiene.

Busco una vez más a mis alrededores, fijo la mirada en las chicas que permanecen en la sala. Si mi chica misteriosa sigue aquí, podría estarme observando. Quizá estudia mientras espera a que el escritor misterioso aparezca. Sostengo por lo alto el libro, casi exhibiéndolo, sacudiéndolo frente a la mirada de los presentes.

Me miran varias de ellas, sí, pero ninguna con pinta de reconocirme, más bien encarnan las cejas calificándome de raro.

Una chica de cabello castaño hasta las caderas camina en mi dirección en línea recta, con la mirada al frente. Quizá viene por mí, quizá es ella. Abro el libro de par en par y con el pósito aún pegado en la página. Trato de hacerme el interesante como si apenas estuviera leyendo la nota y me imagino saludando con un: «Hola, llegaste justo a tiempo».

En cambio, la chica pasa de largo y me quedo allí, como un tonto. No más intentos estúpidos, debió dejar una nota porque tenía que irse. O estaba allí, pero prefiere el anonimato. El caso es que mis fantasías de hacerme el interesante no son más que eso.

No lo pienso demasiado para dejarle la siguiente página, tal como lo pidió. Doblo la hoja por la mitad y reemplazo su nota rosa pastel. La sensación de que todo esto es un sueño hace más fácil abandonar la hoja a su suerte nuevamente.

Al salir, me despido de la señora Clarease a lo lejos. Ella me dedica una sonrisa y agita su mano para decirme adiós.

No me distrae demasiado la idea de mi relato en aquel libro por el resto del día. Sigo como cualquier otra mañana: entre clases, caminando por los pasillos de la escuela y compartiendo el almuerzo con Adam.

No es hasta después de todo aquel día, que me doy cuenta de que no estoy soñando. En mis

sueños nunca voy a clases, por fortuna. Además, esa sensación de adormecimiento se fue desvaneciendo durante el día.

Cuando doy un tropezón con una de esas grietas que jamás entenderé cómo se forman en las banquetas, caigo en la cuenta de que todo lo que sucedió fue real. *Inception* me enseñó que siempre despertamos con un tropezón, un golpecito, una patada. Y yo no había despertado.

En ese preciso momento, corro de regreso a la biblioteca para recuperar esa página, ¿cómo demonios se me ocurre dejarla para alguien que ni siquiera conozco?

—¿De nuevo por aquí? —saluda la bibliotecaria.

—Es importante estudiar todos los días, ¿no? —Le sonrío y a ella parece hacerle gracia. Vuelve la mirada a sus papeles y yo puedo continuar mi camino.

Ya tengo memorizada la ubicación del libro: sala B, tercer estante a la derecha, segunda hilera, tercer recuadro, quinto ejemplar. Lo tomo, lo abro y me encuentro con una nueva nota.

Una historia demasiado corta, pero me encantó ese final, ¿tienes más?

¿Estás seguro de que no sigues soñando?

Guardo el pósit —que ahora es color violeta—, lo pego en la última hoja de uno de mis cuadernos. Saco mi carpeta con el resto de las hojas y selecciono la primera página de otro de mis relatos. Una selección especial para aquella chica de la biblioteca.

Así es como llegamos a esta tradición donde yo dejo una nueva hoja cada día y ella deja una nota con su preciosa letra cursiva. He pasado mis últimos días esperando ver qué parte le gusta más. Escucho sus teorías y cómo me maldice por los finales trágicos.

No le he dicho que tiene la letra más hermosa del planeta, ni que todos los días espero el momento de ir a leerla.

4. La ladrona de historias

Aniversario

La sonrisa en mi rostro era imposible de ignorar por cualquiera de los transeúntes. Las calles lluviosas opacaban la luz, pero con mi paraguas amarillo y mi felicidad radiante, me sentía como un sol para toda la ciudad. No podía estar más feliz, finalmente mi jornada había terminado y podía pasar el resto del día con mi amada.

El clima no era ningún problema. Preferíamos pasar el día entero en casa. Sobre todo ella.

La lluvia le venía como anillo al dedo a mis planes. Mientras escuchaba caer los relámpagos detrás de mí, me tomé unos minutos para caminar por la ciudad comprando las cosas que necesitaba para tener la noche perfecta.

Pasé a la tienda de DVD para rentar una película romántica, una de esas que a ella le encantan. Confieso que la llevé un poco con la esperanza de que mientras la veíamos se acurrucara en mi pecho y se quedara dormida abrazada a mí. Después, me dirigí a una tienda de artículos de temporada, seguíamos en febrero y tenían un montón de regalos para San Valentín. Buena época para estar de aniversario.

Le llevé chocolates amargos, sus favoritos; una caja de bombones envinados con forma de corazón; y un ramo de rosas amarillas que, por cierto, tuve que conseguir en otra parte de la ciudad, pues al parecer las rosas amarillas no son las favoritas de la mayoría. No podía llevarle unas simples rosas rojas si sabía cuáles eran sus preferidas.

—¿Son para su esposa? —preguntó el vendedor.

—Sí, lo son. —Mi sonrisa debía delatarme.

No estábamos casados aún, pero no había necesidad de aclararlo. Hablar sobre ella siempre me ponía contento, incluso si no decía su nombre. Me gustó imaginarla brincando de felicidad en dos semanas cuando le ofreciera un anillo, seríamos esposos de verdad.

—Ella debe ser una chica con suerte —comentó al entregar el ticket y mi cambio.

—Lo es.

Al llegar a casa saludé como de costumbre «Ya llegué, mi amor». Ella no respondió.

Bajé al sótano a paso apresurado, debía estar allí.

Lo estaba: qué alivio.

—Mira, amor, traje esta película y te compré unos bombones y estos chocolates. Espero que te gusten.

No me dijo nada, ni siquiera volteó para mirarme.

—¿Amor? ¿Lo olvidaste? Hoy cumplimos nuestro primer año juntos.

No respondió. Me pareció extraño.

—¡Oh! Traje rosas amarillas, tus favoritas.

Aún nada.

¡Qué idiota!

Desaté la mordaza que cubría su boca: por eso no podía responderme.

—¡Ayuda! —comenzó a gritar de inmediato.

No me quedó más remedio que tapar su boca con mi mano. Alcancé a distinguir sus palabras con algo así como «déjame ir» mientras volvía a atarla. Lo mismo de siempre. Últimamente, era lo único que decía.

Decidí hacer a un lado mi molestia por su malagradecida actitud. Ella no había hecho fácil este primer año juntos. Me levanté para poner la película en la televisión frente a su cama. Por desgracia, ella y yo no podíamos dormir juntos, ya que mi habitación no era a prueba de ruido como la suya, aunque intentaba que su cuarto fuera lo más cómodo posible.

—¿Recuerdas hace un año? —relaté con nostalgia. Contestó con un gemido mientras una lágrima solitaria le perlaba la mejilla—. Yo sí. Estabas en tu jardín regando tus rosas amarillas, entonces vi al idiota del vecino acercarse a ti. Me molestó mucho, porque en tres meses que llevabas aquí, yo no me había atrevido a hablarte. En cambio, en un segundo, a él ya lo estabas invitando a tu casa. Como una fácil. Aunque te perdoné porque sabía que tú no eras así.

Ella lloró. Seguro que estaba arrepentida por haberse comportado como una cualquiera frente al amor de su vida. Sé que se hubiera disculpado si no estuviera amordazada.

—Pero bueno, no quiero recordar cosas malas hoy. Ese amargo momento es... un mal sueño, nada más. Ahora todo está bien, estás aquí conmigo. Después de todo: este es nuestro día.



Para el tercer párrafo sabía que algo andaba mal, el chico de la biblioteca jamás habla de cosas felices, sus historias nunca terminaban bien. Hacia la mitad, mi corazón se estrujó, la sensación de miedo me invadió, como si yo estuviera allí. El final me dejó tan anonadada y tan vacía que... ¿Cómo podía no pedirle más historias?

Pasados los días, la señora Clarease se acostumbró a verme por allí. Aunque siempre he sido un ratón de biblioteca, ahora voy a diario sin llevarme aparentemente nada.

Temprano por una nueva hoja que siempre me deja con la intriga; luego, el chico de la biblioteca deja otra, sospecho que en algún momento de la tarde.

Mi necesidad de subrayar las hojas me ganó. Quería escribir mis impresiones y subrayar con mi particular código de colores las mejores líneas.

Rosa para las cosas importantes, verde para las frases que pondría como encabezado de una foto de paisaje, azul para todo lo que me asusta, amarillo lo que da risa —aunque no parezca, hay pequeños detalles de humor—, y naranja para lo que me hace pensar en teorías.

Él aprobó mis subrayados. O eso creo, lo único que hay como respuesta es un: ^ ω ^. Subrayo eso con amarillo.

Después de dos o tres meses tengo acumulados todos sus relatos en un rincón especial de mi apartamento.

El autor no ha intercambiado ni una sola palabra conmigo. Me da la impresión de que es un chico por su forma de escribir, pero necesito de su caligrafía para confirmar. Más allá de mis notas iniciales, no hay nada entre nosotros. Aunque en mis notas de respuestas no le pidiera que dejara la siguiente, él lo hacía.

Su última lectura era una maravillosa historia acerca de un chico que subía al autobús junto con un hombre de mal aspecto cargando una bolsa negra voluminosa. El relato, como siempre, era perfecto. Estaba asustada al leer; sentía que todo se iba a descontrolar de una línea a otra, incluso llegué a tener la sensación de que había alguien detrás de mí.

En el final, el chofer del autobús se detiene para pedirle al hombre ver lo que hay en la bolsa, o de lo contrario tendría que bajarse. La tensión me recorría por completo y en mi estómago se hizo un nudo esperando lo peor, seguro que el tipo les daba un tiro a ambos. Casi

toda esa hoja terminó llena de azul.

El hombre misterioso se baja molesto, pero deja la bolsa en la parte trasera del autobús, como si quisiera deshacerse de algo o dejar que el protagonista descubriera el verdadero contenido. Uy, ¡y al abrir la bolsa! Fue increíble.

Tengo muchísimas ganas de contarle a alguien, compartir mi reciente fanatismo. Pero solo tengo una amiga con la cual hablar y ella no es precisamente fanática de leer. Esa es Michelle.

Ella siempre está dispuesta a escucharme, aun si el tema le da igual, pero no hace falta torturarla con eso. Además, ¿qué tal si el chico de la biblioteca no quiere que nadie más lo lea? Si tan solo me dijera una palabra, una palabra que no saliera de un personaje, sino de él.

Y es hoy que recibo la primera nota con su letra alta y alineada:

Son todos

Ah.

Se acabó. El fin de esta loca aventura de lecturas anónimas.

Las cosas podrían ser diferentes, podríamos quizá entablar una conversación si tan solo hubiera puesto algo más en esa nota. No sé, ¿hola? Podía haberme saludado, reclamado por haber leído tan rápido algo que, de seguro, le había tomado tanto tiempo hacer, pero no dice nada.

Se trata de una despedida.

O tal vez no. Tal vez es a mí a quien le toca decidir qué pasa después. Me toca decidir el final. Y yo odio los finales inconclusos, por eso escribo una nota más.

5. Un chico que escribió demasiado

Las páginas se agotaron, vi irse de inicio a fin cada una de mis historias. La chica de la biblioteca nunca las devolvió y yo tampoco se las pedí. Llegó el final y no tuve el valor de pedirle que me dijera su nombre, que me hablara más de ella, o siquiera decirle que me devolviera mis escritos. Al final me limité a informarle con el tono más neutral que se habían agotado las historias.

Idiota.

Después de cincuenta y dos días escolares, algo así como diez semanas. Demasiado tiempo dedicado en entrar en la biblioteca sin llevarme libros. Dicen que cuando realizas una actividad durante veintidós días continuos se vuelve un hábito, ¿cuenta si son días escolares? Es una forma linda de decir que a las personas nos gusta la rutina, tanto que hasta creamos un parámetro para ello.

Tal vez sea por eso que estoy a mitad de la clase de ética y me arrepiento de no haber dejado nada más: un saludo o todas mis preguntas esperando todas sus respuestas. A lo mejor ya es demasiado tarde para corregir la situación, quizá las cosas debían ser así.

A estas alturas, me parece que echaré de menos saludar a la señora Clarease a diario, releer el escrito del día y emocionarme imaginando su reacción. Hay cosas que parecen irrelevantes hasta que dejas de hacerlas.

Ahora que se acabó, ella se quedará con mis historias, ¿quién sabe?, quizá manda mis escritos a una editorial y los publica en una antología como si fuesen suyos. Un día cualquiera entraré a una librería, veré un libro de cuentos, los títulos me parecerán familiares y al leerlo descubriré que son míos. En ese caso solo podría pensar: bueno, al menos sé que eran lo suficientemente buenos como para publicarse, ojalá se vendan bien.

Y por fin sabría la identidad de mi ladrona de historias.

No planeo volver a visitar aquel libro de la biblioteca, me sentiría como un completo idiota si volviera por el libro, lo abriera y no hubiese nada. Aunque, pensándolo bien, no le tengo miedo al ridículo, cosa que se demostró cuando abrí el libro con cero discreción en mi ridícula búsqueda por la chica de las notas color pastel. Quizá no es malo quedar como tonto si hay una pequeña posibilidad de encontrar sus letras de nuevo.

No lo sé. Soy muy dramático con esto.

En la siguiente clase, la profesora de economía nos pide hacer una investigación. Es de esas que no aceptan un trabajo hecho en computadora o con una bibliografía sacada de internet.

Adam hace equipo conmigo, como de costumbre. A la salida, insiste en procrastinar el proyecto, y en circunstancias normales dejaría que se hiciera el tonto un par de días, pero hoy no.

Estoy buscando bibliografía por adelantado, quiero ser un alumno responsable. No, no, no. Por supuesto que no estoy usando esto como excusa para saber qué pasó con la ladrona de historias.

Caminamos a la biblioteca, debería ser rutinario y aburrido, pero estoy nervioso. Me sudan las palmas, humedezco las cubiertas de los libros. Adam habla de la chica que le gusta, pero mi cabeza hoy no está bien para escucharle.

Como hacer el arroz para la cena y que se te queme; finges que no sucede nada y comes con disimulo, pero sabes que en cualquier momento rasparán la olla de más y sospecharán de cada grano servido en sus platos. Adam no tiene idea de lo fuerte que late mi corazón o de que mi arroz está quemado.

—Adam, voy a la sección de economía para ver qué encuentro. Tú ve a las computadoras para encontrar más libros del tema en otras secciones, te veo en esa mesa en veinte minutos.

—Como ordene, mi capitán. —Adam se pone firme de un salto, hace un gesto con la mano sobre su cabeza y se retira.

No quedan ni relativamente cerca la sección de economía y la de literatura. No voy a fingir que camino a la sala B por gusto, ni que confundo el tercer estante a la derecha con el segundo. Tampoco negaré que me encuentro en la segunda hilera, tercer recuadro, o que tomo el quinto ejemplar de *El Gran Gatsby* por coincidencia.

Mi corazón se detiene al notar que en la página cincuenta y dos hay un nuevo pósit, esta vez de un verde pastel.

¿Quién eres?

No logro disimular mi sonrisa al leer. ¡La chica de la biblioteca me escribió de vuelta! A pesar de todo.

Bien, no hay que arruinarlo. Pero, ¿qué clase de pregunta es esa? ¿Quién soy? Diablos, describirme en un par de líneas debe ser la cosa más difícil que me ha pedido hacer.

No llevo conmigo esa tarea de autobiografía que hice para un taller y tampoco puedo contarle mi vida en una carta del tamaño de un pósit. No sé qué responder, así que no lo hago. Voy a apurarme para encontrar los libros por los que Adam espera mientras pienso cuáles son los puntos más relevantes de mi existencia.

Bien, ahora piensa. Quizá lo primero que deba decirle es que soy un chico: importante. ¿Qué otra cosa?, bueno, ella me conoció por la escritura, tengo que hablar un poco de eso: anotado. ¿Contarle sobre mi familia?, ¿que estudio una carrera que nunca me ha entusiasmado?, ¿que soy huérfano? No lo sé. No creo que espere que le relate mi vida.

Podría decirle mi nombre, aunque no sea especialmente bonito, no tan interesante como para iniciar una conversación. La elección de carrera es un tema recurrente al conocer a alguien en la universidad, buena idea, aunque no es una historia muy épica.

Mi historia familiar es un poco caótica como para comenzar con ello; no acostumbro hablar del tema, las personas suelen responder con un «oh, lo siento», ¿sienten qué? Es extraño que se compadezcan de ti por la muerte de alguien que jamás conociste. Les digo «En realidad no me importa», y se me quedan viendo raro, les parezco un insensible; pero es que de verdad no me importa, me ha ido bastante bien sin padres, ¿se supone que debo entristecerme siempre que me lo mencionen?

En fin, me desvíó.

Ella intenta empezar una conversación y de una manera inteligente: no hay pregunta más truculenta que un quién eres. La pregunta en sí no tiene utilidad, lo que en realidad quieren saber es *cómo* eres. ¿Te halagarías?, o, ¿hablarías de ti como si fueras la peste negra? Debo evitar caer en cualquiera de los dos extremos.

Recuerdo haber hecho esa pregunta a mi profesor de filosofía en la preparatoria, a lo que respondió algo como «No puedo decir quién soy, porque describirme en unas líneas sería estarme limitando en lo que puedo ser y lo que no».

Vale, ya sé lo que voy a decir.

Solo soy un chico que escribió demasiado y no sabía qué hacer cuando sus ideas se agotaron. Allí es donde entras tú, querida chica de la biblioteca, ¿quién eres tú?

6. Tu nombre

No estoy muy segura de que el chico de la biblioteca vaya a responderme, pero si lo hace, tiene por delante una tarea difícil.

Preguntar a alguien quién es siempre es una especie de trampa. Puedes ser engreído, querer contar tu biografía, despreciarte a ti mismo, solo decir tu nombre, etcétera. Hay pocas cosas que puedes hacer para quedar neutral; sin embargo, él supo cómo.

No me molestaría seguir con estas preguntas existenciales y difíciles de responder, me encanta su manera de evadirme.

Ahora quiere voltearme la pregunta, ¿quién soy yo? No, no va a lograr complicarme con esta clase de cosas. No puede usar mis hechizos contra mí.

¿Quién voy a ser? Soy tu querida chica de la biblioteca.

Toca esperar un día completo para recibir una nota más. Me parece una tortura. Debería ocupar mi cabeza en cuestiones importantes como: arreglármelas para tomar clases de pintura entre semana, zafarme de mis padres un par de días o encontrar la manera de pasar menos tiempo cocinando y más tiempo comiendo. En lugar de eso, él se adueña de mis pensamientos.

Muchas veces me persigue la tentación de ir a la biblioteca por la tarde, sin esperar hasta la mañana siguiente. Sé que no voy a hacerlo, ¿qué pasa si lo encuentro dejando la nota? Ni idea. No es algo que quiera averiguar.

Para mi fortuna, tengo demasiadas cosas que hacer como para ocupar mi cabeza con ese chico. Cada minuto de mi vida está cuidadosamente planificado, sin huecos intermedios, ni siquiera para divagar.

Estudio una carrera universitaria, cosa que de por sí es suficiente para mantener a cualquier persona ocupada 24/7. Mis padres pagan un apartamento que me facilita la cuestión del transporte, algo que jamás lograría hacer por mi cuenta, incluso si me consiguiera un trabajo de medio tiempo en el que pagaran demasiado bien. Digamos que el mío es más costoso que el departamento promedio.

A cambio, en mi «tiempo libre» —con comillas gigantes—, participo en las actividades que ellos quieren. De inicio no suena tan mal; el único problema es que no se pusieron de acuerdo en la actividad a la cual me obligarían a inscribirme, por lo que cada uno decidió meterme en algo disponiendo del cien por ciento de mi tiempo libre y sin comunicárselo al otro. ¿Y qué hice yo? Aceptarlo y mantener el secreto.

En fin. De alguna manera encuentro un par de minutos para correr a la biblioteca con el pretexto de necesitar algo, querer ver un folleto, resellar un libro que tenía en casa: cada día tengo un pretexto nuevo para que Michelle que no me acompañe.

Ella es el marcatextos amarillo de mi vida. Aunque sospecho que ella me tendría toda de naranja, porque me considera misteriosa y se toma muy en serio al papel de detective, solo por el chisme.

A lo mejor estoy desarrollando una adicción a esas pequeñas descargas de adrenalina que me provoca escapar unos minutos de todo y de todos, solo para escribirme con el chico de la biblioteca.

Él es mi secreto, lo que decimos no se comparte con nadie. Él sería un retrato con gises en

la pizarra, solo para poder borrarlo todo si alguien se acerca; mis dedos quedarían manchados de la tiza a manera de recordatorio de su presencia. Bueno, eso si conociera su rostro, pero ese es precisamente el punto del anonimato.

—Voy a... —comienzo a hablar, pero Michelle me interrumpe.

—A la biblioteca —completa mi oración a la vez que se sienta en una de las jardineras—. Lo sé, lo sé. Entiendo: no estás lista para contarme que tienes novio y usas eso de la biblioteca para escaparte y verlo. No tienes que hacerlo, ¿sabes? No voy a hacerte un interrogatorio. —Se queda con la mirada hacia arriba y levanta un dedo luego de pensárselo mejor—. Bueno —corrige—, tengo derecho a unas pocas preguntas nomás.

—No es eso —alego riendo. Me siento a su lado—. Si tuviera una especie de novio, serías la primera en saber; después de todo, necesitaría ayuda para ocultarles mi relación a mis padres y tú eres la única en quien confío.

—Haré como que te creo. —Hace un puchero y con una sonrisa me empuja a bajar de mi asiento—. Ve con tu novio de la biblioteca, anda, que se te hace tarde.

No tiene caso discutir para aclarar que no he tenido una relación desde que estaba en kínder. Después de todo, si niego su teoría, me hará confesar la verdadera razón por la cual escapo de ella todos los días y ¿qué se supone que voy a decirle? ¿Me estoy enviando mensajes cada día con un chico que no conozco? Suena a una especie de *Tinder*, uno muy nerd.

Solo ve a la biblioteca.

No había notado cómo mi corazón se encoge un poco, solo un poquito, cada vez que abro ese libro. Es como meterte en la caja esa con el gato de Schrödinger: ¿habrá una nota o no?, ¿gatito vivo o muerto? Esa es la cuestión.

Esta vez, sí la hay. Y aparece una inevitable sonrisa en mi rostro antes de siquiera leer el contenido, porque ahora sé algo más de él: siempre escribe con tinta azul y una letra difícil de descifrar.

¿Es tonto que me alegre de poder decir que me sé alguna de sus manías? Esa clase de cosas son lo que de verdad te dice *quién* es una persona. Pero sí, es tonto, dejemos eso, vamos a la nota.

¿Y cómo debo llamarte, querida chica de la biblioteca? Me encantaría seguirte diciendo así, pero sería mejor saber tu nombre. Necesito una garantía de que eres la misma y no te ha suplantado alguna sombra (guiño, guiño).

¿Mi nombre? No es gran cosa, ¿cierto?

Mi nombre es...

No, olvídale. No puedo decirle mi nombre.

No es que mi nombre sea extraño u horrible, es lindo. Lo que pasa es que cuando escribo la primera palabra en la nota amarillo pastel, siento que todo se rompe.

Parece desaparecer esa sensación que tanto disfruto de dejar mi vida a un lado por unos instantes para escribirme con él. Decir mi nombre es una conexión directa con el resto de mi vida y no es algo a lo que quisiera arrastrar a este chico.

Quiero seguir en este mundo donde todo es perfecto, con historias raras y sangrientas, pero perfecto. Una nota oculta en la biblioteca, unos desconocidos que se conocen el uno al otro más que a sí mismos: suena mucho más mágico que «me llamo bla, bla, ¿y tú?». Sería un desperdicio de los gises con los que estoy pintando su retrato imaginario.

¿Sabes? Me gusta que sigas siendo el chico de la biblioteca. Quizá no es el mejor nombre, podemos encontrar otro si quieres. Pero me gusta este juego del anonimato. El saber que si te viera de frente no sabría que eres tú y no puedo encontrarte en el “mundo real”. Es como meternos dentro de un libro y solo existir allí.

Que seas el chico de la biblioteca y yo tu chica de la biblioteca es más divertido que solo ser los tú y yo de siempre, ¿no crees?



Cuando recibí la nota de la chica de la biblioteca explicando quién era, lo único que podía hacer era esbozar una sonrisa al notar su astuto juego. No esperaba menos de ella, en realidad.

Debo admitir que leer «tu chica de la biblioteca» me encoge el corazón de una manera que solo ella podría lograr. Una línea tan íntima que me hace sentir como si estuviera aquí en la biblioteca conmigo, susurrándome al oído. La sola idea logra que mis mejillas se sonrojen.

Pensé en continuar con ese dulce juego de palabras; quizá seguiríamos intercambiando notas por semanas y semanas, retándonos para ver quién de los dos se rendía primero y revelaba algo más de información respecto a su personalidad. Pero no. La verdad, me interesaba bastante más saber su nombre, y esa era una pregunta con la que ella no podía jugar a hacerse la desentendida.

Después de todo, llevaba varias semanas conversando con una extraña, cosa de la que mi tía Araceli estaría sumamente decepcionada. Quizá conocer su nombre me evitaría sentir que le regalé mis historias a una desconocida; más bien, me habría dejado robar por una tal Betty, Ruby, Yeni, Carol, Eleanor, o lo que sea.

O tal vez, quería saber su nombre con la esperanza de que me sonara familiar. Si se llama Emma, bueno, quizá habría cientos de ellas en la escuela; pero si su nombre es algo más raro, a lo mejor podría escucharlo resonando en los pasillos un día de estos, nos miraríamos por una milésima de segundo más de la cuenta y eso sería suficiente para reconocernos. O no, a lo mejor alucino.

Quiero saber su nombre, es todo.

Por eso dejé una nota. Supuse que no podría evadir la respuesta, pero creo que la subestimé. Mi petición fue sutil y elegantemente rechazada.

Está bien. Chica de la biblioteca, ¿no quieres decirme tu nombre? Entonces te inventaré uno.

Tomo el libro de *El gran Gatsby* en el que dejamos día tras día nuestras notas. Me siento en una mesa esquinada, lo que estoy a punto de hacer puede dejarme de nuevo como un loco o un intento barato de vidente. Usaré la página ciento setenta y tres.

A continuación, saco un lápiz de mi estuche, cierro los ojos y con cuidado coloco cuatro pequeños puntos en la página del libro. Aunque un poco desordenados y guiados por mi vago intento de braille, las letras que obtengo son: «y» en hoy, «f» en frase, «a» en *standard* y «n» en

no.

Ahora debo unir esas letras y hacer algo más o menos coherente con ellas.

Esto es difícil.

Yanfa, Anfaya, Nafaya, Yafnay.

Ahora que lo pienso, podríamos ahorrarnos problemas y anagramas de mi libreta, si adoptamos los nombres de los personajes en la historia. Pero, aunque Daisy es un nombre hermoso, no quiero ser el Jay de Daisy, y mucho menos el Tom. El Tom de cualquier historia.

Luego de un rato con los anagramas, el nombre me parece perfecto.



Qué te parece esto: Vas a tomar un libro de la biblioteca, el que sea, luego vas a abrir la página 173, señalas 4 letras al azar. Tomas esas letras y me inventas un nombre. Yo hice eso mismo contigo hace un minuto. Si aceptas, tu nuevo nombre es Fayna.

Me gusta la idea, además Fayna suena lindo.

En ese caso, tu nuevo nombre será Nori.

Es un gusto conocerte, Nori.

Fayna. Es tan precioso que estoy considerando usarlo como pseudónimo al pintar.

Las letras que le tocaron al chico de la biblioteca en su juego de ruleta fueron: «n» de niña, «i» por tiene, «r» de perder y «o» en miedo.

Aunque la idea de llamarlo Roni solo por las risas, era tentadora, no quería que se sintiera incómodo cada vez que le nombrara. Pasé unos segundos con los anagramas formándose en mi cabeza, Nori fue el mejor.

La nota de hoy es naranja claro, ya que se trata de un dato.

Al llegar a casa decido *googlear* el nombre que le inventé al chico, y resulta que así se llaman las algas que lleva el *sushi*.

7. Nori no tiene que saber

Luego de un par de meses me acostumbré a llamarme Nori y decirle Fayna a ella. Aunque no por eso dejaría de ser mi chica de la biblioteca. La chica detrás de la máscara de Fayna podría ser cualquier cosa en la vida real, pero es la chica de la biblioteca solo para mí.

Con el tiempo me he dado cuenta de que a ella no le gusta hablar de sí misma, o al menos nada que se relacione con su vida diaria. Desea mantenerse en el anonimato.

Un día entendí que para hablar con Fayna había un par de reglas inquebrantables, y para no cagarla, mejor las escribimos:

1. Nada de nombres.
2. No hablar de referencias directas a nuestra vida: la carrera que estudiamos, el nombre de nuestros amigos, la calle en que vivimos, etc.
3. Dejar una nota plantada por más de dos días se consideraría el fin. Porque las despedidas son horribles.

Eso ha resultado bien por un tiempo, la cosa es que poco a poco deja de parecer suficiente. *La curiosidad mató al gato*, me digo a mí mismo en un intento de calmar mis ansias.

Transcurrieron algunas semanas en las que nos hicimos preguntas existenciales que llevaban a respuestas cada vez más largas. Pronto dejaron de ser suficientes los pequeños pósit y fueron reemplazados por hojas tamaño carta llenas de texto, a veces escritas por ambos lados. Mis hojas siempre son blancas, las de ella varían entre los mismos tonos pastel: rosa, naranja, amarillo, verde, azul y morado.

¿Qué crees que ocurre al morir? ¿Qué opinas sobre Dios? ¿Crees que encontraremos alienígenas algún día? ¿Estás de acuerdo con la eutanasia? ¿El mundo sería mejor si no hubieran existido los humanos? ¿Qué papel tendrías en un apocalipsis zombi? ¿Crees en los fantasmas? ¿Crees en el amor eterno? Bueno, casi todas las preguntas llevaban a enrevesadas respuestas, esta no, a esta solo dijo: no.

Ahora me enfrento a una carta inusual: cinco hojas, por ambos lados, y esta vez no son pastel, sino que son hojas de libreta arrancadas. Me tocaba elegir el tema de conversación y le escribí: *Quiero saber cómo es un día cualquiera en la vida de Fayna*. Esto rozaba los límites, y podría considerarse casi ilegal según nuestro contrato, pero confiaba en que ella se las ingeniara.

Traigo un pequeño cuaderno en mi bolso, cargaré con él todo el día para escribir los detalles. Si quisiera escribirlo por la noche quedaría algo como: me levanto, me baño, desayuno, voy a la escuela, hago deporte y duermo. Supongo que no quieres eso. Ojalá no quieras eso, porque ya me huelo que esta nota quedará larga.

∞∞∞∞∞

Son las 6:00 a.m. y el despertador acaba de sonar. Me estiro y me siento en la cama antes de apagarlo. El sol aún no sale, enciendo la luz para no permitir que mi cuerpo se confunda y crea que es de noche. Me levanto de la cama antes de mirar el teléfono, me quedaría un buen rato en

Instagram si lo tomo.

Camino descalza en mi pijama navideño —no estamos en Navidad, pero soy muy friolera—, hasta la cama de mi compañera de cuarto. El departamento es blanco, muy blanco, solo las paredes contienen tintes azul claro.

Por las mañanas, cuando la luz entra por las enormes ventanas, hace que parezca que estás en el cielo. Parece que camino descalza sobre nubes. Eso hasta que abro la puerta de Michelle al otro lado de un largo pasillo y parece que entro en la recepción del purgatorio.

La atmósfera en su cuarto es totalmente contraria: cortinas negras para no dejar entrar ni un rayo de sol, montones de envoltorios de comida por el suelo y ropa tirada en todos lados. Ella es muy ordenada con el resto del apartamento, pero defiende que su habitación es *su lugar del caos*. Lo recoge todos los días cuando llega, a media tarde, el problema es que para la noche ya hay un nuevo huracán.

El contraste entre nosotras es tan alucinante que Michelle me regaló un collar de yin yang, dijo que nos representaba a nosotras dos. Y yo a cambio le pinté sobre madera un cuadro de nosotras vestidas de blanco y negro, en posición imitando al yin y al yang.

Me pinté a mí misma con el cabello pelirrojo trenzado; pero su castaño deslumbrante derramado por todo el espacio. A ella la hubiese pintado con todo y el vitiligo de la piel, pero sé que es un aspecto con el que aún no se siente cómoda, así que le dejé la piel morena.

—Michelle, despierta —le pido al estar de pie a su lado.

Ella ni siquiera se mueve y eso que tiene solo la mitad del cuerpo sobre la cama, la otra se balancea con cada ronquido. Juraría que un soplido la haría caer, pero no, porque las sábanas son sus aliadas y la tienen amarrada por la cintura. Respira con la boca abierta y su baba se seca antes de poder derramarse.

Parece que no tiene muchas ganas de levantarse hoy, hay días en que le tiene más amor a la cama que a la vida. Habrá que usar la vieja confiable: me meto a bañar.

—Michelle, tu alarma ya sonó tres veces. Levántate —grito como última advertencia. Ella ni se inmuta.

Bien, será de la forma difícil.

Sacudo mi cabello cual perro, intentando despertar a Michelle con el agua que cae sobre ella. No funciona. La táctica del perro casi siempre funciona, excepto las veces en que está desvelada, en ese caso debo tirar agua dentro de su oído para hacerla abrir los ojos.

Un último intento por las buenas. Le pongo el pie en las costillas, están fríos, pero eso no le importa. Se limita a gruñir, voltearse y cubrirse con las cobijas para protegerse de mi maldad.

Tomo mi cabello, lo enredo como si fuera un trapo y me exprimo justo sobre su oreja.

—¿Qué hora es? —Se sobresalta, finalmente ha abierto los ojos.

—En media hora empieza tu clase, corre.

—Ya voy. —Se frota los ojos, por un momento parece que lo he logrado, pero luego, de un bostezo se vuelve a tirar para abrazar al amor de su vida: la almohada.

—No, no. Ya no hay tiempo, ¡arriba! —Insisto y tiro de su brazo. Ella hace su mejor esfuerzo para permanecer abrazada a su amor—. No me voy de aquí hasta que te levantes.

—Está bien, mamá —gruñe.

Se ríe y me sacude el cabello amistosamente. Logra sentarse al filo del colchón, temo que vuelva a caer si no se para ahora mismo. El bostezo que suelta es tan potente que me lo contagia. Se toma unos segundos para estirar cada músculo y finalmente se levanta.

—¿Contenta?

—Sí. Vístete que casi nos vamos.

Tomo de mi clóset uno de los ganchos del que cuelga la ropa que vestiré hoy. Cada semana preparo mi *outfit* de lunes a sábado. Hoy me toca un overol rojo sangre y un top a rayas blancas y negras. Eso no se lo cuento a Nori, no necesita saber que tengo una obsesión con vestirme con la moda de los ochenta.

Luego, voy al refrigerador, allí tengo un táper con comida preparada. Hoy la chef —yo— se preparó una mezcla de yogur, manzana y avena para el desayuno; para la comida, un bistec de hígado empanizado, unas papas fritas y pepino en rodajas. Lo preparo en la noche o al inicio de la semana y voy descongelando.

Michelle es más de tomar duchas nocturnas, así que solo se cambia la pijama —jeans azules, tenis y un top negro con cierre en medio—, y sale corriendo detrás de mí. Normalmente, como mientras camino, no sé si es saludable, pero lo prefiero para poder conservar mis horas de sueño. Apenas llego, me voy a la biblioteca para dejar una nota a Nori, en esta ocasión solo le dejo avisado que le responderé mañana que haya anotado todo mi día.

Corro al salón para tomar mis clases. Transcurren con normalidad. Y ni lo intentes, Nori, no te diré qué clases son. Suficiente información será decirte que hoy tengo tres clases. Solo puedes saber que dos fueron entretenidas, informativas, lo mejor que puedes esperar de una asignatura; y otra fue aburrida, de esas que te hacen querer abandonar la escuela.

Me comí lo del táper entre la segunda y tercera clase. Suelo calentar la comida en la cafetería, Clarease consiguió eso por mí. Mejor omito ese detalle, podría encontrarme si digo eso.

Al salir de clases, tomo atajo por el estacionamiento para llegar rápido con mi madre. Ya es costumbre. En realidad llevo doce minutos de ventaja, aunque se lo estoy ocultando a Michelle. Cuido mi hora de llegada, pero aparece alguien en mi camino que me hace ir más lento.

—Hola, tú —saluda Adam con su tono pícaro que me advierte que me pedirá salir con él por millonésima vez.

—Hola, tú. Adiós, tú.

Adam es un tipo rubio alto y bien parecido. Siempre ha sido cortés y por las pláticas que tiene con Michelle, parece divertido. Y aun con esas no me interesa ni un poquito salir con él.

—Espera, ¿por qué corres?

—Créeme, Adam, no quieres enfrentarte a su madre si la haces retrasarse —contesta Michelle—. De hecho ya... —Mira su reloj—. ¡Oye! Tenemos doce minutos de ventaja. Me mentiste, dijiste que íbamos tarde.

—¿Ves? —Se pone frente a mí para detener mi paso—. Solo te quitaré cinco minutos, déjame proponerte algo.

—Déjame responder a tu propuesta: no, gracias. La respuesta de siempre. —Lo esquivo y continúo mi camino.

—¡Vamos! Soy muy paciente, no podrás rechazarme por cuatro años.

—No me retes.

—¡Ríndete! —ríe Michelle. Le pone una mano en el hombro—. Ella no cree en el amor.

—Las únicas personas que dicen no creer en el amor son a las que les han roto el corazón —contraataca Adam.

—Nadie me ha roto el corazón —afirmo.

—No los ha dejado —concluye Michelle.

Pasamos junto a un grupo de personas, no se trata de una multitud constante, es más bien una intermitente. Se asoman guiados por la curiosidad, toman un par de fotos y salen cotilleando. Y como buenos borregos que somos, nos metemos a la multitud para observar qué es eso que

todos ven.

Se trata del carro de un chico, por lo que dice Michelle es un modelo caro. Me parece que solía ser bonito. Si me pidieran describir el carro diría que es un modelo... modelo azul plateado, con luces de las alargadas y ventanas transparentes. En fin, lo interesante del asunto es que el auto tiene escrita la frase «no fue una cosa de verano si sigues cogiendo con ella». El grafiti está pintado con blanco, yo lo hubiera puesto con verde, porque esa es una buena frase.

Adam saca la cámara que siempre tiene colgada al cuello y toma un par de fotos al auto, seguramente va a subirlas en la página de la escuela.

Un minuto después, aparece el dueño. Sé que lo es, ya que se vuelve loco al mirarlo.

—¡Mierda, Betty! —maldice con todo el aire de sus pulmones.

Su cara enrojece tanto que las venas azules se marcan en su frente como si fueran a salirse. El chico se dispone a volver, a lo mejor, para buscar a la tal Betty. Antes de que se aleje, Adam lo detiene.

—Espera, espera, ¿podrías poner esa cara de nuevo y pararte junto al auto? Me encantaría tener una foto.

—Vete a la mierda —responde empujando a Adam, él azota contra el auto.

—¿Puedes decirme dónde encuentro a Betty? —grita Adam burlándose—, es mejor una foto con la artista. Idiota —habla bajo. Se levanta del suelo, sacude sus pantalones y camina de vuelta con nosotras. Michelle lo recibe porque yo sigo caminando.

—¿Así esperas que crea en el amor? —declaro una vez llega hasta mí.

No hace falta contarle este pequeño incidente a Nori.

Unos minutos más tarde me encuentro con mi madre. Ella me saluda con un beso en la mejilla y luego me lleva al deportivo. Me dirijo a los baños a cambiarme y entrar a mi entrenamiento. Esto no debe saberlo Nori, pero mi madre me lleva a tomar clases de ballet —la cosa más «femenina» que se le pudo ocurrir—. Y mi padre me lleva con el entrenador de fútbol los lunes y miércoles.

¿Cuál odio más?, ambas. Odio ambas por igual.

Lo que a mí me gusta es dibujar todo lo que veo. Pintar al óleo, acuarelas, gis, tinta china, o lo que sea. Para poder incluir esta información sobre mi vida para Nori, por la noche termino de colorear un dibujo de la biblioteca iniciado hace varias semanas.

Quedó hermoso, Nori, quizá algún día te lo muestre.

O quizá no, porque tendría que mostrárselo cara a cara.

Bueno, regreso a lo que estaba.

Mi madre suele pasar un par de horas en mi departamento. Michelle siempre corre a bañarse y arreglar todo antes de que ella llegue: mi mamá es experta en criticar la más mínima imperfección y ella no lo soporta. Al conocerla, intentó replicar sus críticas por un tiempo, defender sus ideales y los míos de paso. Con el tiempo se rindió, prefiere limpiar y encerrarse en su habitación mientras ella está. Mi padre le agrada un poco más porque no se queda mucho luego del entrenamiento.

Mi madre —Isabella— tiene la costumbre de *casualmente* encontrar una excusa para espiar mi habitación. Aunque ella esperaría encontrar un paquete de condones en mi cuarto, como prueba de que tengo sexo, lista para armar un escándalo sobre el embarazo que arruinará mi vida; sé que bastaría una nota de Nori para volverla loca. Soy capaz de escuchar su posible sermón antes de que suceda.

Por eso, siempre tiro sus notas en el basurero de la biblioteca. Me encantaría conservarlas,

pero mi madre sabe buscar por todos los rincones y no quiero arriesgarme. Esta es otra de las cosas que Nori no tiene por qué saber.

Habermelo ido a la universidad más lejana de mi hogar no sirvió de nada, porque mis padres vendieron su casa y compraron una a pocos kilómetros del apartamento que me rentaron. Afortunadamente, no había casas disponibles más cerca del campus, o seguiría viviendo con ellos. Ellos querían poder visitarme a diario, supongo que es... ¿Dulce?

Isabella se sienta en el sillón sin hacer algún intento por conversar conmigo. Se la pasa criticando la forma en que cocino: mucha sal, muy poca, eso debe ir a fuego bajo, aquello te hará engordar. La *oigo*, pero trato de *escuchar* lo menos posible.

Mientras sigue aquí, me dedico a hacer la comida de ese día, el almuerzo del siguiente y la cena de hoy. Tengo que aprovechar el tiempo en que debo permanecer bajo su mirada.

Y cuando por fin se va, puedo dedicarme a mi tarea y si tengo suerte —es decir, que se vaya temprano—, podré leer, o ver una película con Michelle. A menudo me quedo dormida en el sillón y Michelle —quien contraria a mí, es una especie de búho—, me despierta con pequeños toquecitos en la nariz y me hace ir hasta la cama. No le molesta que me quede dormida en medio de una película, pero me hace repetirla desde donde me quedé al día siguiente.

Así que mi día termina en cama, con el pijama navideño con la cual iniciaré el día siguiente.

Es todo, Nori. Gracias por leerme.

8. Curiosidad

Puede parecer que intercambiar notas con alguien cuyo nombre no sabes no te hace menos desconocido. Que aun si pasaras todos los días de tu vida escribiéndole, sigues sin conocerlo en realidad.

Antes, cuando leía uno de esos libros de época —*Orgullo y prejuicio*, por ejemplo— donde las cartas extensas eran el único medio de comunicación y muchas veces la forma en la que las personas se comprometían, hubiera dicho que esas personas no se conocen, solo se leen. Irónico viniendo de alguien cuyos únicos amores son literarios.

Estaba equivocada, pues luego de un par de meses me doy cuenta de que conozco a Nori más de lo que conozco a mis propios padres.

Aún no sé su nombre, ni él el mío. No me hace falta. Si lo encontrara por los pasillos de la escuela y lo mirara directo a los ojos, no sabría que es él, pero, si lo viera escribir en su libreta, lo reconocería de inmediato. Lo cual, por cierto, me aterra, y por eso trato de no fijarme en la caligrafía de nadie.

Nori es un poco más laxo con las reglas sobre mencionar cosas de su vida. Yo me reservo cada detalle de mi familia o amigos para mí misma, camuflando esos aspectos en las notas.

La primera vez que mencionó a su familia fue algo muy simple: habló de vivir con su tía y eso despertó mi curiosidad. La maldita curiosidad que inició todo esto, que seguro iba a terminar matándome, a ambos.

Ya te hablé sobre mi rutina hace un tiempo. Si quisiera hacer un análisis de tu personalidad, diría que eres de los que les gusta vivir en el presente y se preocupa poco por el futuro. Yo soy más de las que le gusta ver al pasado para no pensar demasiado en el presente, y por eso quiero que me cuentes sobre ti y tu familia.



Me sorprende la rapidez con la que doblo reglas que yo misma puse.

Voy a contarle a Fayna todo sobre mí. Nunca me había emocionado tanto escribir sobre mi vida, quizá es que no tengo alguien a quien contarle.

Sobre mi nacimiento no hay mucho que decir, o al menos no mucho que sepa con certeza. Mi tía Araceli me contó que mi madre era antropóloga, que viajó por Europa al terminar la universidad, se lo costeó con una beca, estaba allí para hacer investigación.

Al parecer, en medio de su aventura conoció a un hombre que se convertiría en mi padre, aunque mi tía no recuerda de dónde era. A veces dice que era coreano, otras que era de la India —no tengo pinta de ninguno—, la mayoría de las veces dice que era irlandés.

En mis rasgos no hay muchos indicios de cuál podría ser la verdad, ya que soy casi idéntico a mi madre: con los ojos castaños, al igual que al cabello, aunque ese sí es un poco más rubio que el de ella, las pecas las saque también de ella y el ondulado es de lo poco que no compartimos — si le pongo esto a Fayna, me mata, lo omitiré—. Además, cargo con los dos apellidos de la familia materna, ninguno de mi supuesto padre extranjero.

Al parecer estaban lo que se dice «locamente enamorados». Él la siguió a todas partes en su viaje, en síntesis: una escapada romántica con el dinero de la universidad.

Todo parece indicar que mi padre era una especie de adicto a la adrenalina, porque mi tía tenía decenas de postales de las que mi madre le enviaba: ella escalando, en la tirolesa, arriba de un avión, y en general, haciendo cosas extraordinarias que se cruzaran en el camino. En una de esas escaladas, él tuvo un accidente del cual no salió vivo. Fue entonces que mi mamá supo de su embarazo.

Aunque podría tratarse de una bonita historia donde yo soy el pedacito que le queda del amor de su vida, no lo es.

Mi mamá pasó por una fuerte depresión luego de la muerte de mi padre y el embarazo se complicó. A ella le decían que debía tratar de salir de ese agujero por mí, pero no era motivación suficiente. Y no la culpo, yo era una bolita de carne que se comía la mitad de su comida y la hacía subir de peso, ¿por qué tendría que quererme más?, ¿por qué pensaron que yo podría reemplazar al tipo que consideraba el amor de su vida? Además, era una chica de veintitrés años, no quería ser madre, quería vivir aventuras con él.

Llegó el día del parto. No sé de cosas médicas y mi tía tampoco, pero ambos tenemos entendido que alguna cosa se complicó de más y mi madre perdió mucha sangre. Los doctores aseguraron que se recuperaría, pero eso no sucedió.

Mi tía le escribió una nota: *Este no es el fin de la aventura*. Y echó al ataúd todas las postales.

Es una historia como para sacar lágrimas, pero me parece un poco sospechosa. Entré a la base de trabajos de la universidad a la que asistía mi madre, y no hay rastro alguno del supuesto trabajo antropológico. Da la casualidad de que no hay prueba alguna de ese viaje, o rastro de mi padre.

A veces creo que la historia es mucho más simple: se embarazó de su novio de la universidad y cuando el chico vio cerca el compromiso se alejó. Quizá la parte de la depresión sea cierta, porque eso lo cuenta mucho más triste. Del resto tengo mis dudas. Sin embargo, no digo nada, le sigo la corriente porque a mi tía le gusta imaginar una gran historia de amor para su hermanita, y en el fondo, a mí también.

A veces está bien creerse la mentira.

Lo que sí sé con certeza es que vivo con mi tía desde que tengo memoria y que mi madre murió en el parto, porque su registro funerario lo dice. Es de lo más raro ver tu cumpleaños como la fecha de muerte de otro. Nunca he sentido una conexión con mi padre, quizá es porque no hay una tumba para él o porque una vez muerta mi niñez, toda esa historia comenzó a sentirse como un cuento de hadas.

He visto tantas fotos y escuchado tantas anécdotas de mi madre que la siento parte de mí. De mi padre no sé lo suficiente como para extrañarlo. Sé que tengo un padre, porque según la biología debo tenerlo, pero no lo conozco de nada.

Como decía, vivo con mi tía Araceli y su hijo: Simon. Él técnicamente es mi primo, pero se siente más como un hermano. Es varios años mayor que yo y se graduó como chef mientras yo estaba en la secundaria. De niño, quería dedicarme a lo mismo que él, y la verdad, aún quiero. La

cosa es que, cuando estaba a punto de elegir carrera, escuché a mi tía hablando con Simon.

—Ya no gano tanto como cuando te pagué la escuela a ti, necesito tomar al menos un turno extra para pagarle la escuela que quiere.

¿Sabías que una de las carreras más costosas es gastronomía, Fayna? Mi tía tenía ya dos turnos en el hospital y mi hermano no había conseguido un trabajo estable. Yo no conseguí beca para estudiar gastronomía, pero sí conseguí una beca para esta escuela, en una carrera mucho más barata.

Por eso, al día siguiente le dije a Araceli que había cambiado de opinión, que quería estudiar algo más. Ella jamás me hubiera permitido cambiar de carrera por el dinero, por eso tuve que ser muy convincente y hacerle creer que esta nueva carrera era la pasión de mi vida, aunque ni siquiera se acercaba.

A Fayna no le digo los nombres de mi familia. También me detengo en decirle que amo la cocina y que algún día me gustaría prepararle una cena especial. Tacho las partes en que se me salió decir el nombre de mi tía, y no le digo a Fayna que ella estaría encantada de conocerla. No le cuento que gastronomía no se parece en nada a Derecho, aunque ella ya debe suponerlo, en nuestra universidad no hay nada que se le parezca ni un poquito a cocinar.

Yo estaría encantado de presentarla con mi pequeña familia, pero eso es imposible, porque para eso tendría que conocerla primero yo, y eso está fuera de las reglas.

Ya no me gustan tanto las reglas.

Te conté mucho, no puedo contar más o llenaré tantas hojas que el libro quedará corto para contenerlas.

Ahora: A cambio quiero que me cuentes qué deportes prácticas. Solo eso.

9. Porque sí

Creo que has hecho un poco de trampa al pedirme respuestas a cambio de una pregunta que hice de manera tan inocente. Sabes que no puedo contarte nada sobre los deportes, sabrás dónde encontrarme.

¿Y por qué tienes tanto miedo de que te encuentre?

Porque sí.

Porque creo que me estoy enamorando de ti.

Porque hace seis meses que hablo contigo y aún no me basta todo lo que sé sobre ti.

Porque contarte cualquier cosa es muy fácil. Contigo se siente bien ser abierta, ¿por qué me haces esto?

Porque nunca había sentido tanta desesperación por hablar con una persona. No sé cómo le haces para que piense en ti todo el día, en tu nota, en tu letra.

Porque quiero convertir tu retrato de gises en una pintura permanente sobre mi pared. Quisiera quedarme con un pedacito de ti para siempre.

Porque ahora necesito un nuevo código de colores, ocupo un color con el que pueda subrayar tus notas cada vez que me haces sonreír. Las sonrisas que tú me provocas no se merecen un amarillo, necesitan algo más. Me haces sentir de una manera diferente a todo lo demás, una que mis marcatextos no conocían.

Porque nunca había deseado tanto que alguien robara mis labios.

Porque si aparecieras en mi partido de fútbol, probablemente dejaría al balón a media cancha para correr a abrazarte.

Porque quiero saber a qué huele tu piel, la forma de tus labios, el color de tus ojos y sentir el contorno de tu cuerpo.

Porque me aterra quererte tanto.

Porque sé que el amor no es para siempre, y sin embargo, contigo desearía que lo fuera.

10. ¿Qué es el amor?

Los tiempos se acomodaron mal. Me hubiera gustado dejarle una larga nota, o una invitación a escribirnos durante las vacaciones de invierno, encontraríamos la manera. Solo son un par de semanas, pero son un par de semanas en que no sabré nada de ella.

De haber sabido que ese «Porque sí» sería nuestra última nota, no le hubiera preguntado acerca de los deportes.

Tiene razón, si me hubiera respondido, correría a buscarla. Me veo muy capaz de ver entrenamientos de voleibol, fútbol o lo que sea; quizá no iría para buscarla, solo observaría, sabiendo que alguna de ellas es Fayna. Si fuera un poco menos tímido, esperaría al final del partido y frente a todos gritaría «Fayna, si estás aquí solo quiero que sepas que...», que... No lo sé.

Me hubiese gustado planear muchas cosas, pero todo terminó de forma fría. Yo solo quería conocer sus *hobbies*, hasta ahora solo sé que le gusta enviarse notas con un desconocido. Sé que le gusta leer, es un ratón de biblioteca, y que ama pintar; pero se limita tanto al hablar sobre su vida... deseé un poco más.

Me pasé, ahora está molesta y no pudimos despedirnos.

Fayna se tomó todo un día para contarme su rutina, aunque estoy seguro de que omitió detalles, detalles que me darían pistas. Sueno como un acosador, como si pretendiera ir tras de ella. En realidad, aun si me dedicara a leer entre líneas y por casualidades de la vida averiguara la dirección de su casa —supongamos que es posible—, no iría a buscarla si ella no me lo pide.

No quiero incomodarla, no quiero causarle problemas con sus padres, no quiero avergonzarla con sus amigos. Ella teme conocerme, si hago algo así, le daría la razón a todas las voces en su cabeza que marcaban ese evento como un error.

A veces me lo planteo: quizá es una chica popular que no quiere que sus amigos sepan que se la pasa en la biblioteca. Sería ridículo avergonzarse de leer, pero vamos, no la juzgaría por ello.

Su madre parece estricta, a lo mejor sus padres no quieren que su preciada hija tenga amigos hombres. Un clásico de los padres hechos a la antigua. O simplemente tiene miedo de meterme en su vida real.

Tal vez tiene novio, un novio celoso con el que se metería en problemas si yo aparezco de la nada; él sería un idiota, pero provocarle celos no sería la manera correcta de hacérselo ver.

¿Por qué la idea de que tenga novio hace que mi corazón se encoja?

Estas vacaciones me dejan claro que quiero conocerla. No nada más quiero saber qué le gusta, cuál es su libro favorito o qué opina sobre los extraterrestres. Quiero conocer a la Fayna real. Me gustaría acompañarla y animarla en sus clases. Quisiera verla dibujar, me quedaría sentado allí por horas.

Quiero seguir escribiéndole para tener algo preparado cuando volvamos a clases. Escribo muchos borradores, muchas ideas que se quedan en la nada. Por lo regular, las palabras vienen solas, pero ahora tengo tres semanas en que puedo pensarlo una y otra vez. Así, la nota que hago el lunes, al día siguiente parece una basura.

Es imposible encontrar los argumentos suficientes y las palabras correctas para lo que quiero decirle.

Escribo otro de mis borradores. Estoy sentado frente a mi escritorio con hojas blancas y

pluma azul, en lugar de frente a la laptop como de costumbre.

Mi cuarto tiene toda la ambientación navideña necesaria para Nochebuena: luces en la ventana, un árbol de escritorio, más luces sobre la cabecera y mi cama cubierta por una manta roja.

Tengo la mala costumbre de escribir con las luces apagadas, iluminado solo por la lámpara de mi mesita —costumbre arraigada por escribir siempre de noche—, esta vez, las luces navideñas me ayudan a destrozar menos mi vista.

No espero visitas en mi habitación hasta la hora de la cena, por eso me sorprende cuando Simon aparece, ¿tan tarde es ya?

—Con que le escribes a una chica, ¿eh? —Me reta en un tono pícaro. Toma una silla, la voltea y se sienta detrás de mí con las piernas abiertas y los brazos recargados en el respaldo. No sé cuánto tiempo lleva parado allí—. Pensé que los novios ya no se escribían cartas desde... no sé, el siglo XV. Tampoco sabía que estabas enamorado.

—¿Por qué lees lo que escribo? —Me hago el ofendido, pero ambos sabemos que jamás me enojo con él.

—Pensé que era uno de tus relatos, lo siento. Quería tener la exclusiva antes que mamá.

A Simon no le gusta decirle Araceli a mi tía, pero tampoco dice «mi mamá», siente que es como adueñarse de ella. No dice «nuestra mamá», porque sabe que yo no le digo así. Se ahorra los pronombres posesivos al tratarse de ella.

—No se supone que Araceli lea mis relatos.

—Entonces deberías dejar tu puerta cerrada con llave cuando te vas. —Me guiña el ojo con una sonrisa.

A lo mejor debería estar molesto al saber que mi familia ha leído mis escritos a escondidas, pero no lo estoy. Supongo que en el fondo siempre lo supe. No podía ser casualidad que Araceli quitara todos los espejos de la casa justo después de terminar ese relato donde las criaturas al otro lado suplantaban al hijo de una mujer. En esas mismas fechas Simon se puso en plan: «Dime algo que solo tú sabrías». «Yo fui quien preparó tu proyecto final de repostería, sin mí habrías reprobado porque tenías resaca», le dije.

Después de todo, parece que no era su único lector.

—No es uno de mis cuentos esta vez —le corrijo—, es para una amiga.

—No me suena a que sea una simple amiga.

—Bueno, en definitiva no es una simple amiga, diría que es mi única amiga porque no le hablo a muchas mujeres. Y tampoco diría que ella es simple, es un poco todo lo contrario. —Sonrío para mí mismo al pensar en ella.

—¿Por qué rebuscas tanto las palabras? Mejor solo di que te gusta.

—Es que no estoy diciendo que me gusta, eso es algo que tú supones.

—Bueno, entonces no lo *supondré*. Te pregunto, ¿estás enamorado de esta chica?

—No lo sé. Nunca me he enamorado. Quizá sí —declaro, luego arrugo mi milésimo borrador y lo boto a la basura junto con los demás.

Para las personas parece un poco brusco decir que estás enamorado de alguien, pero ¿qué no la gente se enamora todos los días?, ¿qué tendría de raro decir que amo a la chica de la biblioteca? ¿Qué tendría de raro decirle que dedico mis clases a pensar en ella?, ¿o decirle que la extraño? Escribiría una nota ahora mismo declarándome enamorado de su cursiva y sus notas pastel. Le diría que no debe tener miedo a conocerme, porque no planeo alejarme.

—No suenas muy convencido —dice él.

—¿Y cómo podría estarlo? Dime con tu inmensa sabiduría de hermano mayor, ¿cómo sabes

que estás enamorado? —me burlo y volteo mi silla hacia él.

—No lo sé. —Resopla encogiéndose de hombros—. Se siente.

—Supuse que dirías eso. Y seguro tú sabes qué es lo que diré ahora.

—Quieres que te diga cómo se siente, ¿no? —Yo asiento—. Pues... Lina era mi amor de la secundaria, ¿la recuerdas? —Simon evita mirarme a los ojos, se rasca la nuca y pasea su mirada por la habitación como si buscara ayuda en las paredes. Ya lo puse incómodo, misión cumplida.

—Sí, se la pasaba aquí. Araceli le preguntó si acaso no la querían en su casa.

Simon sonrío, es una de esas sonrisas que llevan memorias detrás.

—Bueno, es algo así. Querer abrazar a una persona, besarla o estar con ella todo el rato.

—Eso suena más como atracción sexual que amor. —A veces es divertido ser tan directo con las personas, la cara se les enrojece. No funciona con Araceli ni conmigo, pero con Simon y Adam sí. ¿Fayna también se enrojecería si soy muy directo o lo tomaría con naturalidad?

—Puede ser, estaba bastante confundido en ese entonces —admite. Creo que acabo de hacer que se replantee su existencia—. Pero digamos que el amor se extiende desde tu corazón a todo el cuerpo, y el deseo se siente solo en ciertas partes.

Concluye con su cátedra, me revuelve el cabello, se levanta y me lanza una almohada.

—Ahora, deja las cartas de amor para al rato, vamos a preparar la cena.

Sale de la habitación. Desde el umbral de la puerta veo que se coloca el delantal y me lanza el mío hasta la cama.

Me gusta hacerme el tonto con eso del amor, aunque sepa cómo se siente, o al menos sé lo que siento yo. No podría definir que el amor se vive de tal o cual manera, pero puedo definir si yo estoy enamorado.

Podría quedarme un rato más planteándome si estoy enamorado de Fayna, pero escucho la puerta abrirse y a mi tía que grita para que la ayude con la bolsa de compras. De cualquier forma, ya iba de salida, no quiero que Simon comience sin mí.

La cena de Navidad es uno de mis momentos favoritos del año, es mi oportunidad para cocinar con Simon y aprender algo de la carrera que me hubiera gustado estudiar. Quizá aprenda un platillo que le cocinaré a Fayna, algún día, si me lo permite.

Por la puerta entra Araceli, detrás viene Adam, que lleva una bolsa de compras atiborrada hasta el tope. Conozco a Adam desde la primaria. Somos complementos opuestos, como lo dulce y lo salado.

Él tiene otro montón de amigos de los que tirar, pero por alguna razón siempre soy su prioridad. A veces no sé si seguimos siendo amigos solo por la costumbre.

Da igual, yo no soy su amigo solo porque me pese dejar una amistad de tantos años, sino porque en serio me agrada. Le cae bien a mi familia también. Y se pasa las fiestas aquí porque sus padres no son precisamente fans de estas fechas.

—Esa era la última bolsa —declara Adam mientras intenta que el contenido de la bolsa no se derrame por todo el piso cuando la deja sobre la barra. Yo me lanzo al ver que la barra de pan se desmorona con el peso del resto de las cosas, la saco de allí y coloco el resto con cuidado.

—Muchas gracias, Adam —suspira Araceli.

—Ah, no hay problema. Es lo menos que puedo hacer, ya que me invitan a cenar y no traigo nada. Sus chicos al menos ayudan en la cocina.

Adam siempre se convierte en un caballero prudente cuando habla con padres. Tiene una labia admirable.

—Mejor no correr riesgos, la última vez que intentaste ayudar casi pierdes un dedo —señala Simon apuntando con el cuchillo a su mano.

—Hubiera sido una tragedia, ¿cómo tomarías fotos luego de eso? —repite Araceli señalando la pared donde cuelga las fotos que Adam toma cada fiesta.

A mi tía nunca le ha importado que Adam pase la Navidad con nosotros o que se quede a dormir aquí cuando va de fiesta. Le cae bien y se siente un poco como su protectora. Se queda algunos fines de semana acá, lo normal es que, si son más de la siete y Adam sigue aquí, ella dice algo como «Es muy tarde, tienes que quedarte, la habitación está lista»; aunque las siete no son tarde en lo absoluto para un chico que llega en diez minutos a su casa. Y él se queda porque se siente más bienvenido aquí que allá.

—¿Cómo sigue tu madre?

—Lo de siempre. —Muerde una manzana, la observa para evitar la mirada de Araceli—. Entra de vez en cuando a rehabilitación, pero regresa ansiosa de abrir las botellas que escondió en el sótano y mi padre insiste en que debería salir de la escuela para cuidarla. —Lanza la manzana y la atrapa en el aire, restando importancia.

Siempre que Adam habla de su familia es un poco tenso. Uno pensaría que la situación familiar más tensa sería la del chico que nunca conoció a sus padres, pero yo me lo tomo con más calma. A Adam no le gusta hablar sobre ellos. En ocasiones bromeo con él diciendo que solo es mi amigo para quedarse a dormir en mi casa, él responde «me atrapaste, eres el mejor amigo-hotel que existe»

—Araceli —llamo a mi tía y empiezo a picar una cebolla morada.

—Mande.

—¿Alguna vez te has enamorado? —Adam y Simon me miran como si hubiera dicho una mala palabra.

—Sí, muchas veces. Hace mucho. —A ella no le escandaliza la pregunta.

—¿A qué edad?

—Supongo que la primera vez fue a los... dieciséis, más o menos.

—¿Y por qué no seguiste con... esa persona? —Podría decir «con ese chico», pero no conozco el historial amoroso de mi tía para asegurar que se tratara de un hombre.

—Porque se enamoró de alguien más.

—¿Y por qué no te quedaste con quien le siguió?

Hace memoria.

—Porque se fue a vivir a Canadá y no iba a llevarme con él. ¿Tu pregunta va dirigida a por qué estoy soltera?

—No. En realidad me preguntaba si el amor dura para siempre o es un sentimiento pasajero.

—¿Por qué te preguntas eso ahora? —habla ahora Adam, que hasta el momento se había limitado a seguir la conversación con la mirada.

—Estaba pensando que muchas veces las personas confunden el amor con una atracción física. Que el amor implica en parte también cierta atracción y quizá la diferencia entre ambos es que, al menos en teoría, el amor dura para siempre.

—No creo que sea necesario. A veces amas mucho, muy intenso, pero no es para siempre. Quizá la diferencia entre ambas sería que cuando amas a alguien te importa su bienestar, incluso más de lo que te importa el tuyo —interfiere Simon.

—Entiendo. —Hago notas mentales en mi cabeza—. ¿Y cuál es la diferencia entre el amor romántico y el amor de familia?

—Que el de familia no viene con la atracción sexual, al menos no debería —apunta Adam arrugando la nariz, acaba de imaginarse algo asqueroso—. Espera, ¿esto significa que encontraste tu primer amor?

—¿Qué no su primer amor era esa chica con la que salió hace dos o tres años? Esa muy alta, que dijo que la comida de Simon tenía mucha grasa.

—En realidad, le molestaba que el hombre cocinara en lugar de que hicieras todo tú. Tampoco le gustaba que Simon fuera chef o que yo en algún momento quisiera serlo. Era un poco... hecha a la antigua por decirlo así. De cualquier manera, no creo haber estado enamorado de ella.

—Pues qué ridículo, mi hijo cocina mejor que yo. Era una visita, no quería darle crema de lata. Además, era una tipa grosera.

—¿Qué tal la chica... esa que usaba minifaldas y venía aquí casi a diario? Joana, ¿así se llamaba? —indaga ahora Simon. Se ha pasado de las cebollas a los pimientos.

—Se llamaba Yona, pero siempre pensaste que era un diminutivo de Joana y así le decías, a ella tampoco le importó mucho que le cambiaras el nombre. —A Yona la quise demasiado, pero todo se acabó tan rápido que probablemente no fuese amor—. Solo estuve con ella dos semanas, tampoco fue para tanto.

—¿Es la misma que escogió todas tus optativas para que estuvieran juntos?

—Ah, ¡sí la recuerdo! Me pareció raro que te inscribieras en química. Ahora entiendo por qué tenías esos libros y tuviste una nota tan baja.

—Bueno, todos cometemos errores. Fue horrible pasar el año entero con ella. Terminó por darse de baja de la materia, estaba muy molesta conmigo.

Me inscribió a natación aun sabiendo que le tenía fobia al agua, creo que no estaba poniendo atención cuando se lo conté. Obtuvo mis contraseñas con engaños solo para cambiar mis materias y alinearlas a las suyas. Me dijo que odiaba leer, que siempre descargaba los libros piratas porque en su opinión «si los artistas hacen todo por pasión, ¿por qué tengo que pagarles?». Y odiaba a los animales, no a los gatos o insectos —que es lo más común—, sino a todos en general.

No sé qué tenía en la cabeza para salir con ella.

Tenía muchas razones para terminar esa relación, pero no lo hice porque, a pesar de todo, la quería. Quizá es porque llevábamos dos semanas, las cosas no eran tan intensas o insoportables como para dejar a la primera persona que me había dicho te amo. Me dejó cuando no me presenté a la clase de natación, dijo que quería un novio que supiera nadar y pudiera rescatarla.

—¿Entonces de quién estás enamorado?

—No dije que lo estuviera.

—Tampoco dijiste que no.

—¿El consentimiento no te ha enseñado que la ausencia de un «no» no es lo mismo que un «sí»? —Necesito cambiar el tema de conversación, no tengo muchas ganas de explicar mis circunstancias con Fayna. Sería difícil de digerir y seguro que Adam intentaría averiguar quién es. Decidido. No voy a contarle a Adam sobre Fayna—. Mejor dime cómo vas con tu conquista actual, Adam.

—¿Quién es la conquista actual?, ¿es la misma del año pasado o al fin estamos pasando la página? —averigua mi tía, está enterada del chisme de Adam con «la chica de sus sueños».

«La chica más hermosa que hayas visto: tiene los ojos más bellos que existen, los más verdes. Su brillante cabello rojo cubre su espalda como si fuera una cascada de sangre; y es tan bonita que parece que no es humana, en el buen sentido», la cantaleta de siempre, la recita cada vez que habla de ella. No es un poeta, pero hace lo que puede.

—La misma. No voy a rendirme hasta conseguir una cita, si luego de eso las cosas no funcionan, la dejaré en paz. Pero necesito al menos una oportunidad.

—Eso es acoso —murmuro y lo camuflé bajo una tos fingida.

—No lo es —me susurra de vuelta.

Yo respondo asintiendo, en mis labios se lee «sí lo es».

Quizá en serio siente algo por ella, o quizá solo le gustan las pelirrojas. Ella destaca por el hecho de decirle que no una y otra vez.

No continuamos con el tema del amor. Me quedo con la duda de si el amor verdadero dura toda la vida. Yo creo que no, que el amor dure lo que dure, es de verdad. De otra forma solo se podría afirmar que has amado a alguien cuando estás muerto.

El resto del día cocinamos entre una charla y otra, pero nada se dirige a la chica de la biblioteca; eso desde la superficie, porque la verdad es que a mí, todo me lleva a pensar en Fayna estos días. Me pregunto qué habrán cocinado para la cena, si le gustaría una conmigo, si disfrutaría mi comida. Me pregunto si se la pasa bien con sus padres, espero que sí y si no, de seguro mi tía no tarda más de dos segundos en ofrecerle pasar Navidad con nosotros.

Quiero que sea feliz en Navidad. Quiero que sea feliz todos los días.

Durante las semanas de vacaciones me doy cuenta de lo mucho que deseo contarle cosas, que me hable sobre su día, sus materias, sus opiniones de lo que sea. Si algo me hace reír quiero compartirlo con ella, quiero que la haga sonreír también, aun si no puedo ver su sonrisa jamás. Me conformaría con imaginarla soltando una pequeña carcajada al leer mi nota, me imagino incluso el regaño que le pondría la bibliotecaria. Si es feliz un par de segundos con mi chiste tonto, es lo único que importa.

Y quizá, eso es el amor.

11. Pelirroja

Las Navidades nunca han sido mi fecha favorita. En realidad, soy de esas personas a las que no les gustan las festividades en general.

Mis padres insisten en que pase las vacaciones completas con ellos. Hace un año logré convencerlos de que me dejaran las vacaciones de verano para mí. Mis argumentos iban dirigidos a que de cualquier manera tenían que pagar el alquiler para no perder el departamento, y que en esos días podía tomar clases de verano en los deportes que les gustan.

Haría cualquier cosa con tal de quedarme con Michelle también en Navidad, podría pasarla con sus padres, les agrado. Aunque ellos no celebran Navidad, es más un día común. No importa, así lo sigo prefiriendo.

Igual eso no va a suceder, porque estas son fechas familiares. Quieras o no.

La gente suele decir que debes pasar el mayor tiempo posible con tus padres mientras viven. Yo creo que eso solo aplica si te llevas bien con dichos padres.

No quiero que esto se malentienda. Los quiero, pero no quiero estar con ellos. Creo que precisamente porque los quiero, prefiero mantenerlos lejos. Si estamos los tres juntos siempre surge una pelea, yo me siento mal y termino con menos ganas de estar allí. Es difícil de explicar.

Siempre he pensado que puedes clasificar tu relación con una persona de dos maneras: querer y agradar. Puede que alguien te agrade, pero no lo quieras, que es lo más común; también puede que quieras a alguien que no te agrade, común con la familia.

Quiero a mis padres, pero no me agradan.

Me agrada Clarease, la bibliotecaria; aunque no diría que la quiero.

A Michelle la quiero y también me agrada.

¿Se entiende?

Nori... me agrada, dejémoslo allí. Me agrada mucho más de lo que es saludable.

Volvamos a mis padres: Mi madre se llama Isabella y mi padre William. Nunca les digo por su nombre, siempre los llamo padre y madre. No «pa» y «ma», odian eso. Tampoco papá y mamá —lo odian menos, pero lo odian—. Solo madre y padre. A veces, cuando hablo con otros sobre ellos les digo por sus nombres, es una pequeña travesura que me permito.

A Isabella la pintaría hiperrealista, para captar cada una de las arrugas de su expresión fruncida y las cejas delimitadas a la perfección. Estaría a $\frac{3}{4}$ con la cara a lápiz. Le daría un color rosa muy intenso en el fondo, porque impone sus palabras como si todo fuera importante e irrefutable. Ella es un marcador rosa.

Mi padre lo haría en acuarela, con los trazos sin definir por completo, más bien sueltos. Su retrato lo pintaría con los tonos clásicos de él: azul profundo y amarillo verdoso. Su cara sería amarilla, sombras negras como el cabello y con el fondo de pinceladas azules. Él es un marcador azul, porque siempre parece triste.

Isabella está peleada con la familia de mi padre, dice que su suegra es una vieja bruja que trata a su hijo como si fuera un niño. William está peleado con la familia de mi madre, porque una vez le prestó dinero a mi tío y jamás se lo regresó. Y por eso, pasamos los días festivos en casa, solos los tres.

Mi madre cocina, me pide ayuda a mí. Mi padre compra las cosas que hacen falta y mira películas navideñas en televisión en lo que nosotras tenemos la cena lista. Mis padres son, por decirlo de algún modo, muy tradicionales.

Cuando eres un niño ni siquiera te pasa por la cabeza que las cosas en el resto del mundo pueden ser diferentes a lo que vives, no te cuestionas nada. Asumes que también en las casas de tus compañeros es la mamá quien hace todo y el padre quien da dinero; no te imaginas que puedan existir otras dinámicas económicas. Supones también, que las otras niñas rezan cada noche y van a misa los domingos, nadie te habló de que existían otras religiones o se podía no creer en nada.

En mi caso, al entrar a una preparatoria que no era católica —pasamos por una mala racha económica y no les quedó más remedio que meterme en una escuela pública—, cambió toda mi perspectiva.

Creo que esa es la clave de la adolescencia: darte cuenta de que no todo lo que tus padres dicen es cierto. Que pueden mentir, que no siempre tienen la razón. Y la parte de la rebeldía viene porque, aun sabiendo esto, tienes que seguir viviendo con ellos y no puedes contradecirlos; si estás bajo su techo, o, en mi caso, si ellos pagan tu techo, sigues sus reglas.

Escuchas que dicen «las mujeres practican ballet», «debes ser una dama», «Dios creó todo en el universo y te creó a ti, así que, lo menos que podemos hacer es agradecerle en la cena», «arrodíllate», «compórtate», «cierra las piernas».

No puedes decir que piensas diferente, que no estás muy segura de que Dios exista. Que ser una dama no implica usar siempre vestidos y callarte cuando algo te parece injusto. Que odias el ballet y que te gusta pintar. Que desearías poder mostrarles lo que haces.

No les dices que el fin de semana no quieres ir con ellos: en primer lugar porque te asfixian y en segundo, porque tomas clases de pintura con una chica llamada Kenia. Mucho menos eso, porque lo pagas con el dinero que ellos te dan. No les dices que las mujeres pueden trabajar en algo que no sea secretaria o enfermera; mucho menos les dices que no estudias enfermería como ellos suponen, sino que estás en arte y diseño, que es lo que de verdad te gusta.

Si tu padre supiera que estudias ballet, le dirías que lo odias; y si tu madre supiera que vas a fútbol, dirías que prefieres el ballet. Aunque la realidad sea que odias ambos por igual. Tienes la pequeña esperanza de que eso los haga sacarte de ambos deportes, no dejas que se desmorone a pesar de que lo has intentado por diez años.

Entonces cocinas, escuchas el sermón de tu madre sobre la virginidad y callas. Te pones el vestido verde que ellos escogieron, dices que te encanta, te peinas con un moño atrás. Luego, en la mesa te sientas erguida, pones el mantel en tus piernas y esperas que la noche termine pronto.

—La lasaña sabe rara, ¿qué le pusiste? —Mi padre habla. Siempre tiene algo que criticar de la comida.

—Usé carne de puerco en lugar de carne de res, dicen que es mejor para el medio ambiente.

La mesa es mucho más grande de lo que necesitamos tres personas, toda la casa es más grande de lo que necesitarían tres personas, que por lo regular, son dos. Sobre nuestras cabezas hay un candelabro que de niña deseaba que se cayera cuando mis padres peleaban. Algo tipo *Matilda*, que podía convertirse fácilmente en un *Carrie* si se me pasaba la mano con eso de la telequinesis.

El mantel está pulcro y sin arrugas. Todo está tan limpio que me divierto al imaginar una gota de pintura caer, como en *Bob Esponja*. Mi padre viste un suéter a cuadros y mi madre un vestido elegante, el cabello recogido en un chongo que le tomó dos horas lograr.

Preparamos lasaña porque le gusta a Isabella; pechugas de pollo rellenas que le gustan a mi padre, aunque mi madre las considera de mal gusto para una cena tan importante; a mí no me preguntaron qué quería, pero me emociona el espagueti con crema, que es el acompañamiento.

Hay otro montón de cosas más en el centro de la mesa: ensalada, las costillas *barbecue* que

este año se le antojaron a William, camarones, helado casero de galleta y un pastel de tres leches de fresas para el postre. La lasaña, la sopa y el pollo son la constante de cada año, lo demás va cambiando.

—Sabía mejor antes —continúa mi padre.

Un silencio. Ha logrado que mi madre se sienta mal, puedo notarlo. Yo también me sentiría así si hubiera pasado toda la tarde cocinando para que un simple ingrediente lo arruine. ¡De hecho, eso hice! Estuve cocinando todo el día y ahora él se queja y se niega a comer. Hace a un lado el plato y pasa a otra cosa.

—A mí me gusta —intervengo yo. ¿Intervengo yo? Sí, lo dije en voz alta.

Son momentos así en los que debo escoger un bando. Ahora mi padre me mirará molesto el resto de la cena y quizá su rencor le haga negarme algo si se lo pido. Lo siento William, yo también pasé el día entero en la cocina y me da igual de qué animal viene la carne.

—Me alegro. —Sonríe mi madre y me da un apretón en la mano como agradecimiento por el apoyo—. A mi hija le gusta lo que hago. —Hace énfasis en el «mi»—. Esto no sucedería si hubiéramos ido a un restaurante, tal como te lo pedí el año pasado.

A veces Isabella es tímida, callada, obediente, *tal como debe ser*. Otras veces opta por ser pasivo-agresiva. Si eso no da resultado, llega el modo agresivo-agresivo. Por último recurre a la ley del hielo para todos en la casa.

—Me gustaría pintarme el cabello —suelto de la nada, quiero desviar la atención. ¿Qué me pasa hoy? ¿No había una manera de desviar la conversación a algo más?, no sé, algo que no sea yo. Me acabo de poner frente al cañón, recibiré todo el golpe.

—¿Por qué, amor? Tu cabello es hermoso tal y como está. Si lo tiñes vas a hacer que se dañe. —Toma mi cabello entre sus manos, hace muecas al ver que tengo las puntas abiertas, me hace falta un corte, pero no he tenido mucho tiempo—. ¿No te gusta el pelirrojo? Es igual al que tenía mi madre y al mío. Luces igual que yo cuando era joven.

Sí... ¿Cómo le digo? Es por eso que no me gusta.

—Es bonito, madre. ¿Estaría bien al menos cortarlo? —pido señalando con la mano el aproximado—. Que me llegue a la nuca.

—¡Eso es muy corto! —Se escandaliza William—. Como de hombre. Se va a ver horrible, pero como quieras.

«Como quieras». Te verás horrible, hija, pero como gustes.

Tal vez no está tan mal el cabello largo y pelirrojo. Nunca me gustó tener el cabello largo, me parece más un estorbo, pesa en mi cuello y la mayoría del tiempo tengo que amarrarlo. No tiene sentido, ni siquiera luce. Ser pelirroja nunca me ha gustado, no sé por qué; desde que descubrí que existían los tintes, quiero ponerlo castaño, o rubio, blanco, negro. Aceptaría lo que sea.

Pero quizá no está tan mal.

Cuando tenía doce años convencí a mi madre de llevarme a la peluquería y pedí que me dejaran el cabello por debajo de las orejas y que me hicieran un flequillo. Un corte *wob*.

Mientras lo cortaban, ella se la pasó diciendo que estaba arruinado mi cabello, que iba a arrepentirme mañana, que mi padre iba a enojarse. Me mantuve firme, porque creí que al ver el resultado final quedaría contenta. La peluquera terminó, yo me levanté de la silla con un salto alegre, sonreí de oreja a oreja y me puse las manos en la cintura como si le modelara mis puntas cortas.

Esperaba que dijera que me veía preciosa, porque eso se supone que hacen las madres, pero la mía no, ella se echó a llorar.

Desde ese momento, hasta que mi cabello lució de nuevo con el largo habitual, mi padre levantaba las puntas de mi flequillo en el aire y las soltaba con cara de asco. Solía decir: «Ay hija, ¿qué te hiciste?», «¿cuánto te pagaron por hacerte esto?».

Desde ese día, no hago nada a lo que respondan «como quieras». Porque *como quieras* no significa *haz lo que quieras*. Tú estás mal si lo entendiste así.

Podría cortarlo de todas maneras, teñirlo y ser feliz con ello. No lo hago porque veo a mis padres casi a diario y no quiero volver a pasar por sus miradas reprobatorias. No quiero escucharlos todos los días hablar de lo mal que me veo, de la terrible decisión que tomé. Prefiero ser la pelirroja de cabello largo.



El Año Nuevo no fue muy distinto a la Navidad; la Navidad de este año no fue muy diferente a todas las demás fechas festivas. Las cenas en días comunes son más o menos lo mismo, pero con menos comida.

Llevo dos semanas en casa y me falta una más.

Trato de no pensar en Nori. No me despedí de él, por tonta. A veces, cuando llega la noche, quiero escribir un diario, una edición especial de tres semanas, para luego arrancar las páginas y dejárselas a Nori al volver de vacaciones. No lo hice las dos semanas anteriores y no creo hacerlo hoy, hay muchas cosas que omitir para asegurarme de mantener mi identidad en secreto.

No quiero pensar en él. Hace unos días me volví loca creyendo que estaba enamorada de él, pero no lo estoy. No puedo estarlo.

Este tiempo debería servirme para despejar la mente y alejarme de esa idea. Aunque no está resultando muy bien. Me he despertado con la imagen de sus letras chuecas clavada en la cabeza.

A veces me pongo a hacer dibujos en mi libreta, me planteo una y otra vez su apariencia; quiero dibujarlo jorobado y con los ojos saltones para que deje de gustarme, pero la verdad me da lo mismo como se vea.

Releo sus historias, y trato de imaginar que me lo lee él. Una o dos veces, me ha dado un escalofrío al imaginarlo susurrándome al oído.

Sal de mi cabeza, Nori, ahora mismo.



Por fin vuelvo a mi hermoso apartamento con Michelle, la abrazo y no sé muy bien por qué, en el momento en que hago contacto con el calor de su cuerpo, lloro. Me quedo abrazada a ella y sigo llorando por treinta minutos. No estoy segura de si mi llanto se debe a lo mucho que la extrañaba a ella y la abrumadora paz de mi hogar, o si estoy dejando salir todo lo que contuve estas semanas.

Quizá, ella sí sabe qué es lo que me hace llorar, ya que no me pregunta nada. Se dedica a consolarme con caricias sobre el abrigo, me prepara un té y me cuida hasta que me quedo dormida.

En mis sueños, olvido mis vacaciones, hago como que no existen. En mis sueños solo estamos el chico de la biblioteca y yo, escribiendo sobre un lienzo batido de estrellas.

12. Notas entre páginas

*Está bien, no me cuentes sobre los deportes, tengo una mejor idea. Te advierto que me he excedido más, me dejaste mucho tiempo para pensarlo. Podrías al menos haberme deseado
Feliz Navidad y Año Nuevo.*

Y solo para que veas que soy cortés, te lo diré yo: Feliz Navidad, Fayna. Feliz Año Nuevo, chica de la biblioteca. ¿Cómo te la pasaste en las fiestas?

*Admito que fue una despedida tajante de mi parte, lo siento, a veces no sé en qué día vivo y olvidé por completo que era viernes, y que era el último viernes del año escolar. Puedo compensarlo, pero no pidas demasiado.
Espero que tuvieras una mejor Navidad que la mía, Nori.
¿Qué es lo que quieres pedirme?*

Vale, solo déjame dar mi pequeño discurso antes de pedirlo. A los escritores nos gusta llenar todo de palabras, quizá eso me dé el poder de la persuasión.

*Bien, aquí voy:
Nunca había conocido a una chica como tú. No a una chica: a alguien.
Nunca conocí a alguien como tú, Fayna.
Sé lo que dirás: no me conoces. Pero te equivocas, yo sé que piensas que encontrar vida extraterrestre sería el fin de la humanidad, sé que siempre mascas chicle cuando caminas, que escuchas audiolibros todo el rato, que marcas tus libros con un código de colores, que pintas como una diosa (y eso lo sé sin haber visto nada, porque con solo escuchar cómo hablas de tus pinturas, ya me cautivaste), sé que tus películas favoritas son animadas. Y sé, también, que no crees en el amor.*

Podría hacer una larga lista de todas las cosas que sé de ti, pero también es cierto que no sé muchas otras que quisiera que me contaras. ¿Crees que podrías bajar un poco la guardia con las reglas y almorzar conmigo un día de estos?

*¿Ahora dirás que no soy como las otras chicas? Es un cliché, lo sabes.
También sabes que es un no, me gusta que seas el chico de la biblioteca.*

*No. No conozco a todas las otras chicas. Te conozco a ti y eso basta.
Y seguiré siendo el chico de la biblioteca, pero me gustaría también ser el Nori del*

almuerzo.

¿Cómo sabes que en un par de meses no te aburrirás de estas notas y dejarás todo a la deriva? Si un día dejas de hablarme solo será eso, pero si me conoces, podrás ignorarme en vivo y en directo. De verdad no quiero eso.

*¿A eso le tienes miedo, Fayna? No está en mis planes dejar de escribirte si eso es lo que piensas. Tampoco se me ocurre una razón para que al conocerte decida dejarlo todo, sin más. No tiene sentido. Me gusta estar contigo.
Pero te entiendo, ¿está bien? No tienes que almorzar conmigo si te incomoda. Quería que dejaras de creer que somos un par de desconocidos.*

No somos desconocidos. Eres mi chico de la biblioteca.

*Qué raro, suponía que tú eras mi chica de la biblioteca.
Si no aceptas el almuerzo, ¿hay algo que podrías aceptar?*

Escribí muchos borradores de diario mientras estaba de vacaciones, ninguno de ellos me convenció demasiado, pero puedo traspasar cosas de ellos, hacer una carta muy muy larga y contarte todo lo que hice. Sin omitir cosas, ocultaré apenas los nombres.

Esa es mi propuesta.

¿De verdad vas a contarme sobre tres semanas de tu vida a detalle? ¿Dónde firmo? Claro que quiero, chica de la biblioteca. ¿Podríamos hacer eso en un hábito?, tú contándome tu día.

13. La casa arcoíris

Contarle las cosas a Nori se vuelve más sencillo con cada carta. Cada ocasión, él pregunta más y más cosas. Algunas veces respondo, otras me las ingenio para cambiar la pregunta.

Ya pasamos nuestra etapa de cuestiones existenciales, ahora estamos en la de: *datos aleatorios de nuestra vida*. Tenemos un acuerdo: cada vez que dejamos una nota, debemos contar un dato interesante sobre nosotros mismos o de cultura general.

Dato de hoy: ¿sabes qué es un Alebrije?

Es un ser imaginario que se forma con distintas partes de animales y colores diferentes a los que tendría de manera natural. A veces tienen patrones geométricos, como un mandala.

En el arte se hacen esculturas con ellos.

Bueno, pues cuando yo tenía 10 años, a mis padres les regalaron una de estas esculturas y me pareció fascinante. Yo lo veo de este modo: todos somos varias partes de algo y otras de algo más. Por eso me encanta el concepto. No sé si se entiende, estoy usando a un animal de colores para explicar la naturaleza humana.

En fin, mis padres dijeron que las cosas son como son y tiraron el regalo a la basura, pero yo lo saqué de allí y lo escondí en mi clóset. Era muy bonito para deshacerse de él. Aún lo tengo, es la cosa más hermosa que existe: una mezcla entre una mariposa y un gato, pero con patrones de manchas de un jaguar. Color turquesa y morado.

Debe ser como un tesoro para ti. ¿Alguna vez has pensado en crear uno propio? Ya sabes, uno que tenga las partes que representen tu naturaleza humana.

Dato del día: No sé si es algo que todo el mundo haga, pero en mi casa tenemos un armario lleno de juegos de mesa. Jugamos en Navidad o en los cumpleaños de cada uno.

Cuando era un niño me podía pasar días enteros con el Monopoly jugando contra mí mismo, y para ser sincero, aún hoy me tomo un día completo de las vacaciones para jugar contra mí a cuatro fichas.

P.D. Hace mucho tenía que haber dicho esto, pero no sé cómo lo tomarás, igual lo diré: tus padres tienen la mente muy cerrada, me alegra que hayas desaprendido todo lo que te enseñaron sobre lo que es correcto. Amar lo que ellos odian es muy tú.

Una nota, guardar una sola nota no dañará a nadie.

Hace un tiempo aprendí que no tenía que ser todo lo que ellos decían, pero sigue costándome trabajo. A veces necesito a alguien que me recuerde que yo no soy lo que los demás quieren de mí.

Esta nota podría ser mi mantra.

Creo que puedo quedarme con la posdata. La guardo doblada con mucho cuidado en mi cartera entre la tarjeta del cine y la credencial de la escuela. Estando allí, en un mes se habrá deslavado la tinta, pero yo seguiré sabiendo qué dice.

Por otro lado, nunca he hecho un alebrije, quizá debería intentarlo.

Es sábado, mi día preferido de la semana. Todos los sábados voy con Kenia, mi maestra de pintura. Kenia es una chica de piel oscura, ojos de un negro tan profundo que apenas se

distinguen de las pupilas, cabello lacio y brillante, muy corto, su cabello ni siquiera le toca las orejas. No hay nada extraordinario en su apariencia o su forma de vestir, lo que sí es extraordinario es su casa.

Somos seis personas que tomamos clases con ella cada fin de semana. Algunos van también entre semana, yo solo puedo estar hoy.

Pintamos en su casa. Tiene un patio trasero que parece un jardín encantado con cientos de flores en una variedad de colores impresionante, Kenia dice que le gustan las flores porque tienen los colores del universo.

Las paredes son de pequeños ladrillos rojos. Su puerta es de metal cobrizo, cuando la abre de par en par, se siente como entrar a un castillo. Además, adaptó una parte de ese jardín con repisas llenas de pinturas.

Estar aquí es una experiencia mágica.

Si la gente pudiera escoger el lugar donde pasar la eternidad después de la muerte, yo elegiría esta casa.

Una vez, Kenia me encontró espiando por su ventana. Me llamaron la atención los montones de colores que se asomaron cuando las cortinas blancas fueron arrastradas por el viento un breve instante.

—Para espiar bien, te recomiendo llevar pasamontañas —murmuró en mi oído con una sonrisa dibujada en los labios.

—Lo siento, no era mi intención. —Volví a mi pintura cual perrito regañado.

—Oye, tranquila. Solo era un juego, no me molesta que veas por la ventana, pero es mejor si dices que quieres ver la casa por dentro.

—Oh, no podría. Respeto su privacidad.

—¿Cuál privacidad? Todos aquí han pasado a mi casa. Entramos cuando está nublado y los lunes son de clases en el interior, porque somos muy pocos. Además, ¿dónde esperas que todo el mundo vaya al baño? No sé de qué está hecha tu vejiga, pero los demás tenemos la de material estándar.

Para mis padres ir al baño en casas ajenas es de mala educación, supongo que me acostumbré a bloquear esos estímulos al estar fuera. A veces su forma de educarme parece basarse en el principio de ser lo *menos humano* posible.

Me invitó a pasar a su casa. No conozco otro lugar más colorido. Siempre digo que la casa de Kenia es un pedazo de arcoíris. Todas sus paredes están llenas de dibujos. Me recuerdan a la torre de Rapunzel.

Esta es la habitación que deseaba de niña, aún la aceptaría. Aunque los cuadros pintados en ella son cada uno más único y extraordinario que el anterior, lo que más llama la atención son los pequeños dibujos hechos con crayola encima de ellos.

—¿Es una especie de firma? —pregunto señalando un monito con gorra rosa sobre la pintura de unas flores.

—En realidad es Sara. Le di todas las paredes de su habitación para que pintara lo que quisiera, pero luego igual pinta encima de mis dibujos.

—¿Sara es su hija?

—Nunca vas a dejar de hablarme de manera tan propia, ¿cierto? —Sonrió cuando yo negué con la cabeza—. Sí, es mi hija. No la conoces porque pasa los fines de semana con sus abuelos. A su papá le encanta llevarla; yo a él lo amo, pero la verdad es que sus padres no me caen muy bien —susurra la última oración como una confidencia—. Es una lástima, seguro le caerías muy bien.

Antes de esa tarde pensaba que Kenia vivía sola. Es de esas personas tan independientes que cuesta creer que tengan pareja. Siempre he tenido la idea de que cuando uno se casa, pierde toda su libertad.

Cuando reflexiono acerca del matrimonio, no me decido si es peor divorciarse, tener que repartir todas tus cosas, pasar las tardes con abogados y demostrar ante un juez que la persona que una vez amaste es el villano; o, quedarte junto a una persona que hace años dejaste de querer porque «si nos dejamos podría afectarle a la niña».

Siempre supuse que mis padres se divorciarían finalmente cuando cumpliera dieciocho y saliera de la casa. No sucedió. Pésima decisión en mi opinión.

En todo caso, el mal viene de la raíz: enamorarse.

Suponer que amas tanto a una persona que quieres pasar el resto de tu vida a su lado, solo para un par de años después, darte cuenta de que estabas equivocada.

Esa idea del amor me ha guiado toda la vida.

Cuando me preguntaban quién me gustaba en prepa, podía decir sin problema que tal o cual chico me parecía atractivo; luego, si este mismo chico llegaba conmigo a declararse, yo decía que no.

Me gustan los chicos —nada contra las chicas, pero no me gustan de esa forma—. Algunos de ellos habían logrado robarme un beso, nada más allá. Nunca he tenido una relación amorosa y no me interesa tenerla.

No quiero enamorarme de alguien, me da miedo creermelo que el amor es para siempre y terminar siendo parte de la estadística en fracasos matrimoniales.

Adam dice que la gente que no cree en el amor lo dice porque le han roto el corazón y quizá tenga razón, pero no de la forma que él piensa. Tengo el corazón roto, lo he tenido así toda la vida, y no me hizo falta enamorarme.

—Esta es la sala en la que guardo las pinturas y todo lo que ocupamos en las clases. Y por allí están todos tus cuadros, listos para cuando quieras llevarlos. —Mis pensamientos volaron, no recordaba que estaba en el paraíso.

La mayoría se llevaban sus pinturas a casa, están orgullosos de ellas y las cuelgan en su pared para enseñarlas a sus invitados y decir «sí, yo hice eso». No es que mis pinturas me avergüencen, pasa que en el departamento no podría ocultarlas de mi madre. Podría negar que son mías, pero no soportar que William e Isabella las critiquen.

—Gracias por mostrarme. Su casa es hermosa.

Mi sueño es tener una casa como esa. Y sé que la tendré algún día.

Kenia suele preguntar por sugerencias para lo que queremos hacer la clase siguiente. Todos alguna vez dieron una propuesta. A la señora Martha —una mujer de unos cincuenta años con un pulso envidiable— le encantan las flores, eso fue su tema y de algo tan simple salió una clase extraordinaria en la que aprendimos a hacer pinturas vegetales desde cero. Al señor James —un hombre de unos cuarenta, calvo y con boina— se le ocurrió pintar con tinta china y de allí salió uno de mis cuadros favoritos.

Hoy quiero hacer mi primera propuesta. Con timidez levanto la mano y hablo en voz alta. Me pone nerviosa saber que todos me miran.

—¿Conocen los alebrijes? —suelto, las piernas dejan de temblarme en cuanto logro abrir la boca.

Cuando termino de explicar, Kenia parece encantada con la idea, y el resto del grupo también lo está. La profesora promete que investigará sobre los materiales que podemos usar. No habría hecho falta: hacer un alebrije en la clase de pintura ha sido una de mis fantasías más

duraderas y suelo calmarla buscando en internet sobre ello. Aunque no quiero quitarle el trabajo a Kenia, dejaré que lo investigue.

Me siento más valiente y creo que le debo esto a Nori por darme ese empujón que me faltaba.

Siempre he creído que soy una persona rara, con opiniones y gustos raros, pero desde que hablo con él, me he dado cuenta de que comparto el mundo con otros tantos raros. Me atrevo a sentir que mi opinión vale la pena y lo que me gusta a mí puede gustarle a otros también.

Tú ganas, haré un alebrije, pero solo porque tú lo pediste, que conste. Ahora te toca darme ideas, ¿cuáles son tus animales favoritos y los colores que más te gustan?

No hace falta decirle que, ya que él fue quien me dio ese empujón, quiero hacer algo inspirado en él. Tampoco hace falta decir, que en parte lo hago para extrañarlo un poquito menos los fines de semana.

14. El intercambio

¿Se valen animales ficticios? Tengo una fascinación con los dragones, quedaría hermoso con un jaguar. Las patas azules y las manchas rosas. A lo mejor no sé lo que digo, no me hagas caso.

Siempre he querido tener alguna mascota peluda, como un gato, pero soy alérgico. Tuve un pez una vez, ¿eso sirve? Sea como sea, sé que te quedará bien.

No voy a insistir con la chica de la biblioteca sobre almorzar con ella, si quiere, me lo dirá, yo ya dejé la propuesta sobre la mesa.

Dudo que quiera oír que me la he pasado las últimas semanas viendo recetas y fantaseando con preparar una cena impresionante, más impresionante que las cenas de Navidad. Es más, quiero hacer una cena tan increíble que se sienta como la Navidad; quiero que tenga un día especial, que olvide que pasó un mal rato en diciembre con su familia y pase uno bueno conmigo.

Podría proponerle adaptar mi casa para que todo esté tan oscuro que no podamos ver nuestros propios rostros y alrededor no haya nadie más. Pero: uno, eso suena a otro tipo de sugerencia, y dos, aunque no sepa cómo luzco, sabría donde vivo y escucharía mi voz.

Por fortuna, se me ocurre otra cosa:

Chica de la biblioteca, tengo una propuesta para ti. Una propuesta que no podrás rechazar.

Este lunes, junto a tu nota, vas a dejarme tu alebrije, puedes dejarlo en la estantería, dime el minuto exacto en que debo ir por él, prometo estar justo a tiempo. A cambio, te daré comida, ¿qué dices?

A lo mejor todavía es una mala idea. Tengo la sensación de que va a rechazarme de nuevo, pero cuando voy por la nota, veo que aceptó.

Tendré que poner la mayor cantidad de comida en un táper pequeño para que quepa en el estrecho espacio entre el lomo de los libros y la estantería superior.

Me encanta cuando la comida, además de deliciosa, es atractiva para la vista. Es maravilloso lo mucho que importa, aunque todo se convertirá en una masa disuelta en ácido. Me gusta hacer comida que se ve linda.

Tengo muchas ideas, muchos platillos que me encantaría que Fayna probara. Son tantas que podrían formar un banquete. Por un lado, está la opción de cocinar solo una cosa y esforzarme al máximo con ella.

Mi emoción no me permite tomar las decisiones más lógicas.

Paso por un trance mientras compro los ingredientes, porque para cuando me percaté, es domingo y estoy frente a la barra de la cocina, listo para preparar seis platillos distintos.

Se me fue el sábado en el centro de la ciudad recorriendo el mercado. Dos horas en el mercado japonés escogiendo los mejores ingredientes; las frutas más frescas; la mejor carne; a un Waldo's por encontrar táperes flaquitos; y finalmente a la tienda del centro donde Simon compra todo lo que tiene que ver con repostería. A una trabajadora le tocó lidiar con mi indecisión mientras escogía el recipiente para hornear del tamaño perfecto.

—¿Cómo se llama? —pregunta Araceli mientras le mete dedo a la mezcla de *cheesecake*

crudo sobre la mesa.

—¿Eso?, es un *cheesecake*. Creo que haré una capa de chocolate para la base en lugar de la clásica galleta. —Señalo el chocolate que se derrite en la estufa—. Estoy desinfectando las zarzamoras y los arándanos para prepararlo con frutos rojos. —Apunto con la mirada al fregadero lleno de fruta—. Me gustaría hacer una especie de marmoleado con el pastel. —Araceli me mira extrañada, así que le explico—. Le pones cocoa a la mitad de la mezcla para que tenga color y luego la mezclas con la normal, parcialmente, para crear un efecto de dos capas. —Cambio de idea y exclamo—: O tal vez puedo preparar una *ganache* de chocolate y ponerla entre dos capas de pastel. ¡Ah!, y lo de allá es...

—No, no me refería a eso —me interrumpe—. Preguntaba *quién* es la chica que traerás a cenar.

—Nunca he traído a una chica a cenar, ¿por qué asumes que lo haré ahora?

—Precisamente por eso. Estás como loco en la cocina con frutos rojos, *sushi* y gana-no-sé-qué. Jamás te había visto cocinar así, debe ser alguien especial, ¿cómo se llama?

—No se llama de ninguna manera.

—Oh, una chica sin nombre. Interesante. —Hace una pausa para observarme con los ojos bien abiertos. Yo no pronuncio nada, así que ella se corrige—. Bueno, y si es un chico también está bien, puede venir.

—Tía. No es un chico tampoco.

—Bueno, yo decía. Tus relaciones con chicas nunca han durado y quizá...

—Mi desempeño con las mujeres no tiene nada que ver con mi sexualidad —aclaro. Si me va mal es porque... no sé—. Voy a llevar un poco de la comida a la escuela mañana. Ahorita estoy preparando las cosas más complicadas, las que puedo guardar y no les pasa nada, mañana terminaré lo que haga falta. Entonces no, no es para la cena, al menos no la de hoy.

—Aún creo que es sospechoso. —Me observa con los ojos entrecerrados, como adivinando mis intenciones—. Siempre cocinas para llevar a la escuela, pero no en estas cantidades. Adam se la pasa aquí, así que no tendría sentido que le llevaras algo a él. No conozco ningún otro amigo o amiga tuya que sea tan importante como para cocinarle de esa manera. ¿Vas a alimentar a un ejército?, ¿cocinas para un grupo de lectura o algo así? Cuenta, cuenta.

—Eres imposible, ¿sabes? —rio. Ella se encoge de hombros y recarga su barbilla entre las manos, con los codos recargados a un costado de la harina—. Piensas las cosas demasiado, es imposible que se te escape algún detalle.

Suspiro. Apago la estufa, coloco ambas manos sobre la barra y la miro a los ojos. Ella sonríe con satisfacción, sabe que ahora voy a hablar de verdad, no hace el mínimo intento de disimular su felicidad.

—Sí hay una chica, ¿contenta? —suelto y observo su sonrisa ampliarse hasta las orejas—. No va a venir a cenar, ni es mi novia. No puedes conocerla, ¿vale? —Sus labios vuelven abajo y las orejas le caen—. Yo soy quien quiere prepararle algo, y como ella no puede venir, voy a llevarle un poco de todo a donde ella está. —Hablo de Fayna como si se tratase de una especie endémica.

—Pero ¿por qué no puedo conocerla? —Araceli hace una cara, cual niña pequeña decepcionada.

—Porque no. Es una regla.

Es una de nuestras reglas.

—¿Al menos me dirás cuál es su nombre?

—No. Es información clasificada, si lo digo tendría que matarte —amenazo señalándola

con un cuchillo de pan—. No puedes compartir esto con nadie, ni con Adam o con Simon, ¿entendido?

—No es justo —chilla—, pero está bien, mis labios están sellados —promete y acto seguido se dirige de nuevo a su habitación. A medio camino se arrepiente y vuelve—. Una cosa más, ¿cuánto de tus ahorros gastaste en esto?

—Digamos que mucho.

Todo.

∞∞∞∞

El lunes por la mañana, termino lo faltante.

Intento que todo esté lo más fresco posible. Tengo un táper delgado, pero amplio, relleno de seis platillos que nada tienen que ver uno con el otro.

Primero están tres pequeños rollos de *sushi maki*: uno con mango, otro con fresas y queso *Philadelphia*, el clásico californiano y el último con salmón y pepino. Preparé una salsa de soja más o menos dulce, esa la metí en un contenedor diminuto que encontré en Waldo's. El *sushi* está aquí porque es mi manera de decir: sé que el Nori es el nombre de un alga, no creas que no me di cuenta.

Uso pan miniatura de hamburguesa para hacer una. En teoría quería hacer una hamburguesa común, aunque prepararía desde cero el pan y la carne. Al final, decidí alejarla un tanto de lo común y añadir champiñones, queso crema en lugar del típico queso amarillo, cebollas acitronadas y salsa *barbacue* casera. Le puse un palillo con una aceituna por encima y una carita feliz con las semillas.

Como cuarto platillo: una ensalada con espinaca y albahaca como base. La metí en un molde de galletas en forma de árbol de navidad. Tiene frutas picadas al tamaño de una uña, colocadas sobre las hierbas como si fueran esferas coloridas. Y unas esferas de queso de cabra para el contraste. Aunque con la ensalada me importaba más el aderezo de miel, porque seguro que Fayna no lo ha probado y es imperdible; ese quedó sobre el árbol como si fuera la cinta dorada que le rodea.

También hice unos camarones bañados en mi mezcla especial —en realidad la de mi hermano, es receta secreta—, con algunas flores comestibles. Pensé que a Fayna le gustaría probar flores, la primera vez que yo las vi en un plato, me enamoré de ellas. A Fayna le encantan los colores, va a amarlas.

Y como postre, un pequeño recuadro de *cheesecake* con capas de ganache de chocolate y mermelada de frutos rojos en la cubierta. En la base tiene una capa de galleta con trozos triturados de arándano seco y almendras para darle el toque crujiente. Por encima, una capa de zarzamoras adornadas con una flor rosa.

No sé mucho acerca de los gustos de Fayna en cuestión comida, no es de los temas más recurrentes en nuestras conversaciones. Cuando le pregunté por sus platillos favoritos, ella dijo que prefería sorprenderse con lo que cocinara, no me dejó ni una pista. Por eso hay de todo.

Lo único que sé de ella es que le gusta el espagueti, por eso mi último platillo es ese. Y aunque los demás platillos requieren de técnicas más complejas, el que me tomó más tiempo perfeccionar fue este.

Es la hora exacta y estoy en la biblioteca. Fayna debería haber llegado antes que yo, y dejar su escultura sobre el libro. Es importante estar a la hora precisa para no encontrarnos uno al otro de frente y tampoco abandonar las cosas el tiempo suficiente para que alguien más las tome.

Ella sabe que tan fundamental es estar a la hora justa, por eso me sorprende cuando llego a nuestro rincón de siempre y no hay nada.

Mi corazón se detiene, ¿y si alguien llegó antes y se llevó la escultura? No, no. Abro el libro, pero no hay rastro de su tinta. ¿Qué sucede? Ella no ha fallado ni una sola vez.

Tal vez tuvo algún contratiempo, algo que le impidió llegar. A lo mejor no pudo estar en el minuto exacto y ahora tiene miedo de encontrarse conmigo. Vendrá más tarde seguramente. Así que dejo mi táper, tal como acordamos y rezo para que llegue pronto.

Vuelvo media hora más tarde: nada.

Voy cinco veces más ese día, cada vez con el mismo resultado: ni una señal. Al final, vuelvo con mi comida a casa, la dejo en el refrigerador. Araceli no se atreve a preguntar qué sucedió, tiene pruebas suficientes para imaginar que me dejaron plantado.

No sé qué sucedió, espero que vuelvas a escribirme pronto.

El martes no hay rastro de ella, de sus colores pastel.

El miércoles: ninguna nota.

Tres días.

Nada.

Araceli no ha tocado mis preparaciones, sabe que no se trata de simple comida. Al final, se resigna cuando yo mismo la como para la cena y al día siguiente se sirve un trozo del pastel y lo halaga en un susurro temeroso.

Tiro la comida de táper: las flores ya están marchitas, el aguacate en los rollos ahora es negro y a las frutas va a salirles moho. No pretendo darle a Fayna la comida de días pasados. Cuando vuelva, porque lo hará, ¿verdad? Si regresa, no me molestaré por el desperdicio, solo le prepararé algo nuevo, quizá esta vez sale mejor, ¿no?

No tengo ganas ni de comer, pero el refrigerador está repleto de cosas que ni entre los tres hemos logrado terminarnos.

Observo los restos, esto no debería ser así. Este debería ser un momento feliz, porque al fin le mostraría a la chica de la biblioteca lo que puedo hacer.

A lo mejor no cocino tan bien como creía. A lo mejor no le agrado tanto a Fayna como pensaba.

—¿Cariño? —habla Araceli a mis espaldas.

—Hay que tirar todo esto a la basura —declaro y, sin más, tomo puñados de platillos para arrojarlos al bote.

Arrojo dos puñados de la ensalada restante. Meto la mano en lo que queda del pastel y lo destrozo. Todo esto es una mierda, no sé porque pensé que esto valdría la pena, no sé por qué...

De repente siento el contacto de Araceli en mi espalda. Su cuerpo es más pequeño que el mío, pero se las arregla para rodearme los brazos entre los suyos.

—Lo siento, mi niño.

No puedo más. Me giro para abrazarla, me aferro a ella como si fuera un bebé a punto de caer si me suelta. Y lloro. Hay tantas cosas desmoronándose ante mis ojos que cada vez surgen más y más. No me dejan parar.

—Te llené de *cheesecake* —sollozo cuando siento el cabello de Araceli entre mis manos llenas de pastel.

—No importa, cariño.

Después de diez minutos, no entiendo por qué sigo llorando.

Solo es comida, me digo. Hasta que recuerdo la regla tres: dejar una nota plantada por más

de dos días se consideraría el fin.

15. Agujero negro

El jueves por la mañana no me siento con ganas de ir a la escuela. Normalmente, es la chica de la biblioteca quién me da ánimos para levantarme a clases.

Antes de las notas, me pasaba horas dando vueltas en la cama después de que la alarma sonara. Todos los días, pasaba una hora con la mirada clavada en el techo, me preguntaba si ese día en concreto era indispensable ir, y recurría a mi calendario donde marcaba las faltas por materia. Pasaba con la asistencia justa.

Me dije a mí mismo que estaba en esa carrera por una razón, aun si no la sabía. Quizá era el destino, quizá mi propósito para estar allí era encontrarme con Fayna.

Hace una semana que Fayna ha dejado de escribirme. Yo llevo todos estos días preguntándome la razón que la hizo terminar las cosas así como así. La mayoría de las veces llego a la conclusión de que ese intercambio que sugerí era demasiado. No fui lo bastante lento. Otras veces me convengo de que es solo un error, que cuando menos me lo espere, ella llegará a la biblioteca para encontrarme de nuevo con sus notas.

Deseo volver a ver sus letras «e» chuecas, como si estuvieran borrachas y a punto de caerse. Extraño sus pósit de colores suaves. Ahora parecen tan distantes, pero guardan un espacio primordial en mi memoria.

No es la primera vez que no tengo ganas de ir a la escuela, pero sí la primera en que decido no asistir sin evaluar la situación de manera objetiva. Sé que esto de sentirme triste y extrañarla no será una buena excusa para no volver a la escuela nunca más, sé que de alguna manera tendré que levantarme mañana y este pequeño tropiezo servirá solo para aumentar mi carga de trabajo al día siguiente.

Me preocuparé por eso otro día, hoy no quiero salir.

Es entonces cuando el peor de los pensamientos pasa por mi cabeza: qué tal si no decidí dejar de hablarme, ¿qué tal si le pasó algo?

Al inicio no parece la opción más probable. Pensar que solo una situación fuera de su control la haría dejar de hablar conmigo, es creerse demasiado importante. Pero la verdad es que sí soy importante para ella.

Creo que desde un inicio supe que un accidente también era una posibilidad y quise reprimirlo porque me volvería loco si algo le sucediera.

La cosa con Fayna es que no se llama Fayna. Aun si tuviera razones para suponer que tuvo un accidente, no podría correr a buscarla a todos los hospitales de la ciudad porque en ninguno sabrían quién es Fayna. Tampoco podía describirla, hacer un cartel con su rostro «¿Has visto a esta chica?».

Nadie sabe quién es, más que yo; o mejor dicho, todos saben quién es, menos yo.

Ella quiso esto del anonimato, a mí nunca se me ocurrió qué haría en caso de una emergencia.

Pésima idea.

¿Qué tal si no hubiera guardado sus notas?, ¿qué tal si en lugar de designar una caja especial para todas ellas las hubiera tirado a la basura? Quizá eso me habría llevado al manicomio. Correría a buscar a una chica de la que no sé ni su nombre, solo sé que me escribió notas, notas que no tendría en este escenario hipotético. Suena como una historia con la que ingresarían a alguien al loquero.

Es más, suena a una buena idea para un relato, pero ahora no es momento. Quiero pensar que voy a encontrar a Fayna pronto, y luego podremos reírnos de esto, del relato que escribiré sobre el día que casi me vuelvo loco pensando que la perdía.

Tal vez por eso me aferro a sus notas todo el día, releuyéndolas. La necesito más de lo que pensaba.

¡Mierda, Fayna!, ¿por qué no me dejaste ninguna pista sobre ti? ¿Cómo voy a encontrarte ahora? ¿Querías dejarme o algo te impide volver a escribirme?

Es posible que sus padres le prohibieran hablarme, a lo mejor descubrieron sus notas y no quieren que un chico como yo arruine el perfecto futuro de su hija. Aunque ellos técnicamente no podrían impedírselo. No pueden entrar con ella todos los días a la escuela y vigilarla de entrada por salida cada clase, ¿o sí?

No, el reglamento no los dejaría vigilarla de esa manera. Aunque... ella es muy obediente, si se lo hubieran pedido, ¿eso sería suficiente? Estoy seguro de que sí, les haría caso, pero al menos me dejaría una despedida. Antes que obediente es educada.

Quizá, en efecto, le sucedió algo. Cada aparatoso accidente que pasa por mi cabeza es peor que el anterior. Incluso el más leve de ellos —una caída de un escalón y una torcedura de tobillo —, me parece horrible.

No quiero imaginarla ni siquiera con un raspón. Mucho menos si no puedo cuidarla.

Es mejor pensar que se hartó de mí, a pensar que le pasó algo, por más mínimo que sea.

Mañana cambiaré mi nota:

Si ves esto, Fayna: entendí el mensaje y está bien si no quieres saber más de mí. Solo te pido que dejes una de tus notas, déjala del color de las notas importantes (así me aseguro de que se trata de ti). No tienes que escribir nada, déjala aquí para que sepa que estás bien y luego desapareceré de tu vida.

Releo *El gran Gatsby*, me parece más triste de lo que recordaba. Gatsby busca desesperadamente a Daisy, y las decisiones desesperadas llevan a vidas desesperadas. No es una historia de amor, por muchas razones: ella tenía una vida lejos de él hacía mucho tiempo y no lo amaba. ¿Será que la lección es dejar ir?

Rendirse es la opción correcta, respetar la decisión de Fayna de no querer verme más. Pero por alguna razón, se siente como lo peor que podría hacer.

No quiero hacer lo correcto, quiero encontrarla.

Voy a encontrarla.

Fayna, ¿quieres que todo se termine?, está bien, pero dímelo. Dímelo, necesito saber que estás bien.

Y sí, Fayna, la regla era no insistir cuando alguien quisiera dejar la conversación, pero creo que tendré que estar en desacuerdo esta vez. Lo siento.

No quiero que te vayas.

No soy el tipo de persona que decae y se deprime cuando las cosas salen mal. Soy más del tipo que parecen tristes por un rato, pero al día siguiente se reponen e intentan hacer algo para remediar las cosas. No me gusta quedarme con los brazos cruzados, no me gusta estar triste. Bueno, ¿a quién le gusta? La tristeza es un sentimiento denso, muy pesado, cuando lo llevas encima no puedes hacer nada más. Entrás en un ciclo de tristeza y frustración que puede extenderse al infinito. Es como un agujero negro tragándose todo a tu alrededor.

Y de verdad no quiero que Fayna pase de ser la más maravillosa estrella a un agujero negro. No voy a permitirlo.

Salgo de la habitación. Me encuentro con mi tía, está comiendo una pera mientras revisa las cuentas. Podría decirle que no debe comer mientras revisa papeles importantes, pero justo ahora solo puedo pensar en que esa pera se ve muy jugosa para resistirse. Ya recuperé el apetito.

—Tía —llamo su atención y, tal como lo sospechaba, algunas gotas del jugo de la fruta caen sobre los papeles.

—¡Demonios! ¿Venías a decirme que no debo comer sobre los papeles?

—Lo pensé, pero no venía a eso.

—Entonces —dice al tiempo que intenta limpiar los documentos con la manga de su blusa—, ¿qué pasa?

—¿Recuerdas en Nochebuena cuando estábamos en la cocina y comenzaron a preguntarme si estaba enamorado de esa chica?

—Claro, lo recuerdo. —Vuelve a morder la fruta y con su otra mano aleja los papeles.

—Bueno, tengo mi respuesta. Estoy enamorado de ella.

Araceli intenta disimular su sonrisa para no hacerme sentir como un pequeño y ella como la madre que se emociona por el primer amor de su niño; pero no le sale. Poco falta para que dé saltitos en el aire y se levante a pellizcarme las mejillas.

—¿Y cómo lo supiste?

—Porque es la primera chica que no quiero que se vaya.

Esta no es la historia de cómo todo se termina, esta es la historia dónde te encuentro.

16. La omnisciente bibliotecaria

El viernes por la mañana me siento como mi versión miniatura. Tal como de niño me costaba continuar con los ojos cerrados porque me emocionaba despertar para ver los regalos navideños, dormía tarde y despertaba antes que todos. Esta es la primera vez en mucho tiempo que despierto antes de que la alarma suene.

A veces es reconfortante despertar así, no sentir la presión de que te has levantado con tiempo justo. Pero en otras ocasiones, como esta, me pone más ansioso.

Abro los ojos dos horas antes de que el despertador suene y no puedo volver a cerrarlos. Me da tiempo de bañarme, hacer el desayuno, preparar la comida del día y doblar la ropa en su lugar. Paso una hora sentado en el sillón, y una media más frente a las puertas de la escuela.

Tengo un plan trazado, uno que llegará tan lejos como haga falta.

Mi idea inicial era ir al sitio más concurrido de la escuela y gritar su nombre esperando que volteara a verme. Lo descarté de inmediato: si vas y te paras en medio de una multitud para gritar «Fayna, soy Nori», probablemente todos volteen a verte y no porque reconozcan los nombres.

Lo primero que intentaré será lo más simple: visitar una vez más el libro de siempre y esperar que la luz vuelva a mí por sí sola, que esta vez encuentre una nota con su preciosa letra. Si eso no pasa, iré con la bibliotecaria. La señora Clarease es una mujer amable que quizá tiene mala memoria por la edad, pero si ocurre un milagro, puede que recuerde a una chica que visita muchas veces el mismo libro.

Existe otra idea, muy floja y con baja probabilidad de éxito. Consiste en pasar todas mis horas libres en la biblioteca, ver a cada chica que aparezca por allí y tratar de identificar quién es Fayna. Se basa en confiar que mi instinto de chico de la biblioteca me dirá quien es ella a pesar de nunca haberla visto.

Pasearé por todos los escritorios buscando a la chica que hace las vocales chuecas y aún usa manuscrita. Por su letra es imposible no reconocerla, pero si está en la biblioteca es más probable que sea para leer que para estudiar. Esta táctica podría tardar demasiado, pero no tengo prisa.

O podría ir de persona en persona preguntando: ¿de casualidad conoces a una chica llamada Fayna?

Mi otra alocada idea es dejar notas en todos los libros de ficción que sé que le gustan, porque Fayna es fan de releer. No es un plan con mucha coherencia si consideramos que puede tardar meses en leer alguno de esos y para entonces mis notas ya formarán parte del reciclaje.

Mi último recurso será imprimir carteles preguntando por una chica llamada Fayna, una especie de letrero de «se busca», donde la foto de referencia sea una del libro de *El gran Gatsby*. Espero no tener que llegar a eso, porque ya son medidas desesperadas.

Mis probabilidades de encontrar a Fayna son equiparables a las de ser rescatado de una isla desierta con un mensaje dentro de una botella.

La televisión puede darte muchas ideas, sobre todo las comedias románticas. Todas malas. Lástima que malas ideas son lo único que tengo por el momento.

Esta vez, cuando llego a la biblioteca, las puertas ya están abiertas. Hay un hombre en su silla que cuida la salida de los alumnos, revisa tu mochila si el escáner detecta que llevas un libro sin registrar. No veo a la señora Clarease en el mostrador, supongo que estará acomodando libros en el piso de arriba. Aunque ahora que lo pienso, no la he visto en toda la semana. Si estaba en el mostrador esos días, no lo noté.

Ya hay cinco chicas metidas dentro de sus libros a esta hora. Me pregunto si alguna de ellas es mi chica de la biblioteca, podría revisar... no, mejor no. Ahora voy por mi primera alternativa: el libro.

Nada.

Voy a cambiar mi nota. Si Fayna lee lo que escribo y decide ignorarlo, al menos con esto sabrá que sigo aquí.

¡Hey, chica de la biblioteca!, decidí que no voy a rendirme. Te dije que no había conocido a un alguien como tú, y no dejas ir así de fácil a las personas que importan, ¿sabes? Si no quieres saber más de mí, espero tu nota de despedida. La merezco, ¿no crees? La necesito para saber que estás bien y no te llevó ningún alienígena. Seguiré aquí, Fayna, dime que seguirás aquí también. Por favor.

No sé muy bien qué decir. Informarle explícitamente que voy a buscarla suena a amenaza, además, podría evitarme a propósito. Si existe una razón real para que dejemos de hablar para siempre, mantendré mi promesa de alejarme.

Solo dímelo y me iré, lo prometo.

Pero por favor, Fayna, no tengas una razón válida.

Por favor no te vayas de mi vida.

∞∞∞∞

Camino a la salida, repaso mentalmente el siguiente paso de mi plan, cuando una voz me interrumpe.

—¡Muchacho! —Se trata de un grito ahogado, no quiere gritar, pero está desesperada. La voz es femenina y la conozco.

Vuelvo la mirada para confirmar mis sospechas: se trata de la bibliotecaria. Confirmando que soy el *muchacho* al que se refiere, pues hace una señal con su mano para llamarme y se levanta de su escritorio con una sonrisa. Camina hasta mí mientras intento recordar su nombre, hace medio segundo lo sabía y justo ahora lo olvido.

—Soy la señora Clarease, ¿me recuerdas?

Genial, no tengo que preguntar.

—Claro que la recuerdo —miento, más o menos.

—Tienes cara de que finges recordarme, así que fingiré que te creo. —Sonríe, imito su gesto—. Como sea, muchacho, yo sí te recuerdo y te he estado buscando, ¿dónde te metiste?

—Ah... lo que pasa es que falté ayer —murmuro y me rasco la nuca, apenado.

—Pues muy mal, muchacho —me regaña. Yo sonrío por lo bajo porque esta señora tiene toda la pinta de ser una clásica abuelita.

—Y... ¿Para qué me necesita?

—Para hablar contigo. Hay un asunto importante que discutir.

—¿Y qué asunto es ese? —Seguro que me pide acomodar algunos libros, aceptaré.

—Se trata de Fayna, muchacho.

Espera, ¿qué acaba de decir? ¿Escuché bien o estoy alucinando ya?

—¿De quién?

—Sabes de quién hablo. Pero ven, acompáñame a la cafetería, es mi hora de descanso, allá te cuento todo.

Espera, ¿dijo Fayna? Debí oírla mal.

Un escalofrío me recorre la espalda. Escuchar su nombre en los labios de otra persona es muy extraño, es como si mencionaran a un fantasma. Nadie sabe sobre ella, nadie debe saberlo, ¿por qué la conoce?

De repente me siento en un cuento de terror donde la dulce viejecita de la biblioteca resulta ser la bruja malvada. Mi peor presagio para ese momento es que ella tenga secuestrada a Fayna y ahora vaya a secuestrarme a mí. Mi mente debe estar fabricando tramas basadas en los hermanos Grimm.

Camino a su lado con la cabeza hecha un lío. ¿Qué tal si le hizo algo a Fayna?

Tomamos asiento en una mesa a las afueras de la cafetería. Ella pide un chocolate caliente y un cuernito sin lechuga. No me atrevería a decir que es malvada, pero definitivamente parece disfrutar de dejarme con la intriga. Estoy seguro de que no habla de la lechuga y el queso como mala combinación porque crea que es relevante para mi vida.

Si su intención es torturarme al hacerme esperar, lo consigue. En mi cabeza se forman cientos de ideas, unas se sobreponen a las otras y no se dejan formular por completo. Desecho la teoría del secuestro, no tiene sentido y eso no explica cómo sabe su nombre, o al menos no ese nombre. Por ahora me limito a cruzar los dedos para que el chocolate llegue pronto.

La observo, feliz con su comida. Lleva el cuernito a su boca a dos cuadros por segundo y lo mastica como si tratara de no lastimarlo.

¡Lo hace a propósito!

—¿Puede por favor decirme ya cómo sabe sobre Fayna! —La voz me sale con un volumen un poco más alto de lo que debería. Se llevó mi paciencia de vacaciones junto con ese cuernito.

—Claro que sí. —De nuevo esa sonrisa malvada. Da un sorbo a su chocolate, lo coloca en la mesa con ambas manos y me observa—. Primero que nada, necesito reclamarte algo, Nori. —Remarca mi nombre. Quiere dejarlo claro: lo sé todo.

—¿A mí?

—Claro, ¿ves a algún otro Nori por aquí?

—Bueno no. Es que no entiendo qué podría usted reclamarme, siempre devuelvo mis libros a tiempo.

—Oh, vaya que tengo cosas que reclamar —exclama acomodándose en la silla—. Dime, ¿cómo pueden ser tan descuidados ustedes dos?

—Está bien. Oficialmente no entiendo nada.

—Te explico, con gusto. —Pone su taza a un costado—. No soy una especie de ser omnisciente que lo ve todo, pero a la vez ese es el rol que me han hecho tomar ustedes, *niños*.

»Verás, conozco a... Fayna desde que entró a esta escuela. Es una jovencita muy agradable. Al principio no me pareció raro que viniera a diario a la biblioteca, o que visitara siempre la misma sección porque la de ficción es su favorita. Pero luego de un par de semanas, noté que siempre iba por el mismo libro. Podría haberle preguntado qué sucedía, pero la verdad es que me gusta hacer de detective. Entonces, vi ese libro donde ustedes dejan sus notas. Aunque bueno, al principio eran los cuentos.

—¿Ha estado leyendo las notas? —Abro la boca hasta que mi quijada toca el cuello.

—No, claro que no. —Se escandaliza por mi acusación, pero un segundo después sonrío culpable—. Bueno, no todas. Revisaba de vez en cuando algunas, solo por seguridad.

—¿Cuál seguridad?

—Es lo que trato de explicar, muchacho. ¿Acaso creyeron que por arte de magia nadie jamás se lleva ese libro a casa o descubre sus notas? ¡Tuve que arrebatárselos esa copia de las

manos a tres muchachos! —Hace énfasis levantando tres dedos temblorosos frente a mi cara—. Yo soy quien cuida que nadie se lo lleve, vigilo a los chicos que están en esa zona para que no se les ocurra hojearlo y le digo a todo el mundo que *El gran Gatsby* es un pésimo libro para que no se le acerquen —confiesa con vergüenza.

»No es magia: soy yo. Y los he estado cuidando con tanto esmero porque me parece muy tierno que se escriban de esa manera, me trae bonitos recuerdos. ¡Pero sigue siendo terriblemente irresponsable de su parte! ¿Y si alguien lo pidiera?, ¿qué tal si hojean el libro y tiran su nota a la basura? ¡En qué estaban pensando! —Sacude las manos en el aire como si me diera una bofetada—. Podrían perderse el uno al otro para siempre porque a alguien se le ocurrió pedir esa copia.

Tiene razón, ya lo había reflexionado, pero Fayna nunca quiso tener más datos de nosotros para no conocernos. Precisamente fue eso lo que nos llevó a esta situación.

—Lo sé, lo siento —me disculpo con la cabeza baja.

Un momento.

Eso significa que la bibliotecaria sabe quién es Fayna, la Fayna de la vida real.

—Entonces... ¿Usted sabe dónde está ella ahora?

—Lo sé. —Toma la taza de nuevo entre sus manos—. Pero no puedo decirte.

—¿Por qué no? —grito.

—¡Porque ella me lo pidió! —me grita de vuelta.

Oh, después de todo, esa es la respuesta: no quiere hablar conmigo.

—Me lo pidió por favor —continúa.

—¿Y si yo se lo pido también?, ¿puede decirme dónde está Fayna, *por favor*?

—No es así de sencillo.

—¿Entonces por qué me dice todo esto?, ¿trata de darme una lección? Lo entendí, fuimos muy descuidados, lo siento. No volveré a dejar notas en la biblioteca, pero no me deje perderla por algo tan tonto.

—Calma, muchacho, no vas a perder a nadie. Ella está bien y quiere hablar contigo; pero me pidió que no te dijera su nombre, ni qué estudia o cualquier dato sobre ella. Tampoco puedo decirle a ella nada sobre ti.

Conque las reglas de siempre. Ahora las reglas no me sientan tan mal, no si eso hace que ella siga aquí.

—Solo me permitió darte un mensaje —termina.

—¿Y cuál es el mensaje? —Me inclino sobre la mesa como si fuera a susurrarme al oído.

La bibliotecaria saca de su bolso un papelito y lo desliza hasta mí. No es uno de sus pósits pastel, es una hoja azul claro. Tiene su misma esencia, su misma letra.

Ver ese papel se siente como volver a casa.

Hola, chico de la biblioteca, ¿me extrañaste?

He tenido algunos problemas estos días, voy a contarte todo pronto, lo prometo.

¿Crees que podríamos vernos, sin vernos? Tengo una loca idea.

17. Extráñame

Salgo de la escuela el viernes con una sonrisa, y ya deseo que sea lunes. Siempre quiero que sea lunes, incluso antes del chico de la biblioteca, pero mi deseo esta vez es mil veces más intenso. Me alegra que llegue el fin de semana para hacer mi alebrije y luego mostrárselo a Nori.

No sé bien por qué acepté dejar algo tan valioso para mí en los estantes, como un separador olvidado. A lo mejor es que me gusta mostrarle lo que hago a personas importantes para mí.

Michelle y yo caminamos a la salida con menos prisa de la habitual, hasta que Adam se une a nosotras y vuelvo a apresurar el paso. Antes de que alcance a hablar yo ya lo corto.

—No —suelto.

Solía ser más amable a la hora de rechazar a Adam, pero después de tanto tiempo insistiendo con lo mismo, ya no me quedan ganas.

Nos logramos deshacer de él antes de llegar al departamento y que alguien pueda cuestionarme quién es ese chico que viene detrás de nosotras. La presencia de Adam ya me ha metido en problemas con mi madre antes.

Me invade un mal presentimiento desde el momento en que llego a la casa y veo las cortinas corridas.

Mis padres están sentados en la sala.

¿No suena grave? Creo que no me he explicado, ¡mis dos padres están sentados en la sala de mi casa! Ambos, juntos.

No importa de qué se trate, ver a mis padres juntos es mala señal.

Quisiera decir que se me detiene el corazón, pero la realidad es que todos mis órganos parecen entrar en paro. Siento como si me congelara por dentro, de repente mis órganos deciden que no quieren trabajar más. Se me retuercen las entrañas.

Me parto la cabeza tratando de recordar qué hice mal. A ver, piensa. No he llevado ninguna de mis pinturas a casa, ni siquiera he comprado mis materiales para la clase de mañana. Es imposible que hayan visto a Adam y por eso estén allí, lo dejamos bastante lejos. Es algo más serio, algo tan malo que ni siquiera se me ocurre.

¿Y si encontraron la nota que guardé de Nori? Solo es una, no puede ser. Está en mi cartera, ¿y mi cartera? Tanteo mi bolsa. Sí, aquí está la cartera.

—Jovencita —saluda mi madre con la vista fija en Michelle. Mi padre le extiende la mano con una sonrisa efímera de labios fruncidos.

Mi compañera está tan asustada como yo, inspecciona la habitación con la mirada, se debe preguntar si ha cometido algún error y se prepara para echarse la culpa. Lo prometió «Si un día encuentran tus pinturas o cualquier cosa inapropiada para ellos, diré que es mía. Y no aceptaré un no por respuesta. Tu único trabajo será seguirme la corriente y rogar para que no me echen de aquí».

—Hija, tenemos que hablar —anuncia mi madre. No me ha saludado.

Por favor que no sea por Nori, por favor que no sea por él.

—¿Qué sucede? —Mi corazón parece esconderse dentro de mi pecho, se hunde.

—¿Podrías pedirle a tu compañera que nos deje un minuto a solas? —Mi padre no la señala por cortesía, mantiene las manos detrás de su espalda.

—Yo lo hice —irrumpe Michelle, no se lo piensa muy bien antes de hablar.

—Disculpa, ¿hiciste qué? —habla Isabella, desconcertada e irritada. La mira como

pensando «niña tonta».

—Lo que sea por lo que están molestos con ella. Yo lo hice. Su hija es una santa, jamás haría nada malo. Si encontraron... lo que sea, es mío. Fui yo. Debe ser por los condones que dejé en el baño —exclama y se da una palmada en la frente, preocupada—. Se me olvidaron, son míos. Es por eso, ¿cierto?

—¿Puedes por favor dejarnos a solas con nuestra hija? —pide mi padre ya irritado.

—Sí, claro. —Michelle sale aterrada y le propina una patada a la puerta por accidente en su intento de correr—. Lo siento. De cualquier manera, ella no hizo nada.

—Jovencita, sal ya, por favor —pide mi madre con sus últimas gotas de paciencia y educación.

Esto es algo muy malo.

—Siéntate —ordena mi padre. Obedezco al instante, paseo los ojos por la habitación y repaso mi lista mental de excusas.

Si preguntan, diré que lo de Nori es una especie de proyecto escolar en el que nos escribimos con chicos que están en hospitales. Diré que es alguien de... no sé, Suiza, algo muy lejos de aquí.

—Hija —habla mi madre, con ese tono serio que no presagia nada bueno—, tu padre y yo llevamos unos meses pensando en visitar a tu tía Marjorie en Canadá. Hace dos semanas se fracturó un brazo y aunque ya se recuperó, creemos que es cortés visitarla para corroborar su estado de salud.

Suspiro de alivio. Puede que no sea el fin del mundo. Se trata de visitar a la tía Marjorie, nada más.

—Y como está muy lejos —continúa—, planeamos quedarnos una semana allá, para que el viaje merezca la pena. La situación es que, hace unas horas, fuimos a las oficinas de la universidad para preguntar por tu calendario escolar, para que la visita no afectara tus calificaciones. Ya sabes, por si tienes exámenes, prácticas, rondas de hospital o cualquier cosa.

Podría preguntar por qué no vinieron conmigo para que les diera esa información o por qué no me habían contado antes de esos planes para que yo misma organizara mis tiempos, pero es que ellos siempre son así, no les interesan mis planes. Ahora tengo una idea bastante certera de lo que están a punto de decirme. Intento conservar el aire dentro de mis pulmones, pero parece que las costillas decidieron ajustarse más a mi cuerpo y no me lo permiten.

—Entonces, fuimos a las oficinas para la carrera de *enfermería*, —remarca esa última palabra. Pasea frente a mí de un lado al otro—, y resulta que tu nombre no aparece en los registros de la carrera. Estábamos a punto de presentar una queja, cuando una amable señorita nos escuchó decir tu nombre a la secretaria y nos comentó que tú perteneces a su clase. Pero no era una profesora de enfermería, sino de arte.

Mi peor temor está frente a mis ojos.

—Y ¿adivina qué? Cuando buscaron tu nombre en los registros de alumnos inscritos en la carrera de arte, apareciste al instante. —Usa un tono sarcástico, al menos sigue en modo pasivo-agresivo—. ¿Tienes idea de lo humillante que fue para nosotros? La gente nos miraba mal porque no sabíamos la carrera de nuestra propia hija.

—¿Tienes algo que decir al respecto, jovencita? —agrega mi padre al ver que estoy hecha hielo.

Que es su culpa.

No le dices a tu hija qué carrera debe estudiar, la dejas elegir porque no eres tú quien se va a dedicar a eso el resto de su vida. Se supone que los padres desean la felicidad de sus hijos. Se

supone que era yo quien tenía que decidir. No me dejaron más remedio que mentir, era eso o estudiar algo que me haría infeliz y jamás iba a ejercer voluntariamente.

Por favor no me hagan salir de la carrera, esto es lo que amo. ¿Pueden ver que esto es lo que me hace feliz? Podría mostrarles mis pinturas. No soy la mejor artista. No estoy ni cerca de ser la siguiente Remedios Varo, pero seré feliz si puedo seguir pintando hasta que me dé artritis.

—No, nada que decir —digo, en cambio.

No me preguntan qué siento sobre la carrera que escogí, no me preguntan cuál será mi decisión ahora o por qué les mentí. Lo único que dicen es que averigüe cómo voy a cambiarme de carrera —les falta añadir: si quieres que sigamos siendo tus padres—. Dicen que no pagarán la colegiatura siguiente hasta que esté en el lugar que me corresponde.

Me callo y asiento, porque es todo lo que puedo hacer.

Por un instante sus miradas se relajan y cambian de tema. Están tranquilos ahora que saben que no voy a protestar, nunca lo hago.

Anuncian que la visita a la tía Marjorie será mañana a primera hora. No dicen cuándo volveremos, solo que meta la mayor cantidad de ropa para un clima frío en una maleta. Salen de la habitación, me esperarán en el auto. Tengo cinco minutos para empacar.

Estoy... derrotada.

Había cientos de cosas en mi cabeza que quería decir, me faltó el valor para articular una sola. Siempre supe el riesgo, en su tiempo me convencí a mí yo diecisiete años diciéndome que para cuando lo descubrieran sería demasiado tarde o, bien, que para entonces sería más valiente.

Han pasado más de dos años desde entonces. Y no soy ni un poquito más valiente. Nunca lo seré.

Cobarde.

Michelle entra mientras pongo mi ropa en la maleta, tragándome las lágrimas. Corre a abrazarme aún sin entender qué pasa. Mi llanto moja su blusa, no me puedo resistir. La abrazo con todas mis fuerzas, me aferro a mi ancla, a mi plumón amarillo de la vida.

—No te vayas. Trabajaré, ¿sí? Conseguiré un empleo de medio tiempo y encontraremos un apartamento más barato. Te ayudaré a pagar la colegiatura. No te vayas.

—No me voy para siempre, tonta —rio entre sollozos.

—¿Ah, no? —Me mira a los ojos, noto que los tiene cristalinos. Sorbe su nariz y se limpia las lágrimas con la manga del suéter.

—No, solo una semana.

—¿Entonces hice una escena en la calle rogándole a tus padres que te dejen quedarte aquí por nada?

Me saca una carcajada, quizá también un moco.

—Me parece que sí. —Le sonrío.

—Vaya, qué tonta —reflexiona con una sonrisa que le ilumina el rostro y la devuelve a su estatus de amarillo habitual. Sale de la habitación para traernos papel, me entrega un par de cuadros y se pone a doblar la ropa conmigo—. Espera, ¿entonces por qué estabas llorando tú también?

—Porque descubrieron que no seré enfermera.

—Eso es mucho peor —se horroriza, sus ojos se abren al máximo—. ¿Qué harás ahora?

—¿Pues qué más? Hacer lo que dicen, me cambiaré de carrera tan pronto como vuelva. Por ahora trataré de ser la hija perfecta. Me apresuraré a empacar, lavaré mi cara para que no se noten las lágrimas y... es todo. No hay mucho más que hacer.

—¿De verdad te cambiarás? Tú odias todo lo que tiene que ver con biología, anatomía,

sangre, tripas, pañales, esas cosas.

—Haré una lista de cosas que no odio tanto, eso me ayudará. El punto número uno será poder quedarme aquí contigo; el dos, seguir en una escuela con una reserva gigantesca de libros.

Biblioteca... En ese momento lo recuerdo: ¡Nori!

—Michelle. —La tomo por los hombros, muy seria—. Voy a tener que pedirte un gran favor y necesito que no hagas preguntas al respecto, al menos no ahora.

—Claro, ¿a quién tengo que golpear? —Se pone en guardia—. ¿Quieres que me deshaga de Adam?

—No, por ahora no. Espera. Necesito... —Saco de mi mochila una hoja azul y una pluma. Escribo una nota—. Necesito que vayas a la biblioteca el lunes.

—¿En serio? —Decepcionada baja los hombros. Su boca hace un puchero—. ¿Tu misión superimportante es ir a la biblioteca?, ¿olvidaste entregar un libro y ya?

—No, no. Escucha —pongo la nota en sus manos—. Vas a ir a la sección de ficción, la sala B. Y luego vas a contar ¿okay? Anótalo. En el tercer estante a la derecha, contando desde la puerta, el letrero dice el PQ-450. Luego, en la segunda fila de libros contado de abajo hacia arriba, ¿me sigues?

—Ajá —asiente, sus cejas se fruncen.

—Vale. De esa fila, es el tercer recuadro si cuentas del pasillo a la pared, encontrarás el libro de *El gran Gatsby*. Entonces, la quinta copia de derecha a izquierda. Esa es la que quiero que tomes. Vas y dejas esta nota allí. En la página cincuenta y dos. ¿Entendido?

—Okay. —Pestañea varias veces, incrédula—. Creo que acabas de volverte loca. —Me pone la palma de la mano sobre la frente y las mejillas, comprobando mi temperatura—. ¿Le compraste hierba al tipo de canchas? Es de la fea, tengo mejor.

—¡Michelle! —Aparto sus manos de mi cara—. No es un juego. Por favor, esto es importante, muy importante. Te lo voy a anotar —digo y tomo mi bloc de notas. Anoto con prisas las instrucciones en líneas breves y le extiendo el papel—. ¿Puedo contar contigo?

—Sabes que sí —asiente, toma la nota con ambas manos y frunce la barbilla mirando al frente—. Pero te van a llover preguntas en cuanto vuelvas.

—Un trato justo. —Cierro con un apretón de manos.

Hola, chico de la biblioteca.

Lamento arruinar los planes de hoy, pero tengo una emergencia y no sé cuándo podré volver. Prometo mostrarte mi escultura apenas la tenga y prometo que compensaré lo de la comida.

Por favor perdóname, no creas que me iría así sin despedirme, te contaré todo cuando vuelva, ¿y cuándo vuelvo?, espero que no pese de esta semana, pero no estoy segura. Quizá mañana recibas una nota con una letra diferente, tendrá que escribirlas y dejarlas mi paloma mensajera por mí un tiempo.

Por favor, extrañame.

18. La guardiana del secreto

La tía Marjorie suele exagerar sus enfermedades y a veces se inventa accidentes que nunca sucedieron. Supongo que esa fue la razón por la que mis padres no corrieron a cuidarla en cuanto se lesionó. Mi madre la recorre con la mirada de pies a cabeza y parece diagnosticar que no tiene nada.

Ella nos recibe en la puerta con los brazos abiertos. Finge que se sorprende de nuestra visita, aunque casi puedo leer en sus pensamientos: «se tardaron, podría estar muerta».

—Qué rápido se ha curado tu fractura, tía —suelta mi madre con evidente sarcasmo.

—¿Fractura? ¡Oh! Carmen —la tía Carmen— es una exagerada. Lo que yo dije es que estuve a punto de caermme de las escaleras y pude haberme fracturado, pero no me pasó nada.

Las excusas de la tía para recibir visitas son cada una menos creativa que la anterior. La abrazo a la entrada. Es mejor que no esté herida de verdad, me gusta visitarla. Pasar el fin de semana en casa de tía Marjorie es mejor que pasarlo en casa de mis padres, en lo que a mí respecta, ojalá se invente fracturas más seguido. Vendría todas las tardes con ella si fuera físicamente posible.

Casi estaría feliz, de no ser por lo que sucedió hace horas. No lo mencionaron durante el viaje, para ellos la solución ya está dada; y supongo que para mí también.

A mis padres no les agrada mucho mi tía. Ella es una representación de todo lo que ellos odian. Le encanta hablar, siempre está contando chismes de sus vecinos u otros miembros de la familia; no le gusta cocinar, pero ama comer, así que compra mucha comida rápida; sale mucho, casi nunca está en casa, tiene amigas por todos lados; jamás se casó —o quizá lo correcto es decir que no se ha casado hasta ahora, hay gente que encuentra al amor a los cincuenta y siete o más—, entonces corrijo: no se ha casado hasta la fecha, creo que no le interesa mucho; ¡ah!, y en su juventud fue piloto aviador.

Sin dudas, mi tía favorita.

Cuando desempaco me doy cuenta de que he olvidado lo más importante: mi teléfono. ¿A quién se le olvida el teléfono? A mí, claro que a mí. La verdad es que no lo uso mucho, soy más de libretas y el reproductor mp3 al que la batería le dura mucho más. No olvido llevar un libro para leer en el camino, pero olvido el celular. Genial.

Mis padres no soportan a Marjorie por mucho tiempo. En el camino me dijeron al fin que nos iremos de aquí el jueves. Esta vez, me alegra volver pronto.

La tía también se desespera de la presencia de ellos, no le gusta fingir hospitalidad por mucho rato o tener que atenerse a sus críticas.

—Ya quiero que crezcas para que puedas venir tú sola. Nos divertiríamos más las dos sin ellos —me decía de pequeña.

—Cuando crezca me mudaré a Ohio y te visitaré todos los días —prometí yo.

Una casa arcoíris en Ohio cerca de mi tía. Todavía quiero hacerlo, supongo que no he crecido aún.

Ella es un marcador verde, porque es mi figura de sabiduría en la vida.

De niña mi tía me regalaba pintura a escondidas, cajas profesionales con cientos de colores y me pedía un dibujo a cambio. Cada vez que vengo, me muestra la caja donde tiene cada uno de ellos guardado. Me llena la cabeza de recuerdos entre risas, puedo ver mi progreso año tras año. Esta es la primera vez que le fallo con su tradicional dibujo porque no tenía idea de que

vendríamos.

Pero no tardo mucho en compensarlo. Lo único que tiene por casa son marcatextos que venían en un kit con las notas que compró, así que uso esos para dibujarla en algo parecido al estilo pop. Al final queda un retrato bastante decente hecho solo con marcadores donde su rostro se forma con cuadrados y rectángulos de colores.

Se lo entrego a escondidas de mis padres y queda maravillada.

En la madrugada del segundo día, me siento con ella en la sala cuando mis padres ya están dormidos. Necesito hablar con alguien de lo que acaba de suceder, ella está allí y quiere escucharme, así que le cuento. Al inicio se alegra, me felicita por haber escogido lo que de verdad quería, y luego se preocupa al saber que me descubrieron.

—¿Crees en la brujería? Las malas lenguas dicen que la vecina de enfrente es una bruja, podríamos pedirle un tónico para el olvido.

Justo ahora en verdad necesito la magia.

El martes por la tarde Marjorie le dice a mis padres que me llevará de compras. Cuando estamos frente a las puertas del centro comercial, me da doscientos dólares.

—Toma. No querrás ir a comprar con tu vieja tía que tarda años en caminar y se quedó atrapada en la moda de sus tiempos. Diviértete, tus padres no lo sabrán. Te veo en cuatro horas aquí mismo.

Hay muchas cosas que quiero hacer, pero primero: el chico de la biblioteca. Es casi imposible encontrar un teléfono público hoy en día, pero lo logro contra todo pronóstico. Uso el cambio en mi bolsillo y tecleo el número de Michelle.

—¿Quién eres y por qué tienes mi número? —contesta deprisa. Si no se escuchara cómo mastica, quizá sonaría más amenazante. Me la imagino con una sartén en la mano para defenderse, igual que Rapunzel, solo que esa Michelle-Rapunzel se está comiendo lo que había en la sartén.

—Soy tu mejor amiga y tengo tu número porque me lo diste el primer día que te conocí para que te marcara a la salida, porque no querías volver sola y no querías tener que ponerle crédito.

—No me suena para nada esa historia —miente—, fingiré que te creo. Me alegro de que me llames.

—¿Porque no puedes vivir sin mí o porque te ahorré el saldo?

—Ambas podrían ser la respuesta, pero no lo son. De cualquier manera, olvidaste el teléfono.

—Lo sé.

—El asunto es que llevo dos días intentando entregar tu nota y no puedo.

—¿¡Llevas dos días sin dejar la nota!? —No quiero sonar alarmada y molesta, pero estoy alarmada y molesta—. Michelle. —Intento controlarme, me froto los párpados y hablo más despacio—. Te dije que esto era importante.

—Ya sé, no me grites. No es que no haya ido, es que no he podido. Te juro que lo he intentado, mucho. Me tratan como si quisiera entrar al área cincuenta y uno.

—¿Quién?

—La bibliotecaria —explica con un tono burlón, la escucho morder una manzana—. Fui tres veces hoy —mastica—, y las tres veces estaba acomodando los libros de esa zona. Me dijo que qué libro quería, le dije que solo quería hojear e intenté tomar el que me dijiste, pero lo protege como si estuviera escrito sobre hojas de oro o algo así. Me ofreció todas las copias menos esa. Y cuando intenté correr sin que me viera, me arrebató el libro de las manos, me acusó de haberlo manchado de labial, lo cual no tiene sentido, y me vetó de la biblioteca el resto de la

semana por mal comportamiento. ¿Qué clase de libro es ese?, ¿intercambian droga allí o algo así?

Después del relato de Michelle se me ocurren dos posibilidades: o la bibliotecaria se volvió loca; o protege el libro de que no lo tome nadie que no sea Nori o yo. La primera idea parece ser la que acepta Michelle, yo me niego a llamar a Clarease loca. Aunque la segunda idea es tan rara, que la loca tendría que ser yo de creerla.

Ella promete que lo intentará al día siguiente, aunque no espera que funcione. A estas alturas solo deseo yo misma a dejar la nota. Sin embargo, para entonces el chico de la biblioteca habrá tomado mi ausencia como un abandono. ¿Qué voy a hacer si deja de escribirme?

Esto reafirma mi idea: hice lo correcto al no encariñarme con él, en no quererlo demasiado, porque se terminaría en algún momento.

Se terminó ya. Y aunque es todo lo que esperaba que sucediera, no deja de doler.

Trato de no pensarlo y me digo: esto es lo que sabíamos que iba a suceder, por eso no lo acercaste más a tu vida, ¿recuerdas?

Pero no me siento tranquila con la idea. Me acerqué de más, y me duele saber que se fue.

Ahora tengo dos opciones frente a mí: uno, correr lo más rápido posible, olvidarme de todo como siempre; o dos, aferrarme a él, y hacer todo para que no sea el fin.

Y por primera vez, quiero quedarme.

∞∞∞∞

La tía Marjorie se despide de mí el jueves cuando mis padres ya han salido de la habitación. No aguantaron una semana aquí.

—No puedes dejar esa carrera, mi niña. Si tus padres siguen queriendo controlarte, me vas a marcar y yo me aseguraré de que estés bien —susurra en mi oído al abrazarme y pone un papel en mi mano con su nuevo número de teléfono.

Convenzo a mis padres de que me dejen en la universidad, en lugar de en casa. Les digo que quiero preguntar sobre el cambio de carrera y acceden.

Corro a la biblioteca. Me deslizo entre los estudiantes a contracorriente. Parece que estoy en un filme: el cabello al viento, a toda prisa para recuperar a alguien. No es tan dramático como correr por el aeropuerto y detener el avión, solo quiero dejar una nota.

No te vayas, Nori. Por favor.

Más te vale no irte ahora, no haberte rendido así de fácil, porque si resulta que ya no me esperas... iré a buscarte. No sé cómo, pero lo haré.

Llego a mi destino y veo a la bibliotecaria salir con su almuerzo en mano.

—Clarease. —Me detengo y hablo con la respiración entrecortada, respiro para que mis pulmones no exploten como en esa historia que escribió Nori—, ¿cómo está? —atino a decir cuando mis pulmones juntan suficiente aire.

—Muy bien, linda. ¿Dónde te habías metido que no me has saludado estos últimos días? —me reclama.

—Oh, ya sabe, mucha tarea y esas cosas. —Me humedezco los labios. Debo preguntarlo, pero no quiero sonar como una loca. Esta será la primera vez que diga ese nombre en voz alta— Oiga, de casualidad... ¿Usted conoce a una tal Fayna?

Clarease sonrío de lado con cierta maldad o complicidad. Lo sabe.

—¿Una chica pelirroja que se escribe con un tal Nori?

Después de todo no era una completa locura.

Ella sabe todo y se ha autodenominado la guardiana de nuestro secreto. Me cuenta que no ha visto a *mi Nori* hoy, dice que él ha pasado por la biblioteca todos los días para revisar el libro.

—No sabía cómo actuar con ese pobre chico buscándote un día tras otro —se lamenta y me reprocha con la mirada.

Nori no ha dejado de buscarme. Y eso me saca una sonrisa, trato de ocultar mi rostro iluminado, miro abajo y me froto las mangas de la blusa.

Me cuenta que había una «castaña molesta» que la estaba insistiendo mucho para que le diera el libro. Clarease está orgullosa de haber cumplido bien con su papel protector, hasta que le cuento que *la castaña molesta* era mi paloma mensajera. Su cara es de espanto, se muerde el labio en un «entonces creo que la regué».

—Debió decirme, fue su culpa.

Sonríó porque me parece graciosa la manera en que Clarease se pone a la defensiva.

—No sé en qué carrera está ese chico, pero cuando lo vea de nuevo puedo decirle dónde encontrarte.

—No, no. Me sentiría muy feliz si mejor mantiene esa información en secreto, para ambos. Tengo una mejor idea, ¿puede ayudarme?

No estoy preparada para conocer a Nori, pero debo admitir que esta manera de mandarnos notas es un poco... riesgosa. Y ya no quiero volver a tener esta sensación de que voy a perderlo para siempre.

Tengo una idea para que sigamos sin conocernos, pero podamos estar un poco más juntos. Porque aunque me cueste admitirlo, necesito que estemos más cerca.

Así que le entrego una nota.

Tengo una loca idea. ¿Estarás libre el sábado, chico de la biblioteca? Espero que sí, porque no hay tiempo para cambiar el día. Seguro alguna vez has ido al centro de la ciudad y conoces el monumento gigante ese, ¿no? El que tiene una base cuadrada enorme.

Bueno, ojalá sí, porque voy a verte-no verte allí.

Ven a las siete y media. Debes llegar de frente al monumento y sentarte en la esquina del lado derecho. No puedes mirar a otros lados, por ninguna circunstancia, ¿entendido?

Lleva papel y pluma.

Desde que jugamos a ser inmortales, hasta que nos creímos la eternidad

19. Verte, no-verte

Es sábado y el reloj marca las seis. Llevo veinte minutos sentado en el sillón, minutos que se han sentido al doble o triple de intensidad. Hace más o menos media hora que estoy listo para verme no-verme con Fayna. Para llegar allá no tardaré más de quince minutos. Si aparezco antes, me matará.

No sé si sacará un cuchillo y dirá algo como «ahora que me has visto, sabes mi secreto y tengo que asesinarte». O dejará de hablarme para siempre y aunque la encuentre de frente en los pasillos de la escuela, me ignorará. No sé cuál de las dos cosas sería peor, así que, por si las dudas, pasaré los próximos setenta y cinco minutos aquí. Quizá me arriesgue un poco más de la cuenta al irme a los setenta y cuatro.

No he dormido nada. Experimenté la misma emoción que cuando preparé la comida, pero esta vez al triple, porque no sé qué va a suceder. Estoy como mi yo-adolescente de quince, al que Simon le enseñaba una nueva receta y luego se pasaba la noche sin dormir; recordaba los sabores, olores y con las manos en el aire recreaba cada paso.

En síntesis, anoche deseaba más mi encuentro con Fayna de lo que deseaba dormir.

Hace un rato que corté hojas blancas en un montón de cuadrados del tamaño de los pósit que solemos intercambiar en la biblioteca, para no perder la esencia. Tengo mi pluma azul en el bolsillo. No tengo idea de si Fayna llegará frente a mí y solo va a reconocermelo porque sí, o siquiera si vamos a mirarnos.

Verme-no verme, ¿qué planeas, Fayna?

—No sé por qué me da la impresión de qué tuviste éxito —habla Araceli al caminar por la sala y me observa con una sonrisa en el rostro.

—¿Éxito en qué?

—En que no se fuera.

Su comentario me deja con una sonrisa de esas que te hacen mirar abajo por la vergüenza de ser tan feliz. Supongo que tiene razón, aunque no hice nada.

Araceli me pellizca la mejilla y luego sale de casa. Me pregunto si fue el movimiento impaciente de mi pierna, mi cara resplandeciente, o el hecho de que es la primera vez en mucho tiempo que intento hacer que mi cabello luzca decente —*spoiler*: no funcionó—; lo que me delató.

No tenemos auto, mi tía les tiene una horrible fobia, aunque no me ha contado sus motivos. Mi hermano tiene una motocicleta, a la cual quien le tiene fobia soy yo. Ni siquiera he intentado que me enseñe a conducirla y no planeo hacerlo. Por eso voy a pie. Prefiero una caminata larga en la que siga el curso de mis zapatos, a tomar el autobús. No me he acostumbrado al bus, no salgo mucho y no hay lugares que me queden tan lejos como para preferirlo.

Caminar es mejor.

Hace mucho frío, me pongo unos guantes que seguro tendré que quitarme cuando quiera escribir. No sé qué planea Fayna, pero espero no nos quedemos mucho tiempo afuera. Si no la veo, no sabré si está bien abrigada y no podré ofrecerle mi abrigo.

Son las 7:22 p.m. en el momento en que veo el monumento del que hablaba Fayna frente a mí. Me arriesgaría a sentarme ya, pero mejor doy una vuelta mientras da la hora exacta.

Bien, son las 7:29, acabo de ver el número del teléfono cambiar. Compruebo que tengo la pluma y los papelitos en mi bolsillo. Meto la mano en el abrigo: bien, no desaparecieron. ¿Qué

me sucede? Me preocupo por las más mínimas tonterías.

Me siento en donde acordamos. Intento mantener la mirada al frente, espero que alguna de las siluetas que observo a los lejos sea ella. Es raro, pero juraría que ninguna de las personas que caminan frente a mí es ella. Me da la sensación de que la reconocería si estuviera frente a mí, y no por ser la única chica con un montón de papelitos de colores en la mano y una pluma en la solapa del saco. Es como... esas veces que te vendan los ojos y debes adivinar qué es lo que hueles o saboreas; no lo ves, pero lo sabes con el resto de tus sentidos.

Sigo observando a los extraños de la lejanía cuando de repente siento una mano que choca con mi pierna y regresa inmediatamente a su lugar, como si le apenara. Al bajar la mirada me encuentro con un pósit naranja claro.

¿Chico de la biblioteca? Confío en tu puntualidad, pero por si las dudas, si eres tú, dime, ¿cuál es mi nombre?

Es su letra. Su mano calza unos guantes de invierno naranja afelpados. Sus manos parecen ser delgadas.

De tu nombre no sé mucho, aunque creo que tus amigos más cercanos, esos que son ratones de biblioteca, te llaman Fayna. Un nombre muy original, por cierto. Aunque ahora que lo mencionas me surge la curiosidad, ¿cómo te llamas, chica de la biblioteca?

Paso la nota de regreso, con una letra que podría mejorar si hubiera pensado en también traer una libreta para recargarme, así no escribiría en mi pierna y no agujeraría el papel con cada trazo.

Es información clasificada.

Sí, es ella.

Me parece que tengo autorización para esos archivos.

Me fascina la libertad de enviar notas cortas, de saber que no tengo que esperar un día entero para que me responda.

No, aquí dice que no ha ascendido a ese puesto aún.

Aún. Todavía no, pero pasará.

No sé si ella sabe lo feliz que me hace saber que está allí, que está sana y salva y quiere hablar conmigo.

¡Qué lástima!, ¿tengo al menos el permiso de saber qué ha pasado con la señorita de la biblioteca durante esta semana? Dejé mi comida abandonada y quisiera saber la razón, sobre todo me interesa saber si se encuentra bien.

Esta vez espero un poco más por mi respuesta. Imagino que no tenía preparada ya su explicación e intenta ser lo más detallista y rápida posible. De vez en cuando parece que veo un abrigo morado asomándose. Se sacude las boronas que deja la goma al borrar y su codo sobresale de la base del monumento.

Me pregunto si ella quiere ir a otro lugar, aunque de inmediato caigo en la cuenta de que no es algo propio de ella. Estoy casi seguro que su plan es justo este: quedarnos escribiendo notas. Si quisiera hacer algo que implicara conocer su rostro o escuchar su voz, lo hubiera propuesto justo antes de escribir una explicación tan larga. No es lo que esperaba, pero estoy conforme.

Fayna me entrega una hoja completa escrita a lápiz. Tiene borrones, lo que confirma mi teoría de la goma. Sus correcciones no se comparan a las que yo haría si narrase algo de esta extensión. En la nota explica lo que pasó con sus padres, su tía y la escuela.

No menciona qué carrera pretende estudiar o cuál es en la que de verdad está; aunque la segunda no tiene que decirla, estoy seguro de que es algo relacionado con el arte. No sé si diseño gráfico, arte y diseño, ilustración, a lo mejor es historia del arte o arquitectura.

Aunque claro que vas a mandarlos al diablo y quedarte en donde quieres, ¿cierto?

Casi puedo ver rostro negar y quedarse cabizbaja.

No puedo hacer eso, Nori.

Cuando supe que mi tía no podía pagar la carrera de chef, sentí que tampoco me lo merecía, que no era lo suficientemente bueno para tenerlo. Ahora que lo pienso, quizá por eso ni siquiera lo intenté pagar por mi cuenta. Pero en este momento, teniendo a Fayna en una situación similar, siento impotencia de no poder ofrecerle todo lo que necesita para ser feliz. Nunca me ha importado demasiado el dinero, sin embargo, ahora quisiera tenerlo todo y ofrecérselo a ella.

Pagaré la colegiatura por ti, tu apartamento, todo: solo estudia lo que te hace feliz. Sé feliz, Fayna. Ojalá la felicidad fuera tan sencillo como eso. De cualquier manera, no tengo nada que ofrecerle.

Quisiera que no tuvieras que hacerlo.

Puedo ofrecerte un abrazo si lo necesitas, puedes vendarme los ojos.

La escucho reír, una de esas risas que ahogan el llanto. Hice algo bien, algo que la hizo alejar la tristeza. O quizá ahogó su risa porque no quería que la escuchara.

Demasiado tarde, lo escuché y fue hermoso.

El tema se desvía más pronto de lo que esperaba. Vamos desde cosas banales como el clima, las calles, el monumento, la ropa de invierno; luego pregunto sobre sus gustos, la comida, restaurantes, países que desea visitar, videojuegos, libros, películas. Un poco de todo. Aprovecho todas las cosas que recuerdo que tenía pendientes y las digo ahora que no debo esperar veinticuatro horas para saber y se me ha ocurrido algo mejor.

Hay un ansia dentro de mí que me empuja a asomarme, me dice que admirarla sería tan simple como girar mi cuerpo en su dirección. No habría vuelta atrás para que se escondiera por más que lo deseara.

Por otro lado, la razón me dice que perderla sería igual de simple, y ya supe lo que es no tenerla.

¿Sabría quién es? Sí. ¿Podría encontrarla por los pasillos? Tal vez. ¿Y de qué serviría eso si no me quiere cerca de nuevo? ¿Qué clase de persona sería si la obligo a conocerme? No gracias, me quedo con las notas, porque esto es hermoso.

Pasamos cuatro horas intercambiando papelitos. Casi parece que el barrendero de la ciudad se acercará a nosotros en cualquier momento para recoger la pequeña montaña a nuestro

alrededor. Seguro que la gente se pregunta qué hacen dos locos tirados en el piso, esos que intercambian notas como niños en medio de la clase y ríen en silencio. Esos que juegan a no conocerse, a pesar de saberlo todo el uno del otro.

Al final, prometemos hacer esto de nuevo. Me promete que va a mostrarme el alebrije en cuanto lo haga. Yo le prometo que voy a traerle de comer la próxima vez.

20. La curiosidad mató al gato

No sé por qué me esmero tanto en la ropa que voy a usar esta noche, si mi plan no es ver a Nori. Desde que ofrecí la cita sabía que no era para conocerlo, o al menos no como él esperaría. Aun así, por alguna razón sigo envuelta en la toalla revisando una y otra vez mi vestuario como si fuera la decisión más importante de mi vida.

Solo he decidido que me pondré guantes, es todo lo que he logrado en cuarenta y cinco minutos, y ni siquiera sé de qué color. La habitación es cálida, aunque no lo suficiente para evitar que me frote los brazos húmedos para calentarme.

Tengo tres opciones sobre la cama, las he colocado extendidas para observarlas mejor. Cada una me parece perfecta hasta que la tomo, entonces vuelvo a arrojarla porque la que está a lado luce mejor.

Debo estar allí a las 7:20, ni un minuto más. Me tomará cinco minutos caminar hasta allí, diez si Michelle decide que quiere acompañarme al centro para cenar fuera. No he tenido el valor de contarle que tengo una especie de cita y dudo que vaya a explicárselo. Por fortuna está tan ocupada con ese proyecto que dejó para el último minuto, que no se da ni cuenta de que me robé su maquillaje.

Necesito dejar de preocuparme, pero sobre todo, necesito apresurarme. Ya son las siete en punto y ni siquiera me he pasado el cepillo por el cabello. Llevo tanto tiempo peleándome con mi vestuario, que mi pelo ya está seco.

Tomo la primera opción: medias gruesas de color negro y botas militares. La pieza principal de mi *outfit* es un suéter con mangas de princesa con un patrón de colores rosa, amarillo, verde y morado; me encanta porque se ve como una pintura abstracta o la paleta de un pintor. También llevaré un abrigo por si siento que me congelo. Tomo un gorro de lana morado, de esos que tienen un pompón arriba, lo uso para disimular que apenas tuve tiempo de cepillarme. Los guantes serán anaranjados.

Me coloco de prisa el maquillaje de Michelle, ella tiene una variedad de colores de sombras y labiales que serían la envidia de cualquiera. Los necesito para combinar con mi ropa, aunque no tenga mucho sentido. De cualquier manera, el resultado final es de lo más básico. No tengo experiencia en esto.

Salgo de la habitación, el reloj en mi muñeca me dice que tengo siete minutos para llegar. En la sala me encuentro con Michelle, que tiene el escritorio atiborrado de libros. Su cabeza está clavada en el cuaderno y su peinado me revela que mañana irá a la escuela sin ducharse.

—Me voy. Suerte para terminar a tiempo —me despido de prisa y descuelgo las llaves.

—Suerte. —Debe estar demasiado atrasada porque ni siquiera me pregunta a qué hora llegaré, a dónde o con quién voy. Estoy suertuda.

Camino con tal prisa que no siento el frío del ambiente, solo lo delata el vapor que sale de mi boca cuando suspiro de alivio al saber que llegué a tiempo. Mi reloj marca las 7:20. Ahora puedo sentarme en el suelo a recobrar el aliento. Por lo menos es un piso limpio, cubierto con mosaico blanco con algunas luces incrustadas en el suelo que iluminan la estatua.

Nori es puntual, no me deja esperar ni un minuto de más. Escucho sus pasos a un lado, justo donde dije que debía sentarse. Oírlo caminar me preocupa, podría reconocerlo con esto.

Hay personas con un excelente sentido del olfato como Michelle; otros tienen el sentido del gusto muy afinado e imagino que Nori es uno de esos; pero yo soy una especie de grabadora

andante. No me cuesta recordar todo lo que escucho. No me limito a recordar las canciones, o aprenderme las frases de las películas, recuerdo todo y lo grabo en mi cabeza para reproducirlo en el momento justo. Reconozco a las personas por su voz, así pronuncien una sola palabra y nunca tuve problemas para identificar cuando alguien llamaba por teléfono a casa.

Aprendí a memorizar los pasos de mi madre y mi padre cuando subían las escaleras. Si era mi padre, podía hacerme la dormida; pero si se trataba de mi madre, eso no serviría de nada, porque igualmente me despertaría. Los de mi padre son pesados, rápidos, pone un solo pie en cada escalón. Los de mi madre van de par en par, delicados y puedes distinguir cómo pone las puntas primero y luego los talones.

Ahora tomaré nota de los de Nori. Son armoniosos, me recuerdan al tamborileo de unos dedos sobre el escritorio. Es como si su pie izquierdo fuera un do y el derecho un re. Se repiten una y otra vez con los mismos silencios entre cada uno.

Sus pasos se acercan cada vez más, hasta que paran por completo y pauso mi grabadora mental.

Ahora está sentado a centímetros de mí, pero no puedo verlo. No espero mucho para deslizar la primera de mis notas, y desde entonces todo marcha con tal naturalidad que no miro el reloj como es mi costumbre. Me olvido de la civilización unos instantes y me entrego por completo a nuestra charla. Eso dura poco, porque Nori me hace explicar lo que pasó.

Tengo tanto que decir y tantas ganas de volver a hablar con el chico de la biblioteca, siento que floto con sus palabras y me olvido de las personas que caminan a nuestro alrededor. Es entonces que suelta esa pregunta y caigo al suelo, voy a desplomarme. Parece que ha pasado una eternidad, que fue hace mucho que lo abandoné en nuestro intercambio. No quiero volver a ese momento, pero él merece una explicación.

No me preguntes sobre el asunto, no digas que lo lamentas, no me hagas recordarlo más. No puedes ofrecerme ayuda a menos que resultes ser asquerosamente rico y por lo que sé de ti y tus sueños frustrados, estás tan perdido como yo. No estoy aquí para que me ofrezcas una solución o intentes reconfortarme, lo que quiero es olvidarlo todo. Y lo olvidaré si estoy aquí, si hablamos como si nada sucediera. Déjame creer por un momento que nada sucede.

Logro desviar el tema luego de un par de líneas.

Volveré a mi mundo de fantasía donde solo somos tú y yo, si no te molesta, Nori. Y volveré todas las noches si me lo permites, si es que aún no te has aburrido de mí.

Cuando él pregunta si volveremos a hablar así alguna otra vez, quiero gritarle que si pudiese pasaría mi día entero en la incomodidad del suelo mientras él me escribe cualquier tontería. Sin embargo, me limito a decir que tengo tiempo el lunes.

No quiero sonar desesperada por pasar frío a 10 centímetros de él.

∞∞∞∞∞

Con el paso de las semanas, se vuelve más complicado ocultarle a Michelle lo que está sucediendo. Llevo tres meses hablando con Nori al menos una hora todas las noches. Nos adueñamos de esa pequeña esquina del monumento, se convirtió en nuestro pequeño rincón del universo donde solo existimos los dos.

Estamos en ese punto donde él finge que no está coqueteando conmigo y yo finjo que no me doy cuenta.

Nuestras conversaciones fluyen con tal naturalidad que se sienten más como un diálogo. Las leo en mi cabeza con la voz que le inventé, y mientras escribo, escucho mi propia voz que le

contesta.

—¿Cuánto va a durar esto? —averigua con su nota y yo lo siento como un susurro en mi oído.

—Depende a qué te refieras con «esto».

—Me refiero a esto de pasar horas intercambiando papeles en una esquina del universo.

—¿Ya te aburriste de mí tan rápido o temes que un día deje de venir?

—No. Más bien, quisiera más que solo esto. Tengo una sincera curiosidad de conocerte. Tu voz, tus ojos. Quisiera que no tuvieras que cuidar cada palabra que dices y me dejes averiguar quién es Fayna. Sé que sería tan sencillo como voltear, pero no pienso hacerlo sin tu permiso. Y de verdad necesito que me des tu permiso, porque es muy difícil resistir la curiosidad.

No voy a fingir que no entiendo a la perfección cómo se siente, porque desde el primer día tengo la misma curiosidad. Si él puede resistirla, yo también.

—¿No sabes que la curiosidad mató al gato?

—Digamos que estoy dispuesto a convertirme en un gato.

—Entonces esto durará hasta que la curiosidad nos vuelva gatos.

21. Epifanía

A veces, las cosas se convierten en una rutina y no aprecias lo increíbles que son. Me sucedió cuando mi hermano me llevaba a clases y no supe que era importante para mí hasta que su trabajo le impidió continuar. Me pasó también con los cuentos que me leía mi tía antes de dormir, hasta que comencé a leerlos por mí mismo y luego a escribirlos. Pero no sucede igual con Fayna, porque cada día que acepta reunirse de nuevo conmigo, me siento afortunado.

Las reglas de Fayna se suavizan poco a poco. Aún no puedo saber su nombre. Tiene bien guardado el secreto de los deportes que practica, aunque me ha dado algunos detalles sobre la manera en que se siente con cada uno, y en definitiva, odia ambos.

Ni siquiera me deja ver sus manos, usa mangas largas y guantes siempre. Mis favoritos son los rayados en verde y anaranjado, porque me recuerdan a la película de *Coraline*.

Me ha hablado de la pintura, no solo de lo que siente con ella, sino de los cuadros que ha pintado. Hace una semana accedió a mostrarme un par de ellos. Su estilo no es el de líneas rectas o pinturas hiperrealistas, más bien parece que arroja pintura, suelta el pincel sobre el lienzo y va trabajando con lo que sale. Me recuerda a esas fotografías que de lejos parecen el retrato de una pareja, pero al acercarte notas que está hecho de muchas pequeñas imágenes. Se ve un poco borroso, aunque es un borroso artístico.

El alebrije que llevó semanas después de nuestro primer encuentro era justo como lo describí en la nota. Según ella no es tan buena esculpiendo, dice que se ve «muy casero» y no podría hacerlo pasar ante sus padres por comprado. Lo tiene en casa de su instructora y lo visita cada semana como una mascota.

Ella dice que su técnica favorita era el impasto. Me explicó que eso es lo que le da a las pinturas esa impresión de que has manchado el cuadro con mucha pintura y luego te las arreglas para hacer algo con eso: porque es más o menos lo que se hace. Le gusta usar colores pastel en el centro, con eso trabajar la parte principal de su pintura y luego enmarcarlo con un montón de colores más fluorescentes o hacer contraste con negro.

También, me mostró las otras técnicas que su profesora le ha enseñado a lo largo del tiempo, me ha llevado una muestra de cada una. A menudo hace críticas a su propio trabajo, me dice que no le quedó el color que deseaba o que en su borrador parecía mejor. Cuando los veo, no entiendo el fallo, para mí todas son obras dignas de un museo.

Mi favorito es el de la tinta china. Muestra un dragón rodeando la luna. Fayna ama los colores, por eso, la tinta china no es su forma favorita de pintar. Dice que a mí me gusta llevarle la contraria, a mí me encanta lo monocromático.

Me obsejó el cuadro.

Es tuyo, Nori. Con todas las notas que intercambiamos no hay nada más poético que regalarte un cuadro hecho de tinta. Te lo debo luego de quedarme con tus historias.

Ahora el cuadro está en mi habitación, lo observo colgado frente a mí todas las mañanas. Si tener un cuadro de ella me hace sonreír al amanecer, me pregunto qué se sentiría tener a la mismísima Fayna frente a mí cuando abro los ojos.

Fayna no se quedó por completo con mis historias, pero les sacó una copia antes de devolverme las originales. No estaba seguro de esa decisión, pero ella me convenció porque así

no volveré a cometer alguna locura que ponga en riesgo todo mi trabajo.

Hay tantas cosas en el *mundo de arte de Fayna*, que a pesar de tantas conversaciones, sigo siendo un simple novato. Últimamente, hago notas, no notas mentales, notas de verdad en una libreta, sobre los términos extraños que suelta en cualquier momento.

Tengo una página dedicada a las corrientes de arte, surgió en una conversación hace tres semanas donde me describió cada una. Lo último que tengo anotado es el *escorzo*, puse que es «la distorsión de la perspectiva para crear profundidad».

Cuando ella habla de arte, hasta su letra parece ligera. Escribe con pasión, no hay forma de explicarlo, solo se siente. Se siente en cada trazo, tal cual si flotara sobre algodón de azúcar al escribir. Es como estar en una clase con un profesor que ama su trabajo. Podría leerla por horas y horas sin entender una sola palabra, porque sé que ama contarme.

Me dio tantas palabras que aprender, que me sentí en desventaja, así que volví un poco a mi campo de conocimiento para contarle las palabras raras que nadie usa en la vida real, pero por alguna razón las tengo grabadas en la memoria mejor que las tablas de multiplicar.

Pero claro que no iba a contárselas de una manera convencional. Por eso, se me ocurrió la idea de hacer una especie de minipoema en prosa, el cual podrá entender por completo hasta que llegue a casa y *googlee* cada palabra rara.

*Cuando esto comenzó, creí que sería efímero;
ahora, conforme más tiempo pasa, deseo que sea sempiterno.*

*Te diría que aquello que estoy pensando es inefable,
pero sería mentira, porque puedo explicarlo justo ahora.*

*¿Sabes lo que es una serendipia?
Es la palabra perfecta para describir lo que pasó cuando te encontré.
Las personas con tal luminiscencia no suelen aparecer de la nada.*

*Tienes la resiliencia de una flor que crece en medio del desierto,
y te sumerges en tu mundo con la capacidad única de nefelibata.*

*¿Alguna vez me dejarás conocer cada ademán que haces cuando lees?
Déjame ver el arrebol reflejado en tus ojos y quédate hasta el alba.*

*La ataraxia al estar contigo hace querer quedarme lo que resta de vida.
Déjame creer que será inmarcesible,
y luego déjame hacer que lo sea.*

*Si lo que siento ahora fuera una simple limerencia,
no podría resistir que estés a diez centímetros de mí sin tenerte más cerca.*

*No finjas que esto es una epifanía,
sé que te sientes igual.*

*Dime que soy un meliflúo sin remedio,
pero no que esto tiene un desenlace.*

Espero no haber sonado demasiado intenso. No es mi culpa que las palabras más bellas signifiquen para siempre.

Eso sucedió ayer, ahora espero que llegue la noche para verla de nuevo. Quisiera ver su reacción en el momento en que note que acabo de decirle que estoy enamorado de ella de la manera más complicada posible.

22. Para siempre

No necesito usar internet para entender lo que Nori dice, pero sí tiempo para procesarlo. Por eso requerí una pequeña mentira, prometiendo que al día siguiente hablaríamos sobre su carta. No estoy segura de estar lista en veinticuatro horas.

Odio las palabras que significan para siempre. No entiendo ese concepto, ¿significa para toda la vida?, ¿hasta que olvide que lo dije?, ¿hasta que deje de sentir lo mismo?, ¿hasta el fin de los tiempos y la historia del universo? Es demasiado complejo y poco realista prometer algo por años y años cuando no sabes si vivirás al día siguiente o si dejarás de sentir ese amor en un par de horas.

Si dejas de amarme, Nori, solo quedan dos opciones: faltar a tu promesa o ser infeliz a mi lado el resto de tu vida. Y en mi experiencia, la segunda es la peor.

Hace un par de meses, era capaz de leer un poema como este o cualquier otra forma romántica de declaración y sería capaz de rechazarla sin pensarlo dos veces. ¿Por qué ahora no?

¿Si miento diciéndote que no siento lo mismo, te quedarías conmigo aun así? Decirte que no me siento enamorada de ti sería un insulto a tu inteligencia, pero ¿puedes fingir que me crees y dejar las cosas como están? Finge del mismo modo en que yo finjo cada noche que no muero de ganas por voltearme y besarte.

Nori, lo estás arruinando todo.

Sé que es un romántico. No lo reflejan sus historias, sin embargo, sus notas lo hacen. Cada vez que tocamos el tema del amor, salta a la vista las ilusiones de Nori a la antigua: una casa con jardín, un par de niños y ¡puff!, tienes un «felices para siempre». Le gusta el nombre de Leslie para una niña; yo prefiero a los niños y siempre me ha gustado como suena Jesse.

Sigo meditando en el sillón mientras Michelle pone, por milésima vez, una de las comedias románticas que tanto ama. Las veo con ella a pesar de que no me gustan, y ella me obliga a callar cada una de mis críticas porque dice que soy una amargada.

Hoy es turno de *The Lake House*, en mi opinión una de las peores, y todo lo de la temática de cartas lo hace diez veces peor. A Michelle le encantan los finales felices. Una vez le recomendé ver *Blue Valentine* con la promesa de que todo se arregla al final, y desde entonces ya no me deja escoger la película. No la culpo.

Aparecen los créditos. Siento un cosquilleo y me sudan las manos, esa es la señal que me da mi cuerpo cuando sé que tengo que hablar sobre algo importante, pero no me atrevo. Sé que Michelle es la única en quien podría confiar para contarle acerca de Nori y que debí decirle hace mucho, la cosa es que no sé cómo iniciar una conversación así.

Mientras más tiempo pasa, más difícil es hablar: conocí a este chico hace una semana; hace dos meses; llevamos hablando dos semanas; bueno ya son meses y en realidad lo conozco hace casi un año. ¿Recuerdas cuando te dije que Kenia abrió horarios nocturnos de pintura? Bueno, te mentí un poquito.

—Oye... —Abro la boca sin saber muy bien cómo continuar. Michelle se ha levantado a lavar el contenedor de las palomitas— ¿Podemos hablar de algo?

—Claro. —Deja el zacate y jabón de lado. Parece que mi tono es demasiado revelador. Me pregunto si ahora vendrá con su pregunta de mamá preocupada—. ¿Tiene que ver con un chico? —Sí, pregunta de mamá.

—Sé qué haces esa pregunta genérica por molestar nada más. Normalmente no se trata de

eso.

—Pero ahora sí lo es, ¿verdad? —Se mantiene tranquila, trata mantener su sonrisa por lo bajo.

Olvidalo, no tengo el valor. No puedo decir en voz alta que me enamoré de alguien. Sé que ella me abrazará emocionada y dirá que lleva años esperando este momento. Nuestra opinión sobre el amor no es la misma en ningún sentido.

—No, claro que no. —Rechazo la idea con cara de asco, se ve tan fingida que causa el efecto contrario—. Solo estaba... pensando en la fiesta de cumpleaños de ese chico que nos invitó el otro día. Dijiste que serías muy feliz si te acompañaba, aunque sea unas horas y... casualmente hoy me dieron ganas de hacerte muy feliz, así que ¿me acompañas a comprar algo que ponerme?

Es una pésima mentira. Nunca me quedo en sus fiestas lo suficiente como para que valga la pena comprar algo que ponerme. No planeaba asistir en realidad, ahora me tocará ir.

—Claro, podemos ir mañana por la tarde. —Sonríe amable.

Bien, se tragó el cuento. Me siento aliviada cuando vuelve su mirada a los trastos.

—Pero... tengo que pedirte un favor antes de eso —añade, de nuevo con la mirada en mí.

—Ah, claro. Dime —respondo, despreocupada.

—Si... Es una cosa pequeñita —agudiza y hace la seña con su mano enjabonada—: que dejes de suponer que soy estúpida y me digas lo que en verdad querías decirme.

Vale, no se la creyó.

—Te subestimé. Lo siento. —Me rindo con las manos al frente.

—¿Piensas que te conozco hace dos días como para no notar que quieres ocultar algo? ¡Ya dime! —ordena con una mano en la cintura y la cara en una mueca molesta.

—Si me conoces tan bien, puedes adivinarlo tú misma. —La reto con la mirada y ella vuelve a mí aceptándolo. Se seca las manos y se apoya sobre la barra de la cocina.

—Muy bien, ¿segura de que quieres jugar a eso? Vas a perder.

—No tengo miedo —aseguro. Finjo que soy valiente porque sé que ni en un millón de años podría adivinar lo que sucede.

—Perfecto, luego no te quejes. —Me observa con los ojos entrecerrados, mueve los labios de lado a lado mientras piensa. Parece una máquina que lee la información en mi iris. Ensancha una sonrisa malvada hasta las orejas, como si hubiera encontrado la respuesta justo en mis pupilas—. Creo que te sientes confundida, que conociste a alguien que te ha hecho dudar de tu ridícula idea de nunca enamorarte y ahora que él se te ha declarado no sabes qué hacer.

—¡Husmeaste en mi cuarto!

—Ah, ¿conque las pruebas están en tu habitación? Interesante —declara, divertida, mientras se come las palomitas que sobraron en la sartén—. Debe ser uno de esos románticos que escribe cartas. Muy de tu estilo.

—¡No tenías derecho a espiar en mis cosas, Michelle! —le grito. Estoy molesta y ella lo nota.

—No. A ver. —Pone las manos frente a sí, me tranquiliza y toma asiento a mi lado—. Yo no espíe nada. No te haría eso jamás. No soy tus padres.

He visto a Michelle mentir lo suficiente como para saber que no es una de esas veces.

—Entonces...

—¿De verdad?, ¿clases nocturnas? ¡Por favor! —Hace una pausa antes de seguir—. Sonaré como una vieja al decir esto, pero: no nací ayer, niña. —Me rio y ella también—. A ver, admito que al inicio estaba muy ocupada para cuestionarlo, pero no soy tonta. Estás saliendo con

alguien, es obvio. O sea, sé que te encanta pintar, pero las clases con Kenia no te hacen sonreír así. Estaba siendo respetuosa y dejando que me lo contaras por ti misma. Ahora dime, ¿cómo se llama el chico?, ¿o es una chica?

—Es un chico —confieso. Ya empecé a frotarme las mangas del suéter—, solo que no sé su nombre.

—Ya en serio. Te prometo que será un secreto entre tú y yo. —Ahora está sentada frente a mí. Sus codos se recargan en sus rodillas y las manos le sostienen el rostro. Sonríe esperando los detalles.

—Es en serio.

Parpadea un par de veces como asimilándolo. Nota que no estoy mintiendo.

—Debe ser alguien muy especial para enamorarte sin que siquiera sepas su nombre.

Bueno, sí. Lo es.

Michelle pone cara de que le estoy contando la mejor película jamás creada, y se siente parte de ella como uno de los personajes secundarios. Me da la impresión de que esta sería su película favorita si se llevara a la pantalla. Le encantaría tener un papel, se conformaría con ser un extra barriendo la calle.

No sé cómo logro ser tan abierta respecto a lo que siento, supongo que estoy perdida y necesito a alguien que me ayude.

—¡Por eso la bibliotecaria actuaba como loca! —comprende. Este es el *plot twist* revelador por el que vino.

Me sorprendo al ver que ella no reacciona como lo esperaba. Claro, no puede evitar sonreír en los momentos que le parecen más dulces, no es experta en las caras neutrales, pero me escucha con atención y no me juzga.

Fangirlea discretamente.

—¿Y por qué no le dices esto a él? —sugiere con tranquilidad una vez que termino mi discurso.

—¿A qué te refieres?

—A esto, tal como me lo cuentas a mí —me explica—. Dile que tienes miedo, que sientes algo por él, pero no sabes cómo llevarlo y prefieres que no se conozcan aún. Si no es un completo idiota lo entenderá.

Eso... tiene sentido.

Vaya, ¿quién diría que ser sinceros es la mejor forma de resolver las cosas?

Por la noche ya tengo preparada una de mis notas largas. Esta vez no hago borrones intentando acomodar mis palabras, quiero decirle las cosas tal y como las siento.

Mientras escribo, pasan flashes en mi cabeza de todas esas ocasiones en que consolé a Michelle porque terminó con el último «amor de su vida». Recuerdo su llanto matutino, las almohadas húmedas, las veces que la acompañé a buscar al chico porque ella estaba segura de que era el indicado y debía luchar por ello.

Recuerdo a mis padres al pelear en la cocina, en la sala, en el comedor; lanzando indirectas todo el tiempo hasta que uno explota o duerma en el sillón.

Lo recuerdo y quiero dejar de escribir, me gustaría poder regresar a mi lugar seguro donde no tengo que enfrentarme al amor y la decepción. Pero luego pienso en Nori y decido seguir.

Hace un par de semanas entendí que puedo inventar mil y un nombres para lo que siento por ti, para justificar que estoy aquí a pesar de las muchas otras cosas que podría estar haciendo. Pero no tiene caso, lo que siento ya tiene un nombre, y es amor.

Estoy enamorada de ti y no sé cómo dejé que sucediera.

Enamorarme es lo que llevo tanto tiempo intentando evitar, así que espero que entiendas que esté demasiado asustada para aceptarlo así como así.

Aún no creo que el amor dure para siempre, ni siquiera este. Y no me hace sentir bien la idea de que en algún momento se va a acabar. Me han dicho un millón de veces que es ridículo no hacer las cosas por temor a que algo salga mal. Me dicen que es como tener miedo a salir de la cama porque puedes tropezar y morir cuando bajes el pie. Lo sé, ya lo he escuchado, me lo han repetido toda mi vida, pero eso no hace que el miedo se vaya.

Estoy convencida de que al conocerme de verdad, físicamente, van a cambiar tus sentimientos. Se romperá la burbuja mágica si nos llevamos al mundo real del otro.

También me parece que cuantas más cosas sepa de ti, más difícil será deshacerme de este sentimiento cuando el momento llegue. Toda la vida me ha parecido más fácil arrancar las cosas, cortar la hierba antes de que eche raíces.

Por eso no quiero conocerte, Nori.

He visto suficientes películas y pasado por muchas de las rupturas de mi mejor amiga para saber lo dolorosas que son las separaciones. No quiero verte con alguien más, no quiero medir mis movimientos en la escuela para no encontrarme contigo, no quiero pasar el rato afuera de tu salón para sentir que estás un poco cerca, aunque no lo estarás nunca más.

Sé que llevas meses queriendo conocernos y supongo que tu declaración es otra forma de pedirlo, que estemos juntos como personas normales.

No quiero eso. No sé si lo querré alguna vez, no puedo prometerlo. Solo te puedo decir que esto me gusta, estas notas, esta manera de tenernos el uno al otro.

Y si decides que esto puede ser suficiente para ti, podemos hacer lo que más nos gusta: inventarnos maneras creativas de estar juntos.

Cuando voy a deslizarla, tengo un miedo enorme. La declaración de Nori se siente como un ultimátum, un modo de decir que no puede seguir con las cosas como están ahora y necesita algo más de mí. Decir que está enamorado, que quiere algo duradero, que no puede seguir con la idea de que en cualquier momento se convertirá en un gato y todo morirá.

Quizá leí demasiado entre líneas.

Ahora estoy asustada. Me aterra que no entienda lo que trato de decirle, que crea que estoy

jugando con él.

Ya no concibo mis noches sin él.

Nori, por favor, entiende lo que trato de decirte: no quiero perderte.

23. A manzana y café

Mis primeros besos siempre han sido un asco.

La primera vez que besé a Janeth, sus brackets se atoraron con los míos. En su casa la regañaron porque acababa de cambiarse las ligas, y no nos volvimos a besar en los dos meses que duró nuestra relación.

La primera vez que besé a Uma, estaba tan nervioso de arruinarlo todo de nuevo, que lo arruiné. Tardé mucho tiempo en atreverme, pretendía que todo fuera perfecto. Al final ella terminó conmigo antes de que lo lograra y me dio un besito de despedida.

La primera vez que besé a Lana me mordió la lengua, se me entumeció y hablé como tonto un par de minutos.

La primera vez que besé a Yona fue en un juego de verdad o reto, cosa que, en mi experiencia, es la forma más fácil de matar el romanticismo.

No todos los besos son malos, solo los primeros. O eso espero.

Mis pensamientos van de un lado al otro cuando estoy nervioso, y hoy es la ocasión perfecta para estarlo: acabo de declararme con una chica que no conozco y no quiere conocerme. Aunque no se siente así.

Sé que un externo lo describiría así: te enamoraste de alguien que no conoces. Para mí no se siente como si Fayna fuera distinta, no me parece que mis sentimientos estén errados. No tengo peros, ni explicaciones que dar a lo que siento. Ni siquiera me importa que Fayna no sea su verdadero nombre.

Estoy enamorado de Fayna, mi chica de la biblioteca.

Y de hecho, se siente bien decirlo.

Me enamoré de Fayna. Quiero a Fayna en mi vida. Estoy enamorado de Fayna. Fayna es la única persona con la que imagino estar. Amo a Fayna.

Fayna, Fayna, Fayna.

Camino a nuestro sitio de encuentro con una mezcla entre la felicidad y el miedo. Creo que puedo salir de aquí con el corazón roto, las posibilidades son enormes en realidad.

¿Es muy egocéntrico decir que estoy seguro de que Fayna también siente algo por mí? No tengo un sexto sentido, ni considero que soy irresistible como para decir: «no hay razón por la que no se enamore de mí».

Pienso que así es, y ya. Intento mantener el optimismo arriba.

Entonces, me llega su nota, una de sus hermosas notas largas. Las manos me tiemblan como si sostuvieran mi corazón, el cual parece querer alejarse de aquí antes de que lo destrocen.

Lo primero que sé al leer la nota es que ella me quiere, que no me quiere sacar de su vida y eso me hace feliz porque es justo lo que pretendía. Lo siguiente que hago es preguntarme qué hice mal. No sé en qué momento di a entender que si no aceptaba conocerme dejaría nuestra comunicación. En realidad, eso es lo último que quiero que pase.

¿Cómo puedo explicarte, Fayna? Acabas de decir que me quieres también, y eso es lo mejor que me ha pasado. Es suficiente, es mil veces más que suficiente. Tú no quieres que me vaya, yo no quiero que tú te vayas, ¿a quién le importa si no sé tu nombre o si dejamos una montaña de papelitos cada noche?

Ese será el trato, chica de la biblioteca: no te alejes y yo no lo haré.

Espera un momento, ¿qué te hace creer que quiero dejar de escribir notas contigo?, ¿no entendiste que eres la mejor parte de mi vida?

Ya me estoy poniendo cursi.

La idea de que estés enamorado de mí es tan obvia que pensé que tu declaración era una especie de ultimátum para conocernos.

Con que contraatacas, ¿eh?

Oh, lo siento, no sabía que era tan absurdamente obvio lo loco que estoy por ti.

Yo no voy a desistir.

Pues lo es. De la misma forma en que tú no dudaste de que yo siento también algo por ti. ¿Siempre eres así de engreído?

¡Demonios!, entonces sí soy engreído.

Solo cuando la chica en cuestión pasa todas sus noches hablando conmigo como si fuera la única persona en el universo, y aun con eso intenta negar que le gusto. ¿No crees que es un insulto a mi inteligencia que no te declararas tú primero?

Esto de que le diga que me quiere y ella lo confirme, me empieza a gustar.

A lo mejor sí que lo es, pero tengo una idea para compensarte, es una de mis ideas creativas.

Eso es nuevo. ¿Fayna ofrece una compensación? Lo que sea que va a proponerme es algo que ella quiere hacer, no se atreve a admitirlo y por eso utiliza la excusa de que lo hace por mí.

Okay, eso no lo esperaba, cuéntame.

Su plan, tiene que ser complicado, porque la siguiente nota demora mucho en llegar.

Voy a confiar en ti por completo, espero que no me defraudes.

Acércate lo más que puedas a la esquina dame tu mano, tu mano sin guante. Luego, cierra los ojos, no puedes abrirlos en ningún momento. Es una regla importante, muy importante. Y por último, voltea hacia donde estoy yo, justo en la esquina.

Ella me explica su plan y yo me quedo paralizado. ¿Va a hacer lo que supongo que hará o es que mi imaginación ya ha ido demasiado lejos? No me sentía tan nervioso desde aquel primer beso que terminó en desastre. Soy un imán de malos primeros besos, ¿debería advertirle?

Aunque si su plan no es besarme, sería muy raro.

No me da tiempo a considerarlo porque al instante siguiente de que dejo la nota a un lado, veo su mano asomarse por la esquina.

Su piel es blanca, muy, muy blanca; sus dedos son delgados y largos; tiene las uñas

crecidas, con barniz carcomido; noto algunos vellitos en el dorso de su mano y me hace gracia. Observo mi propia mano, no es tan blanca como la de ella, le sobresalen un par de venas y me preocupa no haberme cortado las uñas anoche, pero está bien.

Mi corazón pasa de cero a cien. Alrededor está tan silencioso que casi puedo escucharlo. De hecho, sí, puedo escucharlo.

Mi mente dice: no lo arruines esta vez, con ella no. ¿Y por qué mi primer beso con Fayna es tan importante? Quizá porque desearía que fuera el último de esa categoría.

Vale, tranquilo.

Me obligo a respirar.

Voy a tomar su mano.

Juraría que siento cómo salta. A pesar de haberlo planeado, al final le da un escalofrío cuando la tomo, lo noto en esos vellitos de su mano que se erizan. Temo que me suden las palmas.

Hace un rato sabía con certeza que estaba enamorado de Fayna, ahora sé también que podría tomar su mano todo el día.

Voy a cerrar los ojos.

Me acerco a ella, tengo el rostro al filo de la pared que nos separa. Al principio creo que necesitaré fuerzas para no abrirlos y mirarla, pero no es así. Ella me pidió no hacerlo y no lo haré. No lo haría a menos que su voz me lo pidiera. Puedo imaginarla cerca de mí, susurrando «abre los ojos», pero no lo hace.

Ella acaba de imitarme. Siento su exhalación a un par de centímetros de mi rostro, el calor magnético de su piel, y escucho cómo mueve el resto de su cuerpo tras de sí. Juraría que también puedo oír su corazón latir, no estoy seguro, pero parece ir más rápido que el mío.

Se acomoda, arrastra el cuerpo. De repente, hay un primer contacto. Su nariz está fría y toca la punta de la mía. Nos reímos de la pura emoción, de esas risas que se ahogan, pero dejan detrás una sonrisa. Quisiera poder verla. En ese gesto, nuestros alientos se combinan.

Trato de apagar el sonido de los turistas a nuestro alrededor para poder examinar mejor sus latidos. Ahora lo escucho todo. Acaba de hacer ruido con la boca. Me da la impresión de que acaba de humedecerse los labios, y ese pensamiento me vuelve loco. Le aprieto la mano de los nervios.

Descubro que Fayna tiene un olor a manzana verde y a café. Ahora mi fruta favorita serán las manzanas verdes, inhalaré el café de la mañana como si fuera droga.

Nuestras manos están entrelazadas, yo muevo mis dedos muy lento para acariciarle el dorso de la mano. La forma en que suspira me hace ver que la estoy alterando, ella no quiere quedarse atrás, así que toma la ventaja.

Juega con la cercanía de nuestros rostros. Nuestras narices se acarician. Quiero usar mi otra mano para tocar su rostro, pero apenas un dedo roza su mejilla, ella lo retira, solo me deja sentir su piel un segundo.

Está bien, tomar sus manos está bien. Al menos esta posición en que tiene mis dos manos me da la excusa para acercarme un poco más. Sale mal porque ella se aleja lo mismo que yo me acerco.

Sigue moviendo el rostro. Tengo la certeza de que lo hace a propósito, de que juega conmigo, cuando nuestros labios se tocan por un instante y ella se aleja de inmediato.

Sus labios están húmedos y los míos tratan de atraerlos. Casi puedo verla reírse de mí, de mi desesperación por besarla. Le diría que es una tramposa, pero aunque quisiera, no puedo ni hablar. No sé si su objetivo es dejar que me quede con ganas de ese beso o si piensa jugar

conmigo un rato más antes de hacerlo.

Ambas me gustan.

Comienzo a creer que será la primera opción, pero ella me contradice y se acerca más.

Su pierna está unos milímetros sobre la mía, pero mis manos permanecen en el mismo lugar. Ahora sí puedo afirmar que mi corazón late mil veces más rápido que el suyo. Detecto su olor a manzana, ahora es más intenso que el de café.

No puedo abrir los ojos, o hablar, o tocar su rostro. Sin embargo, puedo sentir lo que acaba de suceder. Fayna acaba de romper la tensión, al dejar que mis labios se unan a los suyos.

¡Fayna acaba de besarme!

La verdad, no sé a qué saben sus labios, la textura que tienen o si su olor es distinto ahora que la tengo tan cerca. Solo sé que estoy besando a Fayna y esto es todo lo que necesito.

Puedo visualizarnos con los ojos cerrados. Nos imagino enmarcados con las luces de la ciudad a nuestro alrededor y la luz que sale del suelo para iluminar el monumento apuntando cual reflector a nosotros.

Nosotros. Saboreo esa palabra.

No estoy arruinando esto. No sé cómo creí que un beso con la chica de la biblioteca podría ser menos que perfecto.

Sus labios juegan con los míos, los movemos para explorar por completo los del otro. Cuidamos cada pequeño movimiento. Trato de recuperar el aliento en el milisegundo que nos separamos, antes de volver a ella.

Me acelero al dejar que mi lengua roce su labio superior. Y de repente, ella me sigue.

El beso ya no es tímido, hemos terminado la exploración, ahora es intenso.

Mi respiración se acelera cuando su pierna se coloca un poco más sobre mí, y su cuerpo en general se acerca. El calor que irradia se hace presente y me deja tibio. Tengo la tentación de mover mi mano, quiero atraerla, enredar mis dedos en su cabello o tocarle los labios con el pulgar. Intento moverme, pero ella ya lo anticipa y aprieta mis manos prisioneras.

Sus dedos continúan entrelazados con los míos, ella me permite mover la mano, pero sin soltarla. Levanta nuestras manos unidas hasta su rostro y me deja acariciarle la mejilla con el dorso. Estiro los dedos para tocarla. No hace falta decir que su piel es suave y espero que un poco de su aroma se me impregne.

Suspira, parece que trata de procesar el beso. Se separa, pero no voy a dejar que siga jugando, ahora no. Así que aprovecho la mano que no ha querido soltar y la coloco sobre mi pecho, para que pueda sentir mi corazón latir debajo del abrigo. Ahora que está inclinada sobre mí de nuevo, puedo volver a buscar sus labios, y los encuentro.

Así me doy cuenta de que no quiero que se acabe, que ahora, además de saber que estoy enamorado de ella y que quiero caminar entrelazando nuestras manos, también sé que no quiero dejar de besarla.

Fayna no me rechaza, tampoco quiere que esto se termine.

Volvemos a besarnos. Pasamos a los besos lentos a modo de descanso. Me deleito con todo lo que descubro sobre ella: que abre la boca solo un poco, que suelta un suspiro para respirar entre beso y beso, que sus labios son pequeños y suaves, y que deja la lengua reposar sobre su labio inferior.

A pesar de que no quiero que acabe, se termina de un modo u otro. No tengo idea de cuánto tiempo después.

Ella vuelve a su lugar, baja su pierna de la mía, que ya estaba encimada y casi enredada. También yo regreso a mi sitio para abrir los ojos. Me deslumbran las luces y veo borroso. Tallo

mis ojos y recupero la vista.

Esa sensación de abrir los ojos luego de tanto tiempo me traiciona, me hace pensar que acabo de soñarlo todo. No me creo que de verdad la chica de la biblioteca acabe de besarme, que ese beso fue largo y tendido, nada menos que perfecto.

Fayna, ¿puedes hacer algo por mí?, ¿puedes confirmarme que esto es real? Dime que me quieres y que no vas a irte.

El mensaje perfecto sería «Nori: te amo y prometo que no voy a irme». Sé que no lo diría tal cual, lo diría a su manera: dándole mil vueltas.

Nori: te amo y prometo que no voy a irme.

Fayna, eres perfecta.

24. Cambio de carrera

Mientras camino a casa no puedo creerme lo que acaba de pasar. Y cuando llego, no quiero dormirme, siento que despertaré con la idea de que acabo de soñarlo todo. No tendré forma de comprobar que fue real hasta que vuelva a ver a Nori. Es por eso que me siento feliz de poder contarle todo a Michelle, así podré ir a dormir tranquila sabiendo que ella será una especie de guardiana para mi recuerdo. No me dejará pensar que fue solo cosa de mi imaginación.

Es de esa clase de cosas que de tan perfectas no pueden ser reales.

Le digo que seguí su consejo en ser honesta, que salió a la perfección y que me alegro de no haberme alejado por miedo esta vez. Luego le digo que lo besé y ella me toma por mentirosa. Mientras lo relato, recuerdo esa escena, con la luz que debería iluminar el monumento en mis párpados. Tenía la confianza de que Nori no abriría los ojos y creo que esa es una de las razones por las que lo amo.

Es increíble lo mucho que confío en él. Aunque no es ninguna sorpresa, de cualquier forma, no me ha dado razones para lo contrario jamás.

Sigo con mi historia.

—¿En serio le dijiste a ese chico «te amo»? ¿tú?

Sí, eso hice. En serio lo hice.

Así que ahora estoy en cama, segura de que no voy a olvidar que esto sucedió. Y antes de dormir, me permito recordarlo una vez más.



Hablarle a Michelle sobre Nori me ha quitado un peso de encima. Al parecer ahora hablo mucho de él, o eso es lo que dice Mich.

—¿De qué te ríes?

—Nada, nada. Es solo que es la quinta vez hoy que dices *Nori esto, Nori aquello*. —Se encoje de hombros—. Es dulce. Me gusta verte enamorada.

Ahora me doy cuenta. Cada vez que lo menciono, ella hace esa sonrisa de «otra vez estás hablando de él» y yo la devuelvo «lo sé, pero no puedo dejar de hacerlo». Y es que no hay manera de evitarlo una vez que notas que te la pasas con el nombre de alguien en la boca.

Ni siquiera lo hago a propósito. La mayoría de las veces estamos discutiendo sobre cualquier tontería, papas fritas, por ejemplo, y yo digo algo como «hace unos días Nori llevó papas en gajos, tomé una y pensé que estaría cruda en el centro, pero estaba deliciosa. Debemos cocinar más de esas y menos de las aburridas papas rectangulares».

O ella menciona algo de lo que ya habíamos conversado nosotros antes:

—La otra vez estaba hablando de eso con Nori, le dije que me era imposible escoger un color favorito. Le conté de esa vez que me preguntaste por mi color favorito, te dije que era el negro porque parece que es una mezcla de un montón de colores y en realidad no es ninguno. Entonces tú pintaste mi cuarto de negro y me compraste tres blusas del mismo color. Eso intentaba explicarle a él, que me agradan algunos colores para unas cosas y para no me gustan en lo absoluto. Del color negro solo me gusta el concepto, pero no lo quiero en mi pared.

Con cada historia de las botanas, golosinas o platillos que lleva Nori a nuestros encuentros, Michelle dice: «pues a ver si te apuras a casarte con él, que se mude, se queda en tu habitación y

nos cocina todos los días». Entonces lo que más me sorprende no es su forma tan directa de declarar que su único interés en Nori es tener a un chef personal en el apartamento, sino el hecho de que la idea de tener a Nori en casa no suena tan mal.

Estas últimas semanas siento como si me hiciera falta, lo cual es raro, porque nunca lo he tenido, ¿se entiende?

En fin, las cosas marchan de maravilla y eso es lo que importa.

De hecho, eso se vuelve lo más importante, lo único importante que hago, por un tiempo. Nori se vuelve incluso más fundamental que la tarea para la escuela o comer a mis horas. El único peldaño que Nori no puede superar son las clases de pintura, aunque no interfiere, son a horas distintas.

Es como vivir entre las nubes, como ser un marcador amarillo permanente. Necesitaría un nuevo color para subrayar todos nuestros párrafos.

Me siento así, hasta el momento en que camino por los pasillos y un letrero frente a la sala de coordinadores me devuelve a la tierra, dejándome impactar como un asteroide.

Cambio de carrera

Esa pequeña frase me regresa a una realidad en la que no quería estar. Esto es lo que prometí hacer. Ya no hay forma de postergarlo, no puedo decir que el cambio será hasta el siguiente año. Mi única esperanza ahora es que rechacen mi solicitud. Y aun con esas, veo más probable que me cambien de escuela a que me dejen seguir en lo que estoy.

La primera vez que mencioné el arte como carrera en mi casa fue frente a mi madre. Tenía quince años, era Navidad y me habían regalado una tableta, cosa que en teoría pedí porque podía servirme más que la computadora de escritorio, para la escuela, claro. En realidad quería dibujar, había pasado los últimos tres meses derramando baba por los dibujos digitales que subía la gente en Instagram y deseaba poder hacer lo mismo. La pedí tanto que cedieron.

Había pasado suficiente tiempo con mis padres para saber que no les gustaría la idea del dibujo en lo absoluto. Ni siquiera eran de esas personas ricas que pagan miles por un cuadro bello en su pared, a ellos les parecía «el desperdicio de dinero favorito de los señores Brown» — los vecinos, que por cierto, me trataban muy bien—.

Sin embargo, un día estaba en la sala, intentaba copiar en digital una ilustración de *Coraline*, porque era mi película favorita y estaba obsesionada con el libro desde hacía semanas.

—¿Qué haces, hija? —preguntó Isabella, más por cortesía que por interés. Si de verdad quisiera saber, podría verla ella misma, si tan solo giraba su cabeza unos quince grados.

—Dibujando. —Aún no entiendo por qué lo dije, supongo que dentro de mi inocencia y repentina valentía creí que podría gustarle—. ¿Qué opinas? —Puse mi avance frente a sus ojos, ya solo estaba colocando las sombras.

—No está mal.

Allí estaba: un comentario limpio. No me alababa, pero tampoco decía nada malo.

—Solo, me pregunto —continuó—, ¿por qué pierdes tu tiempo en esas cosas pudiendo hacer tantas otras? No te compramos ese aparato para que hagas caricaturas.

Luego siguió su camino a la cocina, como si nada. Como si no acabara de destrozar mi corazón.

A veces no te das cuenta de lo mucho que puedes herir a alguien con algo en apariencia simple. Me pasé esa noche llorando y abandoné la idea del arte digital. Aún no la he retomado, me trae malos recuerdos. Pasé un año sin dibujar, porque me convencí de que era estúpido e inútil.

El arte no es algo que mi familia vaya a aceptar. Jamás

Sé que en la familia yo soy la de mente más abierta, ahora me toca usar esa habilidad para encontrarle sentido a estudiar enfermería.

Ya gasté semanas intentando encontrar algo remotamente interesante en la profesión, pensar en algo que pueda gustarme... ¿Quizá los niños? Incluso consideré que sería una ventaja en pinturas hiperrealistas o de crudeza visual, ¿qué no DaVinci estudiaba anatomía? Aunque... el realismo no es lo mío, soy más de lo abstracto.

Tengo tres días más para iniciar el trámite. Podría hacerlo ahora, justo ahora tengo unos minutos libres y estoy frente a las ventanillas, no hay fila. Intento hallar una excusa, como si esperar al último momento fuera a cambiar el resultado final.

Y es justo ahora que me pregunto, ¿por qué Nori no estudió letras? Digo, sé que quería ser chef, pero ¿letras no era una buena segunda opción? No sé qué carrera estudia, pero no es una que le guste, así que letras no es, esa quizá le hubiera interesado más. Ese será mi tema de conversación esta noche.

Hace un par de días pactamos en llevar siempre algo de qué hablar. De cualquier tontería que nos facilitara desviarnos minutos después y terminar hablando de constelaciones, sobre Coney Island o vampiros. Literalmente cualquier cosa.

Lo que me encanta de hablar con Nori es que una conversación normal sobre su sabor favorito de helado puede terminar en una charla sobre la utopía perfecta. A él le puedo contar mis teorías raras sobre el fin de la humanidad y mi manera de sobrevivir en el mundo post apocalíptico; él me habla de su miedo a que los robots tomen el control y dice que en un futuro post apocalíptico, si no muere a los cinco segundos, la tribu solo lo mantendría vivo para que les cocinara.

Así que ese es mi tema de conversación de hoy.

—Me gusta tener un *hobby* —me desliza su respuesta, mucho más corta de lo que esperaba.

—Explícate.

—Me gusta tener un *hobby* que solo es un *hobby*. Me gusta escribir porque me hace sentir creativo, espontáneo, me hace sentir como si todas mis ideas fueran buenas. No quiero un trabajo que se relacione con escribir, no quiero que alguien me diga qué hice bien y qué hice mal.

»Creo que ya soy bastante crítico conmigo mismo, hago todo lo posible, investigo cada pequeña palabra que no encaja e indago en cada regla gramatical que no me queda clara. Y aun así, nunca siento que algo quede perfecto.

»Me gusta aprender sobre cocinar. Amo descubrir recetas y técnicas nuevas. Pero con la escritura, me gusta quedarme en mi lugar cómodo.

—¿Y cómo sabes que criticarían tu trabajo y no que les gustaría?

—Porque una vez fui a un taller de escritura. Para el profesor cada una de mis líneas estaba mal, para la semana siguiente había más y más errores. Pasé tanto tiempo en la corrección que ya no era divertido, no me hacía sentir creativo y espontáneo. —Ahora escribe al reverso del papel—. También, sucedió que ya no podía leer en paz. Tenía los lentes de escritor puestos todo el tiempo. Intentaba tomar inspiración o veía similitudes con lo mío y me sentía poco original. Solo leía lo que se relacionaba con mi escritura, buscaba errores en los textos o intentaba reescribirlos. Ya no lo disfrutaba.

—No te lo tomes a mal, Nori. Siempre hay cosas en las que se puede mejorar, pero no significa que lo hayas hecho mal.

—No, no. Si lo entiendo. No odio al profesor ni nada por el estilo, sé que él hacía su trabajo y quería ayudarme a mejorar. Pasa lo mismo en la cocina, cometo errores y me gusta que mi hermano esté allí para ayudarme a hacerlo mejor. Ambas cosas requieren creatividad y ambos me

hacen sentir bien. La cosa es que quiero a la escritura como un *hobby*, no quiero que sea un trabajo, la cocina sí.

—¿Y crees que pueda pasar lo mismo conmigo?, ¿qué pueda estudiar enfermería en paz y ver la pintura como un *hobby*?

—No lo sé, ¿alguna vez lo has visto como un trabajo o solo lo elegiste porque te gusta?

Qué buena pregunta.

Siempre que pienso en mí después de graduarme me imagino con mi casa arcoíris, dando clases de pintura a niños o a cualquier persona que le interese aprender, lejos de aquí para no robarle el trabajo a Kenia.

También me imagino como la guía en un museo de arte, porque Historia del Arte es mi materia favorita. Cuando entré a la carrera, mi idea se limitaba a dar clases a niños pequeños, algo común que la gente suele menospreciar. Con el tiempo mi idea del campo laboral se extendió, y creo que todas las oportunidades que he escuchado me gustan.

Me pregunto si Nori encaja en mis planes a futuro. Antes me asustaba que lo hiciera, ahora me asusta que no lo haga.

25. Jueves a las 11:00

Nori es oficialmente la persona más dulce del universo. No solo lleva toda la semana animándome a pensar en lo que realmente quiero, a pesar de que a veces lo que quiero es no pensar; sino que anoche llevó una lista completa de ideas y sugerencias para que pueda quedarme en artes.

Podría conseguir algún trabajo, usando el tiempo y energía que invierto en deportes que no me gustan. Así pagaría la renta. Aunque claro, en un departamento más alejado y pequeño.

Michelle está de acuerdo con la idea, aun cuando no le conviene en lo absoluto. Dice que si ambas tomamos un trabajo de medio tiempo entre semana y unas horas más el fin de semana, lo podríamos lograr. A ella sus padres le envían dinero para la escuela, pero no suficiente para pagar este lugar sola. Ambas sabemos que podemos permitirnos estos lujos gracias al dinero de mis padres.

Sé que quedarnos aquí es lo que más nos conviene a ambas, y lo tomo en cuenta, aunque sé que no debería.

Aún no sé qué es lo que quiero.

A veces creo que estoy siendo holgazana, que no quiero tomar un trabajo, que soy una niña de dinero que no está acostumbrada a hacer algo para conseguir lo que quiere. Me digo que quiero tener tiempo para mí, lo que es un poco mentira, porque igual no tengo mucho. Otras veces soy menos dura conmigo misma y me digo que lo hago por Michelle, que no puedo cambiar nuestra vida así de repente y que no quiero alejarme de ella.

—Yo pienso que no es ninguna de esas dos —afirma Michelle cuando le comparto mis pensamientos—. Digo, me quieres, pero sabes tanto como yo que tomar un trabajo de medio tiempo no va a matarnos. Y no estás mimada, de hecho, hacer las cosas que tus padres te piden es incluso más agotador. El trabajo puede tenerte más cansada, pero tus padres se llevan toda tu salud mental. Lo que pasa es que no quieres tener que decirles.

Y como siempre: tiene razón.

A todo esto, ¿es necesario quedarme en la carrera? Kenia no tomó arte en la universidad. La mayoría de los artistas famosos no fueron a la universidad, es de esas cosas con las que se nace, ¿no? ¿Acaso valdría la pena pelearme con mis padres, probablemente de por vida, por seguir estudiando algo de lo cual probablemente jamás obtenga ingresos? ¿Y si solo es un *hobby*?, ¿qué pasa si Nori tomó la decisión correcta al estudiar algo diferente a sus sueños y yo me estoy aferrando a algo que no es para mí?

Es en momentos como estos cuando desearía tener una máquina del tiempo. Algo que me permita echar un vistazo, una ojeada a mi vida en el futuro. Quisiera tener una forma de determinar qué es lo mejor para mí. O saber al menos cómo sería mi futuro en esos dos caminos. Quisiera adelantar el reloj hasta el momento en que lo tengo resuelto. Dormir y despertar cuando todo esté bien, como en esa película de Adam Sandler que tanto le gusta a Michelle.

Pienso en maneras seguras de perder la conciencia solo un par de días.

Tendría la excusa: no pude tramitar el cambio de carrera porque estaba muerta. Suena tonto, pero eso no hace que deje de desearlo, así como desearlo no hace que deje de ser imposible. No al menos, sin fingir mi muerte, contratar a alguien para que me secuestre o inducirme un coma, y tampoco estoy tan desesperada. Creo.

Cargo con esto como un dolor de cabeza todo el día. Uno que vuelve al final de una clase, o

durante ella, cuando tomo una ducha, al escribir para el chico de la biblioteca, o por las noches antes de acostarme.

De esa manera, llega el último día para tomar una decisión. Un nuevo cartel pegado fuera de las oficinas me lo advierte:

No se recibirán más solicitudes de cambio de carrera después del jueves a las 11:00 a.m.

Ahora hay un contador sobre mi cabeza. Dentro de mi cabeza.

Son las 8:00 a.m. del jueves. Tengo mis papeles en la mochila, papeles que pesan como si cargara mi propia lápida. No he decidido si voy a entregarlos.

Estoy en Historia del Arte, mi clase favorita con mi profesora favorita. La maestra Wendy es experta en envolverte al hablar, se siente un poco como si Nori se sentara a leerme uno de sus relatos.

Nos habla de la peste negra. Pienso que debo prestarle especial atención, tomar nota en una hoja aparte y dársela por la noche al chico de la biblioteca, le encantan esa clase de cosas. A lo mejor mañana me sorprenderá con una nueva historia que le llevó la noche entera.

Muestra un cuadro en la pantalla, lo señala con su apuntador láser de vez en cuando mientras habla. Transcurre casi una hora entera sin cambiar de imagen, y yo paso toda esa hora sin dejar de notar detalles nuevos, sin dejar de maravillarme. Escucho la razón detrás de cada detalle en la pintura, las anécdotas, los mensajes ocultos, metáforas. Yo misma encuentro uno de los detalles ocultos y la profesora me felicita.

Estoy fascinada.

Y es entonces cuando me doy cuenta.

No me importa si no me dedico al arte, si me quedo en casa o doy clases. Me interesa muy poco si las personas me dicen que es una carrera inútil, porque lo han hecho miles de veces y sigo aquí. No me importa ser famosa, en lo absoluto. Tampoco creo que sea un *hobby*, no para mí.

Me interesa la enfermería tanto como me interesa el ballet o el fútbol: nada de nada.

Quiero estudiar, es así de simple.

Quiero aprender del arte todo lo que pueda. Es lo que más me gusta hacer. Me gusta aprender de arte. Me gusta lo que estudio.

Y me voy a quedar aquí.

Tomo un pósit naranja pastel y mi pluma, me recargo en la banca y escribo:

Nori, decidí que voy a quedarme en mi carrera.

Gracias por ayudarme a confiar en mí misma.

Sé que no podré entregárselo hasta la noche, pero escribirlo ahora me hace sentir que él es la primera persona a quien se lo cuento.

Le anuncio a Michelle mi decisión con una sonrisa, me lanzo a darle un abrazo cuando nos encontramos al salir de clase. Siento como si hubiera tenido una epifanía; pero Michelle me mira como si supiera lo que iba a hacer desde hace mucho y solo hubiera estado esperando a que yo lo descubriera también.

—Entonces, ya puedo contarte que conseguí un puesto de mesera. Acaban de abrir y necesitan mucha ayuda. Dijeron que puedo empezar el lunes. Podemos, si quieres.

Se me ilumina el rostro y la abrazo de nuevo como respuesta. Las decisiones complicadas son más fáciles si tienes a alguien contigo, que te tome de la mano en los tropiezos.

Y cuando parece que he sorteado la parte más difícil, recuerdo que en un par de horas tengo que encontrarme con mi madre. Mi madre sabe que hoy es el último día para el trámite y debo decirle la verdad.

Dan las once de la mañana, estoy en otra clase y me alegro de no tener que pedirle al profesor que me deje salir para entregar mi solicitud. Miro el reloj un millón de veces durante la clase, hasta que marca las doce y puedo volver a respirar.

Está hecho, no hay marcha atrás.

No entiendo cómo el tiempo pasa tan rápido luego de eso, pero cuando menos me doy cuenta, Isabella está en el sillón de mi departamento. ¿Puedes llamar a algo tuyo si en realidad no te pertenece?, digo, no pagué por él, ¿en qué momento se considera que algo es tuyo? Las preguntas existenciales quedan mejor para mis pláticas con Nori, más tarde. Ahora intento encontrar una forma de abrir la boca y que salgan palabras coherentes de ella.

Le pido a Michelle que me espere afuera. No quiero que se sienta culpable por lo que sea que mi madre me diga, ni que se peleen entre sí. Sé que ella me defendería sin dudarlo.

Me sudan las palmas de las manos. Mi respiración se ofusca por un nudo en mi garganta del tamaño de una pelota de béisbol. Estoy temblando, recuerdo que no he comido y por un segundo pienso que podría ser una excusa para atrasar solo un poco lo que tengo que hacer. Parece que el picaporte se niega a girar o quizá soy yo la que se niega a abrir la puerta.

Entro, porque es momento de ser valiente.

—Ya tramitaste el cambio de carrera, ¿verdad? —inquire sin siquiera voltear a verme. Me da la sensación de que depende de mi respuesta que me vea o no. Con esto decidirá si soy digna de que me hable mirándome a los ojos.

No tengo ni un minuto más.

Pienso en una excusa que pueda soltar, ¿será posible vomitar de la nada? Es mejor que piense que me embaracé a que voy a estudiar arte.

Entonces recuerdo el ballet y decido que tampoco quiero volver a ir a eso tampoco: nunca. Decido que no quiero volver a hacer ninguna de esas cosas que nunca he querido, esas que llevo a cabo porque es lo que se espera de mí.

—No. —Me sorprende de que mi voz no tiemble. Dejo mi mochila en el piso, porque también acabo de decidir que la quiero allí, aunque eso no tenga mucho sentido. Quizá ya estoy decidiendo por decidir—. No lo hice, hoy era el último día y no lo hice. —Ella no responde, hay un silencio y quiero repetirlo por si no le quedó claro—. Y no pretendo hacerlo, no voy a cambiarme de carrera.

Hay un montón de cosas que quisiera decir justo ahora, las siento quemándome por dentro: No odio solo el ballet, también odio el fútbol. ¿Sabías que William lleva años llevándome a fútbol en lugar de ballet, así como tú haces lo mismo? Quisiera decirle que si se hubieran molestado en preguntarme qué deporte me gustaría practicar, les diría que siempre quise aprender a nadar.

Le gritaría que me quiero cortar el cabello, que odio que el color rojo me haga parecerme a ella. ¿Por qué no se han divorciado si hace años que dejaron de soportarse el uno al otro? Le diría que conocí a alguien que me ha quitado la idea de que todas las parejas son como ellos. Porque entre ellos no hay amor.

Las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas. Ella no me mira, sigue sentada con la vista al frente. Creo que ha decidido que no soy digna de ver.

Saco mi teléfono y busco mi carpeta oculta donde archivo fotos de mis pinturas.

—Me gusta el arte —continúo, inclinada a su lado con el teléfono en mano—. Y creo que

soy buena en ello —sollozo. Pongo la foto del alebrije—. Mira.

Pongo el celular frente a ella, pero se niega a verlo.

—Este es de la biblioteca de la escuela. Y este es en tinta china. —Paso la foto—. Este es un retrato tuyo. —Acabo de llamarle *tú* a mi madre—. No es mi mejor trabajo, lo hice hace años. —Me limpio las lágrimas con la manga—. Por favor, ¡solo míralo!, eres tú —le ruego. Un sollozo sale junto más y más lágrimas. Me limpio de nuevo con las manos temblorosas—. Siempre he querido mostrártelo.

Se niega a verlo. Se niega a dirigirme la palabra.

Los segundos transcurren. Algo se rompe dentro de mí.

—Si no vas a hacer el mínimo intento por escucharme, te pido que salgas de aquí. —No sé de dónde saco las fuerzas para decir eso sin romperme. No sé cómo logro ponerme de pie, levantar la mano y señalar a la puerta sin temblar.

Isabella sale de la casa sin pronunciar una palabra. Me sorprende porque no me preocupa si va a volver a llamarme cuando llegue a casa, o qué va a opinar mi padre al respecto. Pasa a mi lado sin mirarme. Mi respuesta no fue la correcta, no fue la que me hacía merecedora de su atención.

Michelle sube minutos después y me da un abrazo al instante. De todas las cosas que podría pensar en este momento, de repente me alegro al recordar que el alquiler de este mes se pagó hace una semana y que la colegiatura se paga por semestre.

—¿Cómo te sientes?

Aliviada.

Aunque eso no hace que deje de llorar, por todo lo que acabo de perder. Mi madre ni siquiera quiso mirar el retrato que le hice el día que pensaba ilusamente contarles cuál era mi verdadera vocación antes de entrar. Al verlos tan ilusionados con la idea de la enfermería... supe que tendría que mentir.

En momentos como este desearía romper mis propias reglas, saber dónde vive Nori y qué clases toma para ir a verlo. Me gustaría al menos tener su número, marcarle, escuchar su voz. Su voz es toda la paz que necesito. Me aferraría a él.

Quisiera decirle justo ahora todo lo que deseo que sepa de mí. Le contaría que probablemente mis padres pasen meses, años o toda la vida sin hablarme. A partir de ahora, soy una vergüenza. Podríamos considerarme huérfana ya.

Me gustaría pedirle que él no se vaya también.

No tengo a Nori, pero sí a Michelle, no menosprecio su compañía. Por ahora, ella me abraza y me tranquiliza.

26. Nada interesante

Hace medio año la chica de la biblioteca y yo dejamos de ser ratones de biblioteca para convertirnos en los chicos que se sientan en la esquina de un monumento a acumular una montaña de papeles a su alrededor. Hace dos meses que le escribí un poema complicado porque no encontraba otra manera de decirle que la amaba. Y hace tres semanas que ya no hay citas en la esquina del monumento.

Fayna me contó que había tomado la decisión de seguir en la carrera que estaba, que aunque nunca la ha mencionado como tal, no tengo que ser un genio para deducir que estudia artes, ya descarté las otras opciones a base de pequeñas pistas.

Hace tiempo que estoy seguro de que Fayna estudia artes y no me había sentido con la necesidad de buscarla por la escuela hasta ahora. Ha pasado tiempo desde la última vez que charlamos y la extraño, mucho más de lo que sabía que se podía extrañar a alguien. Su compañía se volvió adictiva. No quiero menos de ella, quiero más. O bueno, no quiero más, solo quiero de vuelta lo que teníamos.

Por lo que sé, la familia de Fayna tiene dinero, no sé qué tanto, al menos lo suficiente para un apartamento en la zona lujosa. Mi chica de la biblioteca habla de cenas elegantes e incómodas, de vestidos y joyas que le regalan en su cumpleaños. Supongo que es mucho dinero.

El problema con eso del dinero es que lo usan como si de un caramelo se tratara. Los padres acostumbran convencer a sus hijos de hacer cosas con dulces o regalos, lo que en principio no está tan mal porque piden que comas el brócoli en el plato o te portes bien en la escuela. Ya no parece tan correcto cuando tu hija tiene veinte años y tu «dulce» es seguir pagando su universidad.

Ella tomó la decisión correcta.

Quisiera darle un abrazo y felicitarla. No sé con qué letrero vendría adornada mi felicitación, ya que «felicidades por tener el valor» es honesto pero agresivo.

Al final, ella tenía que conseguir un trabajo, no me contó cuál era. Intenta reunir suficiente dinero para pagar el próximo semestre por su cuenta.

El último contacto con sus padres fue mediante un correo, algo así como: «Retiramos la tarjeta de crédito de la cuenta de la escuela». ¿Quién manda correos aún?, ¿quién manda un correo y luego ya no le vuelve a hablar a su propia hija? Parece que ellos.

Es un hecho, tendrá que conseguir el dinero por su cuenta. Y esto me hace ser más reflexivo en todos mis gastos, pensar que quizá también debería ahorrar, aun si al final ella no quiere aceptar mi ayuda. Alguien una vez me dijo que las cosas no se pagan con dinero, se pagan con tu tiempo de vida. El trabajo te da dinero, sí, pero el dinero viene del tiempo que inviertes en ese trabajo.

Así Fayna ahora tiene muy poco, casi nada, de tiempo. La desventaja es que tampoco tiene mucho dinero, porque la retribución no es justa. Y en esta última semana tiene mucho menos porque se está mudando.

Te puedo ayudar. Le diré a un taxista que me lleve a la dirección escrita en un papel (la que tú escribas), y me pondré una bolsa de papel en la cabeza para no saber llegar hasta tu apartamento. No tienes que estar allí, te ayudaré a meter los muebles y me voy. Ni siquiera vas a notarme.

No aceptó.

Me he convertido en una especie de diario humano. Fayna intenta escribir todos los días, poco a poco en sus milisegundos libres. Me la imagino entre las cajas de mudanza, con el cabello hecho un nudo y una pluma enredada en su chongo, con sus característicos pósit color pastel en el bolsillo, haciendo notas sobre su día. Adorable.

Mi chica de la biblioteca tiene la piel clara, de esas muy muy claras. He visto las pulseras de colores que bordean su muñeca, supongo que las hizo ella misma. Sé eso por las veces en que le llevaba un bocadillo nocturno a nuestros encuentros y de vez en cuando asomaba su mano. O de esas veces en que compartimos nuestras canciones y películas favoritas.

Tiendo a imaginarla como una chica muy delgada, por la forma en que los huesos de su mano sobresalen. La imagino ligera como los pinceles con los que hace trazos. No sé de qué color sea su cabello o el largo que tiene, no tengo pistas de ello. Tampoco sobre sus ojos, pero si lo que dicen de que los ojos son *ventanas del alma* es cierto, apostarí que sus ojos son del color de una manzana verde, así como su aroma.

Le gusta utilizar manga larga, ama los suéteres holgados. Y contrario a lo que hubiera imaginado, no es igual de hábil en las pinceladas que da a sus uñas, porque siempre están mal pintadas; parece que apenas aplica el esmalte comienza a desprenderlo con el resto de las uñas. Supongo que es un tic nervioso o algo así.

Es todo lo que sé sobre su apariencia, y aun con esas, podría ser cualquiera. Cualquier chica que sale de la clase de artes y va a la biblioteca una vez al día a darle una nota a Clarease, para que se la entregue a un chico que ella nunca ha visto, pero conoce a la perfección.

Clarease me entrega la nota mientras hace un gesto de negación con la cabeza. Hace tres semanas, Fayna dijo que ella me diría cuándo sería posible volver a nuestra rutina nocturna. Más específicamente: le diría a Clarease. Entonces ella niega con la cabeza, aún no ha llegado ese momento. Me entrega el papel con una palmada en el hombro de consuelo.

—Te dijo que aún no está lista para qué se conozcan, ¿verdad? —La pregunta de todos los días. Y respondo como todos los días.

—Aún no.

—Es testaruda, una muchacha muy testaruda —reniega. A estas alturas ya me hace gracia la forma en que se molesta con Fayna—. Y ocupada, también eso.

Esta vez, después de mucho tiempo, vuelvo a tener la tentación de convertirme en detective. Me digo a mí mismo que estoy buscando una nueva lectura, pero en realidad intento encontrarla. Me digo, también, que tengo un instinto, que al verla la reconocería. No es cierto, y si lo fuera, tampoco me atrevería a acercarme solo porque tengo un presentimiento.

En la sala hay una decena de chicas. Se siente como el caso de un detective clásico: si Fayna está en la biblioteca, una de estas chicas es ella. Lástima que encontrarla no es tan fácil como descartar poco a poco. Mi sujeto en cuestión podría tener sobre la mesa libros de arte, le gusta *El Gran Gatsby* y usa pulseras de hilo.

Pero yo abandoné esa idea del detective hace tiempo.

Surgió un turno extra en la noche y creo que lo tomaré. No me pasó nada interesante hoy, solo lo del volante. Deberías inscribirte.

Junto a su nota está un volante, se trata de un curso de cocina en parejas. Surge una ilusión repentina, si es en parejas, ¿Fayna querrá que nos inscribamos juntos? La idea se desvanece tan pronto como llega. Ella no tiene tiempo para eso, no quiere conocerme y sus palabras fueron

«inscribirte» y no «inscribámonos».

Comienza en dos semanas, pero tampoco me hace mucha ilusión. Más que nada, porque no tengo con quién asistir. Fayna lo sugirió con buenas intenciones, supuso que podría tomarlo con mi hermano, la cosa es que él trabaja a esa hora.

Es su nota más corta hasta la fecha. La frase de «no pasó nada interesante» se vuelve ya frecuente. Y las notas se limitan a decir que no tiene tiempo la mayoría de las veces.

Las cosas transcurren con normalidad, una normalidad sin mi chica de la biblioteca. Hasta que Araceli me llama para hablar conmigo.

—¿Te inscribiste a esto? —Se asoma por el marco de la puerta, sostiene el volante arrugado que supongo encontró en un pantalón sucio.

—No en realidad. Es en parejas.

—¿Y la chica con la que salías por la noche?

—Está ocupada.

—¿Todavía? —Parece que Araceli se da cuenta ahora que se ha metido con un tema delicado. Intenta darle una solución—. Bueno... Simon está en el restaurante a esas horas, y yo también estoy trabajando... pero podría intentar cambiar mi turno —sugiere entusiasmada—. No me vendría mal ser capaz de hacer un desayuno decente, algo además del café.

—No, no hace falta. Además, no te gusta cocinar.

—Es cierto, mejor tomamos una clase en el gimnasio juntos, ¿sí? Temprano, tres días por semana.

—Está bien. —Sonríe, viendo que cambia la cocina por el gimnasio, casi como si el volante le hubiera proporcionado la excusa perfecta para sus planes.

Mi tía me dedica un guiño más y se aleja tan rápido como llegó.

—¡Oh!, ¿y qué tal Adam? —Se asoma de nuevo.

—¿Adam? No creo que le interese.

—Podrías preguntarle.

—No, él prefiere fotografiar a alguien con la luz nocturna o alguna cosa así. No tiene caso.

Es cierto, aunque la verdadera razón para no invitar a Adam o a mi tía es que se me metió a la cabeza la idea de ir con Fayna. No puedo sacarla. Deseo pasar ese tiempo con ella y cualquier otra persona no suena tan bien en comparación. Lo único que va a conseguirme pensar así es terminar solo.

Y así podría haber sido, de no ser porque tengo a Adam. Entrometido y testarudo como solo él puede serlo.

Guardo mis libros en la mochila, soy el último en salir del salón porque me gusta ordenar bien mis cosas. Es entonces cuando Adam se acerca con la cámara que lleva a todos lados atada al cuello y sostiene el volante aún más arrugado que antes.

—Empezamos mañana a las seis. Pasaré a recogerte quince minutos antes, para que Araceli vea que tengo buenas intenciones con su muchacho —se burla mientras me ayuda a cargar la mochila para enfatizar su caballerosidad, aunque luego me la arroja de regreso.

—Espera, ¿qué? ¿Vas a proponerme matrimonio o qué?

—Primero las clases de cocina y luego vemos que surge. Vamos despacio, amigo —bromea.

Las clases se superponen en parte con el horario en que solía hablar con la chica de la biblioteca. Ir se sentiría como renunciar. Quizá es lo que ella quiere, que tome el tiempo que solíamos compartir y lo convierta en otra cosa.

—Adam, ni siquiera te gusta cocinar.

—Pero sí comer, y después de todo alguien tiene que comerse lo que preparemos, ¿no? Para eso estoy yo, tú comes como un pollito.

—No tienes que inscribirte, sé que mi tía te lo dijo, pero no es importante.

—Nada de eso, ya lo pagué y no permitiré que me dejes ir solo. Te arrastraré hasta allá de ser necesario.

—En serio no es necesario. Gracias —digo dándole de regreso el papel arrugado.

—Oye, tú convenciste a mi papá de comprarme la cámara, me acompañaste a cada exposición de fotografía que quería ir, aprendimos juntos a revelar fotos. ¡Incluso me paso la Navidad en tu casa! Eres mejor amigo de lo que merezco, te lo debo. Además, será divertido.

—Está bien. Nada más no intentes propasarte conmigo.

—Trato hecho. —Guiña un ojo—. Entonces te veo después.

Tan pronto como apareció, se esfuma tras el rastro de la pelirroja y su amiga la castaña. Lo observo de lejos siempre que se acerca a ella con ganas de arrastrarlo de las orejas para que deje de molestarla.

Me pregunto cuándo va a darse cuenta de que tiene mucho más en común con la castaña que con la otra.

La lección del día de hoy es que no todo se trata de Fayna, de la biblioteca y las notas. Y eso está bien.

27. Do y re

Nori se ha convertido en fantasma. Ahora es un susurro en mi oído con la voz que le he inventado. No creo que su voz sea un do o un re, al igual que sus pasos. Más bien está en el medio, es un fa. Lo bastante grave como para hacerme temblar, pero lo bastante suave para acariciar mis mejillas.

Tengo un nuevo trabajo. Corrijo, *tenemos*. Desde hace siete semanas cambié las clases de ballet por seis horas con charolas de comida y trapos de cocina. No es el sueño de mi vida, pero es mucho mejor que las otras alternativas. Esto es temporal para conseguir algo duradero.

Al principio sobrevivimos lo bastante bien, claro, porque teníamos pagado el alquiler. Luego nos dimos cuenta de que un trabajo de cuatro horas no iba a ser suficiente. No sé si nuestra jefa, la señora Lucy, necesitaba en realidad que nos quedáramos ese tiempo extra o es demasiado buena persona.

Las joyas de cumpleaños al fin sirvieron para algo, es con eso que planeo pagar la colegiatura. La escuela es muchísimo más cara de lo que pensaba. Sueno justo como una chica rica y mimada que finalmente nota sus privilegios; siempre me di cuenta de ellos, pero como dice Michelle, lo pagaba con mi salud mental en lugar de con trabajo.

Cuando las horas aumentaron, las cosas se volvieron difíciles de manejar. La semana de mudanzas fue una locura. Buscábamos un apartamento que fuéramos capaces de pagar, no lo encontramos, aunque sí encontramos una especie de posada con otras estudiantes. Michelle y yo queríamos mantener nuestro espacio, la privacidad que conseguíamos al vivir solo las dos, pero ese es un lujo para el que aún no estamos preparadas.

La tía Marjorie se enteró de lo que pasó y me ofreció ayuda con la renta cada mes. Si las cosas continúan así, puede que para el próximo semestre un turno de cuatro horas sea suficiente para cubrir los gastos y ahorrar para no dejar que la deuda estudiantil se vaya al cielo.

Vivimos con Clarease, la señora de la biblioteca. Desconocía que ella rentara habitaciones de su casa, hasta hace unas semanas que le conté mis planes y ella me ofreció un cuarto. Tampoco sé si la tarifa que nos ofrece es la misma que a las demás y por si las dudas, no lo comento con las otras dos chicas que viven aquí.

La casa tiene cuatro habitaciones. Una para Michelle y yo, otra para nuestras dos compañeras, una para la señora Clarease, y la última la mantiene vacía para las visitas de su hijo cada dos semanas.

Es la casa más típica de una abuela que pude haber imaginado. Un mueble que sirve como vitrina de un montón de recuerdos de una vida: fotos de las graduaciones de sus hijos, luego sus bodas y el bautizo de sus nietos; recuerdos de viajes que solo acumulan polvo; adornos de mesa de bodas y bautizos. Las paredes decoradas con fotografías de su familia, fotos en blanco y negro de sus padres y otras de mala calidad que les tomaba a sus niños cuando aún lo eran.

El estambre es un cliché, Clarease ama leer y tejer, la he visto hacer las dos cosas al mismo tiempo. Y claro que también tiene un gato gordito que se recuesta en sus piernas mientras ve telenovelas por la noche.

No recuerdo el nombre de las chicas que viven en la otra habitación, pero el gato se llama Boris. Aunque Clarease siempre lo llama «güero» y el pobre gato apenas sabe que le hablas a él cuando lo haces por su nombre.

Por las noches, llego a cuestionarme si tomé la decisión correcta. Me siento sola como

nunca lo había hecho.

Michelle ya no es la dormilona que pasaba el tiempo en fiestas en busca del amor de su vida, y a pesar de que puede ser un buen cambio, no me alegra haberla orillado a ello. Suele estar agotada, con justas razones.

Pasamos menos tiempo haciendo las cosas que eran de nosotras: jugar cartas, hacernos peinados raros una a la otra y ver películas. Hasta extraño sus pésimas películas románticas. Extraño que me cuente de ese chico nuevo que conoció.

Lo cierto es que no hay tiempo o espacio para hacerlo, no estamos en una especie de paraíso donde la casa es toda nuestra y podemos reír a carcajadas los martes a la una de la mañana. Quiero pensar que es cuestión de tiempo, de adaptarnos y recuperarnos.

Mis padres no han hecho contacto conmigo desde que me avisaron del corte de las tarjetas, de la renta y la colegiatura. Me pregunto si volverán a hablarme alguna vez. El mes que viene es el cumpleaños de Isabella y solemos —o solíamos, no sé si todavía puedo considerarme parte de la familia— pasarla en casa de mi tía, la hermana de mi madre que sí le cae bien.

No estoy segura de si sería una mayor vergüenza explicar por qué su hija no está en la celebración, o llevarla. Espero que entonces me llamen pidiendo que me quede callada y finja que estudio enfermería como siempre lo he hecho. Lo peor es que creo que lo haría.

También me quedé sin tiempo para hablar con Nori. Mi turno de seis horas ahora se extiende hasta nuestra hora mágica en la esquina del universo. Clarease tiene un horario de llegada y otro de apagar las luces de las habitaciones. No intenta ser mandona, sino que se preocupa por nuestra salud. En sus palabras: «no le hace bien a las muchachas dormir después de las once, ni por muchachos, ni por tareas». Y el daño colateral resulta ser que no puedo seguir hablando con Nori como lo hacía antes.

De hecho, tengo veinte minutos. Veinte minutos bien calculados entre servir platos y hacer mi tarea. Sin embargo, escribir es un proceso más lento que hablar y apenas nos alcanzaría para un par de notas presurosas y poco profundas. No puedo imaginar nuestro tiempo juntos sin las charlas interminables que van de un tema a otro. Me parece casi un insulto ofrecerle solo veinte minutos.

Siento que ya no tengo a mi mejor amiga, tampoco tengo padres, ni chico de la biblioteca. Estoy sola.

Para Michelle hay otra solución: que nos encontremos entre clases, que me acompañe a casa y pase esos veinte minutos hablando conmigo «como dos personas normales». Pero todavía no estoy segura.

Tengo miedo de que no funcione. Hay tantas cosas que podrían salir mal si decido conocer a Nori, que he tenido que hacer una lista para no olvidarlas. Van desde tonterías, como que no le guste mi manía de masticar chicles; a cosas tontas, pero menos, como que se decepcione de mi apariencia; están las cosas probables por pura lógica, como que no sepamos convivir fuera de lo escrito; y cosas más profundas, que me asustan, como que ya no quiera ser mi chico de la biblioteca.

Temo que esto deje de ser novedoso, que se aburra de mí, que descubra que no soy tan interesante como pensaba. Me da miedo que sea un chico con un rostro tangible del que me enamoré, pero no funcionó.

Estoy demasiado cansada para recordar escribir notas sobre mi día y dejarlas para él con la bibliotecaria. Ahora Clarease custodia las pocas notas que hemos logrado intercambiar estas últimas semanas. Se convierte en la única persona que sabe quién es Fayna y Nori, con el poder de ver a ambos en persona todos los días. Suena muy mágico, cual puerta que conecta dos

universos.

Ahora voy a dejarle una nota, una farsa de nota que apenas tiene una frase o dos. Le digo que no me sucedió nada interesante, en parte porque es cierto, y en parte porque ayer mi cerebro decidió olvidarse de escribirle a Nori durante el día.

Por lo menos tengo un volante de clases de cocina que me dieron mientras caminaba a casa. Decido dárselo, con mi recomendación de que se inscriba. Mi intención es decir algo como: *cuando vi esto pensé en ti, no me he olvidado de ti, Nori*. También podría significar: *tú me apoyaste a seguir mis sueños, yo te apoyo en los tuyos*.

Noto que las clases son en parejas, casi a la misma hora en que solíamos vernos. Me siento egoísta porque una parte de mí no quiere entregar el papel, quiere que reserve esas horas libres para mí. Porque esas eran mías.

Dejo mi egoísmo a un lado, a esa hora trabajo y es inútil mantenerlo allí si no voy a estar con él. Dejo el volante, espero que pueda ir con su hermano y pasarla bien haciendo algo que le gusta. Aunque también me hace sentir bien la idea de que él piense en mí y me extrañe.

Me estoy volviendo loca.

—Hola. —Sonrío para saludar a la bibliotecaria mientras le deslizo el papelito.

—Hola, querida. ¿Cómo estás? Vives en mi casa y solo te veo cuando tú y la otra chica...

—Hace el intento por recordar— ¿Cómo se llama?, ¿la del cabello alborotado con mucho maquillaje?

—Michelle.

—Ella —dice como si estuviera a punto de recordarlo por su cuenta, lo cual es mentira—. Cuando tú y *Michelle* llegan con sus bonitos delantales. Trabajan demasiado, muchachas.

—No más de lo necesario. Y no tomamos más horas porque una amable mujer nos invita a la cena todas las noches.

—Aceptaré el cumplido. —Sonríe y se retoca el pelo.

Me río con ella y me dan ganas de abrazarla porque sin ella estaríamos perdidas. Luego miro el reloj, faltan veinte minutos para mi siguiente clase y me parece que es suficiente tiempo para darle una hojeada a los libros y considerar si me da la semana para leer alguno entre clases o por la noche. Me aparto de la fila para que una chica detrás de mí pueda pasar a sellar su tarjeta y me despedido momentáneamente de Clarease.

Curioseó con los títulos, tomo alguno que otro para leer su sinopsis y no me sorprende que todos suenen demasiado interesantes para dejarlos allí. Recorro las estanterías de ficción, con un aire de nostalgia por la primera vez que encontré a Nori entre las páginas. Acaricio los lomos de los ejemplares de *El gran Gatsby*, hasta que escucho algo.

Son pasos.

Las bibliotecas en general se caracterizan por ser silenciosas, al punto de que escuchas los murmullos y la caminata de cualquiera. Es decir, unos pasos no deberían tomarme por sorpresa, pero estos son un *tic tac* particular. Son como el tamborileo de unos dedos sobre la mesa, en un compás de do y re.

Y estoy segura de que se trata de Nori. Lo recuerdo de cada encuentro nocturno.

No puede ser.

Es una locura.

Se escuchan más cerca.

Si los pasos se dirigen hacia estos estantes, no habrá duda que se trata de él.

Me pongo nerviosa y miro al rincón cuando escucho que entra al pasillo. Debo lucir extraña con la cara clavada en la pared, temblando de miedo.

El ritmo baja, creo que en serio va a acercarse, hasta que dos segundos después, continúa su camino, no se detiene. Lo oigo un poco más, hasta que el sonido es muy distante y se distorsiona con el de los demás, otros chicos cuyo caminar no se parece nada al de Nori.

Caminaba como en busca de algo y por un momento me permito fantasear con que ese algo era yo. Me permito pensar en que Nori me extraña, que sigue esperándome y estaba paseando por aquí, por si de casualidad se cruzaba conmigo. Sin sentido, ¿por qué haría eso? No soy tan especial para que me busquen así.

Estoy decepcionada, me siento tonta por creer que reconocería a Nori por el compás en su caminar.

Mis ánimos bajan y los libros dejan de parecerme tan interesantes. Paso unos minutos más en ese pasillo, pero ya no consumo los veinte minutos como lo había planeado. Decido llevarme *El gran Gatsby*, aunque no sé si para releerlo por millonésima vez o solo para guardarlo como un recuerdo, un amuleto que me haga pensar que tengo un pedacito de Nori conmigo.

—¡Muchacha! —exclama Clarease al ver que soy la siguiente en la fila—. No sabía que seguías aquí. *Tu Nori* acaba de irse.

—¿Qué? —intento procesarlo. Ella continúa escaneando mi tarjeta para el préstamo con la mayor naturalidad. Claro, Clarease está acostumbrada a vernos a ambos, yo no.

—Sí —afirma, sonriente—. Recogió la nota y luego se fue por allá unos minutos. —Señala a la sala B. La sala de ficción, ¿en la que yo estaba!—. No tiene más de un minuto que se fue. —Me entrega el libro y la tarjeta de vuelta.

Salgo corriendo, no sé muy bien con qué propósito. Afuera hay un mar de gente, porque la biblioteca está en el pasillo más central de todos los pasillos centrales. Cierro los ojos, como si eso me ayudara a canalizar mi superpoder. Pero no logro distinguir sus pasos, no escucho el do, el re y el tamborileo de los dedos; se oye más como una orquesta sin director.

El sonido de sus pasos y el contorno de sus letras es lo único que tengo de él, lo único a lo que aferrarme.

Y por primera vez, no me parece suficiente.

28. Estrellas Michelin

Aunque en principio la palabra «pareja» no se refiere exclusivamente a dos personas en una relación romántica, parece que Adam y yo somos los únicos que lo han entendido así. En nuestro grupo no hay hijos con sus padres o amigos: solo novios y esposos.

Es una situación un poco rara, sobre todo por la forma en que siempre nos hemos llevado. Adam es de esos que les encanta crear situaciones incómodas y no le parece extraño abrazar o cargar a sus amigos, en este caso, a mí. La gente aquí nos mira como especulando, esperan a ver si nos besamos para adivinar qué tipo de relación tenemos.

Se trata de un curso de cuatro clases. Nuestra profesora nos explica que ha trabajado para los mejores chefs del mundo en una variedad de países. Habla de los logros de sus jefes como si fueran propios, presume de sus estrellas Michelin y dice que ha tomado lo mejor de cada uno para combinarlo en su propio estilo.

—Me pregunto entonces por qué no ha ganado nada ella —susurra Adam cerca de mi oído con la poca discreción que lo caracteriza. Me siento inclinado a regañarlo por su comentario, a pedirle que guarde silencio, pero lo cierto es que me preguntaba lo mismo.

No parece que la profesora vaya a ser de mi agrado y eso me hace creer de nuevo que quizá cometí un error al inscribirme. O bueno, a dejarme arrastrar hasta aquí con Adam.

Debería estar con Fayna ahora.

Las dudas crecen, me hacen querer salir de la cocina y volver a casa a escribir esa idea que lleva unas semanas rondando en mi cabeza. Y así de rápido como llegan, cualquier duda se disipa en cuanto dan la instrucción de comenzar a cocinar.

De repente, me siento en *mi lugar*. Dejo de escuchar el ruido de los demás participantes y mi cerebro se concentra en reconocer solo lo que viene de mi mesa. No sé en qué momento me vuelvo el jefe de Adam, no entiendo cuándo los roles se invierten entre nosotros y me vuelvo el extrovertido en esta conversación.

—¿Qué es eso?, ¿para qué sirve?, ¿dónde pongo esto?

Son las preguntas que Adam hace todo el rato.

—Es una manga pastelera, esas de allá son las boquillas y sirven para escudillar el pastel. Pongo en la alacena, Adam, ahora estamos haciendo crema de cebolla, no la necesitamos.

—A la orden. —Hace la típica de ponerse en firmes y colocarse la mano recta sobre la frente.

Intento centrarme al cien en mi estación de trabajo, pero las dudas de Adam son tantas que me acostumbro a admitir que cualquier pregunta entre en mi radar. Así es como escucho a los otros participantes intentando usar una flanera para poner un huevo duro, o a la pareja de enfrente preguntándose cuánto tiempo deberían dejar hervir la cebolla cruda y si «una cucharada» se refiere a una de las que usan para el café o «de las grandes».

La chef hace media hora nos dejó con una receta y un montón de utensilios que la mayoría no saben utilizar. Luego salió para fumar y no ha vuelto desde entonces.

Intento ignorar las voces a mi alrededor, pero no lo logro. Entonces, inspecciono rápidamente a mis compañeros de clase. Me encuentro con un completo desastre: tres parejas a punto de quemar la comida y otras dos que miden el agua con vasos en lugar de tazas medidoras. No me resisto más, dejo a Adam con las instrucciones más concisas y corro a ayudar al resto.

Simon me enseñó que la cocina es un arte ordenado, dijo que podías crear delicias que

evocaran sentimientos ocultos en las personas, pero que para hacerlo tenías que seguir los pasos. Dice que cocinar sin orden es como si alguien intentara escribir un cuento sin conocer las palabras.

Qué puedo decir, siempre he sido un tipo aburrido, de esos a los que le encanta seguir las reglas, que le gustan las matemáticas y no salen del salón cuando la profesora no está. Me gusta tener una serie de pasos que seguir y compartir con los demás lo que sé. Por eso no me molestan las mil preguntas de Adam, ni me deprimó por pasar al resto de la clase en rescate de otros platillos y olvido el mío por completo.

Adam hace lo que puede, pero intenta hacer un trabajo diseñado para dos personas con las instrucciones básicas que puedo darle entre una mesa y otra.

—La chef de las veinte estrellas no sabe enseñar. Tú hiciste su trabajo, deberían pagarte a ti por el curso —se queja de regreso a casa.

—Lamento haberte dejado solo.

—No te preocupes. Fuiste como un bombero preventivo, si es que eso existe. Evitaste que alguien incendiara la cocina y todos muriéramos. Eres el héroe del día. —Hace como que me pone una medalla imaginaria alrededor del cuello.

La clase siguiente transcurre más o menos de la misma manera, aunque esta vez logramos terminar dos de los cuatro platos solicitados. En la tercera clase hacemos tres platillos, aunque uno de ellos está medio quemado, por lo que diría que hicimos dos y medio.

Y en la cuarta clase veo a Adam con menos ánimos de lo habitual, ánimos demasiado bajos para alguien que lleva esperando a que sea el último día para «agradecerle como se debe a la chef de veinte estrellas todo lo que nos ha enseñado», es decir, reclamarle todo lo que se ha callado a petición mía.

—Voy a verificar que los señores Smith no piensen ponerle la lata entera de chipotles a esa sopa. ¿Estás bien si te dejo picando eso?

—Ajá.

—¿Y estás bien en general?, pareces algo deprimido.

—¿Alguna vez te has enamorado, amigo? No digo solo que te guste alguien, me refiero a ver a alguien y creer que es la persona correcta para ti, ¿sabes a lo que me refiero?—Me quedo mudo ante su pregunta, busco las palabras correctas, no sé si es buen momento para hablarle de Fayna, pero no quiero mentir. Antes de que me decida, él vuelve a hablar—: Olvídalo, no tiene sentido. —Se sacude la idea de enfrente y finge una sonrisa—. Ya te lo había preguntado y dijiste que no.

—Sí, lo he hecho —confieso.

—¿En verdad? —Parece que mi respuesta lo sorprende y quizá lo pone de buen humor—. No me habías contado.

—Es que es algo complicado. No estoy muy seguro de si lo entenderías o pensarías que me lo he inventado, que te estoy leyendo uno de mis cuentos.

—Debe ser muy mágico en ese caso. —Sonríe, ahora sí de verdad.

—Quizá sí. Aún no lo sé. —Ahora el que parece triste soy yo.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

No sé muy bien por qué nunca le he hablado a Adam, a mi tía, a Simon o a cualquier persona sobre Fayna. Araceli tiene los detalles sobre la superficie, pero no le conté más de lo necesario. Creo que Fayna parece un poco... como un tesoro escondido del que solo yo tengo el mapa, y mientras más personas sepan el secreto, más me arriesgo a que la encuentren antes que yo.

Poético pero ridículo. Una inseguridad estúpida.

Tengo frente a mí a mi mejor amigo. Ni siquiera recuerdo la primera vez que vi a Adam porque era tan pequeño que solo mi tía tiene el privilegio de haberlo guardado en su memoria de largo plazo. Y me siento tonto por no haberle contado antes, por no confiar en él como debería hacerlo.

Entonces le cuento todo.

Me toma un par de minutos resumir los eventos: notas, monumento, primer beso y lo de su trabajo. Intento limitar los detalles, por tiempo y por la privacidad de Fayna.

—Fayna suena a una chica increíble, muy de tu estilo.

—Supongo que sí. —Me rasco la nuca para bajar la cabeza y ocultar mi sonrisa, porque lo es—. Aunque sigues sin decirme a qué viene todo eso del enamoramiento.

—Ah —exclama como si hubiera olvidado por qué comenzó la conversación—. ¿Te acuerdas de la pelirroja?

—El amor de tu vida, claro.

—Aceptó salir conmigo, hoy. —También esconde sus emociones con la cabeza baja.

—¡Oye!, eso es genial, ¿no? —lo felicito con un golpecito en el hombro.

—Lo es. Es solo que pensaba en que quizá no era el amor de mi vida, ¿sabes?

—¿No salió bien la cita?

—Ajá.

—Quizá deberías empezar a ver a tu alrededor, ¿no crees? —insinúo.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, deberías ver al resto de las personas con las que pasas tiempo y que te gusta su compañía, más que con la pelirroja por la que llevas tanto tiempo clavado. —Como la chica castaña con la que se junta ella. Creo que puede entender la indirecta así.

—Sí amigo, me caes muy bien pero no eres mi tipo.

—¡No me refería a eso! Olvídalo.

Ya se dará cuenta después.

29. Orgullosa desastre

Una ola de confianza me inunda.

A veces sientes que tu vida se derrumba y lo único que puedes hacer es seguir el camino a través de los escombros.

Por momentos estaba segura de que terminaría por derrumbarme, que todo lo que había construido y mantenido por años se caería: Michelle, la relación con mis padres, las clases de pintura a las que ya no tengo tiempo de ir y Nori, Nori con sus declaraciones extravagantes y besos bajo la farola, o mejor dicho, *sobre* la farola.

Extraño un montón de cosas que nunca creí que tendría.

Entonces, una peluquería aparece frente a mis ojos. He pasado un montón de veces por enfrente, pero esta vez parece estarme llamando. El local está vacío, acabo de cobrar el sueldo de la semana y tengo treinta minutos libres ya que la clase acabó antes.

Me quiero reinventar. El lado amable de que mis padres cortaran toda comunicación conmigo es que al menos no podrán decirme que arruiné mi cabello.

¿Qué tan raro sería para la estilista cortarle el cabello alguien a que mantiene los ojos cerrados todo el rato? A una chica de veintitantos específicamente, que actúa como si fueran a cortarle la cabeza en lugar del cabello.

Cuando finalmente abro los ojos, me cuesta volver a acostumbrarme a la luz y todo parece borroso. El panorama se aclara, me encuentro allí: con treinta o treinta y cinco centímetros de cabello menos. Los restos de mi antiguo yo yacen en el suelo.

Creo que voy a volverme loca mientras por mi cabeza pasan miles de pensamientos: ¿Qué diría Isabella? ¿Es posible que vuelva al largo que tenía antes para su cumpleaños?, no, de ninguna manera. Y si me vieran así, ¿aún me recibirían de regreso?

Eso es mucho cabello, muchísimo. ¿Hace cuánto que quería hacer esto?

—Te voy a ser sincera —comenta la peluquera—. No tenía mucha confianza en un cambio tan drástico, pero te queda bien.

Preguntó si estaba segura una decena de veces antes de dar el primer tijeretazo, no quería que le echara la culpa de un corte terrible al abrir los ojos.

Mi antiguo cabello permanece en forma de trenza sobre la mesa. Otros mechones sueltos decoran el piso, hasta que la mujer barre con ellos.

—¿Decidiste si vas a donarlo o a venderlo?

—Donarlo. —Por alguna razón, la idea de recibir dinero por un cabello que jamás quise, no me gusta. Literalmente pagué para deshacerme de él.

Mis miedos se calman cuando recuerdo que no importa si a mis padres no les gusta esto. Si ellos pueden sacarme tan fácil de sus vidas cuando me niego a cumplir sus caprichos, no veo por qué debería seguirles obedeciendo.

La señora Clarease dice que le recuerdo a la sirenita luego de que diera su cabello por el príncipe, aunque estoy segura de que el cuento no era así. Su intención es decir que me queda bien. Aunque claro, le gustaba más cuando lo tenía como la sirenita *antes* de dárselo a la bruja del mar.

Michelle está contenta por mí, dice que estoy «cerrando ciclos» con mis padres.

—La ventaja es que igual ya no necesitaba de la técnica de perro mojado para despertarme —dice ella.

Le gusta más largo, como a todos, pero me apoya igual.

Después del trabajo me lleva a un pequeño bazar y llena una canasta con un montón de pasadores, ligas y diademas que no me permite rechazar. Le ruega a Clarease por una hora más antes del toque de queda nocturno, antes de tener que apagar la luz: en ese tiempo vemos dos capítulos de *How I Met Your Mother* mientras ella busca mil maneras de peinarme que seguro yo nunca aplicaré por mi cuenta.

Me gusta el cabello corto. No había tiempo para el tinte ese día, pero después de todo, el rojo no está tan mal. Creo que no odio el rojo, solo necesitaba sentir que soy yo la que decide cómo me veo. Mi cabello se siente mío, por fin. Se siente menos pesado, de forma literal y figurada.

La prueba definitiva de mi confianza viene ahora. Ahora, mientras Adam camina a mi lado y se introduce en la conversación como si lo hubieran invitado.

—Pelirroja, ¿qué le pasó a tu cabello? —comenta al tomar uno de mis mechones, lo recorre con los dedos y cuando el cabello se acaba, actúa como si cargara cabello imaginario en el aire. Logra que Michelle se ría, yo la miro reprobando su actitud y ella ahoga la risa dentro de su mano—, ¿al menos te pagaron?

Quizá no es algo tan malo, sé que solo intenta ser gracioso. Sin embargo... Punto número uno, acaba de decir lo mismo que mi padre me decía; y punto número dos, llega en un momento en que necesito explotar.

—¿Y a ti, Adam?, ¿te pagan por cada vez que vienes a pedirme una cita? Porque creo que a estas alturas deberías saber que te voy a decir que no.

Él intenta mantenerse relajado, reírse del comentario y restarle importancia. No se lo permito y continúo.

—Digo, debe ser la pedida número cien. No sé si estoy siendo lo suficientemente clara, Adam, pero no me gustas. No me gustas nada, en lo absoluto. No me estoy haciendo del rogar, no quiero que cada vez llegues con una propuesta más extravagante. No voy a aceptar una cita contigo, ni hoy, ni mañana, ni en una semana, o un año. ¿Puedes entender eso?

»No quiero que enumeres las razones por las que piensas que soy el amor de tu vida. Traté de ser amable y linda contigo todo este tiempo, pero me tienes harta. No soy el maldito amor de tu vida y tú serías la última persona con la que saldría.

A Adam se le congela el rostro, si pudiese ver debajo de su piel, juro que observaría su corazón estrujarse y esconderse detrás de los pulmones, dejándolo sin aliento.

Si tuviera que dibujar este momento, haría una imitación de esa pintura con un payaso triste. Sería a la acuarela, para representar que este sentimiento no le durará mucho, por más que parezca doler ahora.

—Vale. Lo entiendo —asiente, tiene cara de póker—. Perdóname, prometo no volver a molestarte.

Me excedí. O tal vez no.

Él se aleja como si nada, pero no, su cara lo delata.

Quiero ir tras él y decirle que no quise ser tan dura. Podría haber sido más amable, decirle que es un chico divertido y guapo, pero no es lo que yo quiero.

—Oye —llama Michelle—, hiciste bien. Fuiste amable cientos de veces, él necesitaba que se lo dijeras así para entenderlo. Le arrancaste el curita y eso es lo primero para que pase a otra cosa. Estará bien, yo hablaré con él al rato.

Tiene razón. Podría correr a decirle mil y una cosas, pero, en su mente, eso significaría que solo tuve un mal momento, que lo que acabo de decir es mentira y que mañana quizá esté de

mejor humor. No es bueno ni para él, ni para mí.

Es algo que debí decirle hace mucho mucho tiempo. Algo que, igual que cortarme el cabello, me planteé mil veces y jamás lo hice. Por una vez, quiero dejar de preocuparme por lo que los demás piensen, no dejar que ellos tomen *mis* decisiones.

Siento que mis miedos se van uno a uno.

Creo que mi vida está en su punto más desastroso, pero me parece todo lo contrario. Es un desastre del que estoy orgullosa, porque esta sí es *mi* vida.

30. Budín

Por lo regular, uno no tiene mucho que relatar sobre la noche: cierras los ojos y cuando los abres han pasado, con suerte, ocho horas de tu vida.

No suelo recordar mis sueños y aunque mi cabeza es muy activa la mayoría del tiempo, cuando toco la almohada todo se desvanece. Duermo siempre a la misma hora, apago mi teléfono una hora antes. Se llama higiene del sueño. Hago todo lo que se supone que tengo que hacer para tener una noche tranquila y la suelo tener.

Excepto hoy.

He escuchado cientos de veces a Michelle contarme las tramas que se inventó la noche anterior. Su cerebro sigue trabajando a pesar de que sea hora de dormir.

A ella le toma por lo menos treinta minutos dormir cada noche y en ese tiempo logra repasar toda su vida o inventarse una nueva. La ventana entre recostarse y dormirse es su tiempo de reflexionar el día entero. Últimamente, oigo los resortes de la cama crujir, y por el patrón de las vueltas en el colchón, casi puedo adivinar sus pensamientos.

Pero esta noche, Michelle está tranquila. Los resortes están apretados contra su cuerpo, no hay movimiento. Su cerebro solo se ocupa de ponerla a soñar con brincar los tejados, hasta que sus pies están tan lejos del suelo que puede ver las estrellas. Y esta noche, yo soy la que doy vueltas y pienso, tomo los ronquidos de Michelle como música de fondo.

No sé qué cambió. Sigo sin entender por qué no puedo dormir como lo hago siempre.

Todo comienza con una pregunta: ¿por qué no he conocido a Nori?

Y mi cabeza sigue y sigue, dando sus hipótesis, aunque la mayoría de las veces solo me da más preguntas.

Tienes miedo.

¿Miedo de qué?

De que se vaya. Tienes miedo de enamorarte y que rompa tu corazón.

¿Y es que no lo estoy ya? Creí que habíamos pasado eso del miedo a enamorarse hace mucho. Podría irse hoy, podría irse mañana o nunca. Podría haber tenido ya mi última charla con él. Nori podría morir atropellado mañana. Podría sufrir una terrible tragedia como tantas veces las ha descrito en sus historias.

Wow, Nori podría morir; o estar en el hospital; o perder la memoria, como en esa otra película. Y yo ni siquiera lo sabría.

No sé cuál es su nombre. ¿Nori tendrá un nombre lindo? ¿Nori es un nombre horrible que me gusta por costumbre? No, no, volvamos a la pregunta, ¿cuál era la pregunta?

¿Por qué no has conocido a Nori?

Cierto, ¿y por qué?

Tienes mucho trabajo, ni siquiera has podido hablar con él estos días.

Si existe una experta en magia soy yo. No puedo aparecer un conejo, pero sé sacar tiempo del sombrero.

¿De verdad no tienes tiempo o estás evitando algo?

La verdad es que tenemos un poco de tiempo muerto entre clases, en el camino al trabajo y quizá, también durante el almuerzo. Quizá y solo quizá, hay un par de horas de las que disponer en fin de semana, cuando Clarease deja que lleguemos más tarde.

Puede que, cuando sus notas no me parecieron suficiente, cuando me volvía loca por dar la

vuelta y abrazarlo, me diera cuenta del peligro y escapara con excusas.

Tal vez el tiempo no es suficiente. No puedes ir a conocer a tu vecino ofreciéndole migajas de galletas, tienes que llegar con las galletas perfectas, las recién horneadas.

¿Conoces el budín? —¿Por qué hablas en tercera persona si te estás hablando a ti misma?, ¿por qué me pregunto eso en tercera persona?—. Nori lo llevó una vez, y es exquisito. Es un postre hecho... de sobras. A la gente le sobraba pan y no tenían nada que desperdiciar, así que tomaron eso y lo convirtieron en algo nuevo.

¿Dices que dar migajas de tiempo no está mal porque él te dio migajas de verdad?

No, lo que yo digo es que...

La verdad no sé, hace un segundo tenía más sentido.

—Michelle —llamo pateando su cama y sus ronquidos me indican que no ha tenido efecto—. ¡Michelle! —Pateo más fuerte. Mejor la muevo a ella—. Ayúdame, no puedo dormir.

Por suerte, abre los ojos.

—¿Qué pasa? —refunfuña. No me mira.

—No puedo dormir —le cuento.

—Yo sí —gruñe y entra de nuevo en sus sábanas. Nada de lo que haga va a sacarla del refugio que acaba de crear.



Debo dejar de pensar. Solo hay que cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Lo has hecho cientos de veces.

Lo quiero.

Quiero los paseos de la mano, quiero las tardes de películas, los almuerzos en la cafetería barata, los besos en la frente. Incluso quiero las peleas, no muchas, no muy intensas, quiero que peleemos por cosas tontas, aunque no demasiado. No quiero drama, quizá aceptaría un poquito.

Lo que quiero es estar con él. De verdad lo quiero.

¿Y por qué no lo haces?

No puedo darle cara a la persona que toma mi mano o besa mis labios. Puedo darle nombre. Pero no es un nombre real.

¿Y si él no es real? La mayoría de los fines de semana Michelle dice que conoció a alguien tan perfecto para ella que no puede ser real. ¿Y si Nori no es real?

Es ridículo, él es real.

Todo de él es muy real para ser mentira.

Y a la vez, todo ha sido muy perfecto para ser real.

Allí está: me da miedo cruzar esa línea y descubrir que la perfección no es real.

Quizá Nori es un constructo de mi imaginación, una idealización del chico perfecto con el que puedo estar. Un chico anónimo, que me quiere, me comprende, me trata bien, nunca me aburre hablar con él y besa mis labios tan bien que quiero regalárselos.

A lo mejor ese Nori no es el de verdad. A lo mejor ese existe nada más en mi cabeza, pero si lo saco de allí, será otra persona.

O no.

Demonios, ¡ya ve a dormir!

Nunca he creído que la perfección exista o que es un estándar a seguir, eso es más cosa de mis padres.

¿Tengo miedo por mis padres?

Digo, si lo pienso, lo peor que puede pasar en un escenario amoroso es que viva como mis padres. O peor, morir así.

¿Y qué si me dejo llevar?, ¿qué si lo quiero tanto que me destruye y no sé cuándo parar?

Nori no haría eso. No a propósito. No, no lo haría. ¿O sí? No, claro que no.

Hay demasiadas formas de herir a alguien.

¿Y si yo lo lastimo a él?

¿Qué pasa si lo tengo frente a mí y toda la magia del velo del amor se desvanece tan rápido como llegó? Aunque en realidad no llegó tan rápido. ¿Hace cuánto tiempo que lo conozco? Un año más o menos, ¿por qué aún no *lo conozco*? En persona.

Volvamos en el tiempo: tenías miedo al amor —de nuevo, tercera persona. Para.

No al amor, más bien a su ausencia. Miedo al dolor.

Pero ¿no dicen los budistas que la vida es dolor y de alguna manera eso... está bien? Nunca me gustó meditar, dicen que debería ser relajante, pero a mí me vuelve loca.

Estar con Nori sí es relajante. Es como flotar y saber que nunca voy a hundirme.

Qué lindo sería nadar con él. No, no, él le tiene miedo al agua y yo no sé nadar tampoco.

Podríamos hacer tantas cosas juntos si tan solo...

Si mañana mismo le escribo una nota, voy directo al escritorio de Clarease y le digo: dale esta nota, es la última. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Corazones rotos, botes de helado de chocolate, llanto con riesgo de inundación. Perderlo todo, todo lo que pensaba tener. Odarlo. Odiarme. Amarlo. Amarlo de más. Amarlo de menos.

¿Y quién dijo que todas las historias terminan en un «felices para siempre»? ¿quién querría la eternidad cuando lo único que necesito es volver a besarlo y quedarme en ese momento? Pasar allí todo el tiempo que quiera, hasta que se sienta como la eternidad. Fundirme, guardarlo para siempre.

Pensar que podría tener cientos de momentos así: dignos de congelar el tiempo. De recordar, incluso si ya no estuviésemos juntos.

Desde que Nori está en mi vida siento que tengo más momentos dignos de recordar, más cosas que me hacen amar estar viva.

Lo quiero.

Lo quiero.

Lo quiero.

Y voy a hacerlo.

No.

Sí.

Sí. Voy a hacerlo.

Sí. Ya lo decidí.

Mañana dejaré una nota con Clarease.

Mañana conoceré a Nori.

Bien.

¿Era así de fácil?, podía haber hecho esto hace semanas, hace meses.

La cama cruje. Nunca había dado patadas de felicidad. Tengo la sensación de que la energía me invade e irradia todo a mi alrededor. La única manera que se me ocurre ahora mismo para sacarla, es con patadas al colchón.

Me encanta esta sensación, pero no a las 2:21 de la madrugada.
¿Así se siente ir a dormir sonriente?
¿Ahora sí me dejarás dormir, cerebro?

∞∞∞∞

Miro el reloj. Quince minutos y nada, son las 2:37 a.m.
Bien, aún no me dejas dormir, ¿ahora por qué?
Tengo otra idea: saquemos conclusiones. A mi cerebro le gustan las listas.
Ya no tengo miedo a enamorarme. No lo he tenido desde... desde que decidí que iba a amar
a Nori.
Mañana conoceré a Nori.
Dios, mañana conoceré a Nori.

31. Tras la máscara

La mujer que jamás se había interesado en dar clases, esa de la que quizá debería ser yo quien cobrara su sueldo, me escribió para decirme que estaba interesada en mi trabajo de cocina.

¿Qué?

Estuvo tan desatendida todo el curso que no me sorprendería que le hubiera escrito a un alumno al azar, a lo mejor debía escoger a alguien por simple agenda, alguno que destacara, y se acordaba del par de chicos que hacían pareja, pero decían no ser homosexuales. Aunque solo me llamó a mí.

—Dígame, ¿ha tomado algún curso antes de este?

—No. Aunque he aprendido de la observación. Mi hermano es chef.

—¿Y usted es...?

—Estudiante. De Derecho —aclaro casi en contra de mi voluntad. Ella me da una mirada de desaprobación, pero a la vez parece ser la respuesta que esperaba.

Me observa de pies a cabeza y arquea las cejas. Su desprecio por mí es evidente, ¿entonces por qué demonios me llama?

—Hay un amigo mío que está interesado en conocerlo, quiere que le cocine algo —admite por fin. Estoy seguro de que se sentía poderosa al guardar la información—. Él vino un par de veces en el transcurso de la clase, se fumaba un cigarro conmigo y los veía trabajar desde la ventanita de la puerta.

—¿Para qué quiere conocerme?

—No lo sé. Tendría que decirle si aún le interesa conocerlo, a pesar de que la *joven promesa* no estudia para chef, sino para abogado. —Ahora usa un tono condescendiente, casi poniendo comillas en su manera de nombrarme.

Acepto. Si es una broma, ¿qué podría perder?

Hay pocas cosas que sé de lo que pasará mañana.

Sé el lugar: un restaurante a unos veinte o treinta minutos en auto. Sé su nombre: Kane, a secas. Es relativamente reconocido en otros países, aunque sigue intentando ganarse la cultura local.

No logré averiguar qué voy a cocinar, cuánto tiempo estaré allí o por qué quiere verme con esa urgencia, como si su vida dependiera de ello. La situación es un poco de película, aunque no sé si es una de las que terminan bien o de las de terror.

Prefiero dejarme sorprender a crear expectativas inalcanzables. Supongo que estar con Fayna me ha hecho normalizar el encontrarme con personas de las que sé poco. No suena muy seguro igual.

Si él me ofreciera algo como una tutela para estudiar con él, si me hiciera creer que soy tan bueno para merecerlo, ¿sería correcto hacerlo considerando que llevo ya la mitad de mi carrera? Yo creo que no, quizá es ridículo pensar en dejarlo a estas alturas.

Adam es el más optimista. Está tan emocionado por mí que se autoasignó como chofer. Quedó en llevarme hasta allá y traerme de vuelta. Fue el único votante para tomar esa decisión y ganó por unanimidad.

Supone que en un par de meses estaré bajo la tutela de un chef reconocido que me llevará a la cima, y él dirá que si no se hubiera ofrecido a acompañarme al curso, nada de eso hubiera sucedido. Me gusta su optimismo, quizá debería contagiarme un poco de él.

Estoy en la biblioteca, acabo de recibir la nota de Fayna de las manos de una sonriente señora Clarease. No la he leído, quiero encontrar dónde poder escribir una de mis notas largas y así contarle lo de mi reunión con Kane. Llevo los audífonos puestos mientras recorro la biblioteca en busca de una mesa.

Es en ese momento que Adam aparece, agitado; parece que lleva un rato tras de mí.

—¿Qué pasa?

—Sé quién es Fayna —declara entre jadeos.

Espera, ¿qué?

—¿Cómo? —Parpadeo un par de veces para procesarlo.

—Sé quién es Fayna, sé quién es *tu Fayna*. Conozco la identidad de la chica detrás de la máscara.

No puede ser.

No puede saberlo.

Yo no sé quién es, ¿cómo puede saberlo él?

—Si es verdad, no quiero que me lo digas —adviento de inmediato, antes de que abra la boca de más—. Ella no quiere que sepa quién es, así que tienes prohibido pronunciar su nombre, señalarla o cualquier otra cosa.

—Está bien, no planeaba decírtelo. —Se encoge de hombros, claramente molesto porque sí quería decirme—. Por esa información, pagarías al menos la comida de un año o dos, preferiría sacarle provecho.

Pagaría la comida de diez años, de cien.

—Pero eso no es todo, en realidad no es nada. No es lo que venía a contarte —sigue—. Sé también lo que dice esa nota que llevas en las manos y... —Se estira, para arrebátarmela—. No puedes leerla.

—¿De qué hablas? Dame eso. —Quiero alcanzarla de vuelta, pero él mete la nota en el fondo de su bolsillo trasero.

Me pregunto qué tan extraño sería meter la mano en su pantalón para recuperar un papel. No parece buena idea, no en público, y creo que mucho menos en privado.

—Amigo, necesito que confíes en mí, una vez. ¿Puedes?

—Eso suena muy sospechoso. ¿De repente sabes quién es Fayna y dices que no debo leer algo de lo que me escribió?, ¿por qué tendría que hacerte caso?

—Porque soy tu mejor amigo —afirma, convencido de que es todo lo que necesito para ceder.

—Eso es chantaje barato.

—Bueno, hazlo porque sé más que tú. En este preciso instante tengo ventaja con la información, lo que me hace el más capaz para tomar una decisión.

—Lo que significa que leer la nota me pondría en el mismo nivel de información. ¿Qué quieres ocultarme?

—Por favor, ¿crees que haría algo malo para ti? —No es una pregunta, es una afirmación.

—No, no lo creo. Pero aun con buenas intenciones no eres conocido por ser la clase de persona a la que le salen las cosas bien. ¿No puedes decirme por qué no debo leer la nota y luego decido si tienes razón?

—Tengo razón. Y decirte *por qué* no leerla sería como si la leyeras. Necesitas confiar en mí, una vez y ya. Te prometo que te dejaré leerla hoy mismo, solo que más tarde.

—¿A qué hora? —Frunzo el ceño.

—Cuando te recoja de tu prueba con el chef famoso.

—¿Y me traerás a la biblioteca para dejar mi respuesta?

—Seré tu chofer personal el día entero si quieres. —Hace una reverencia servicial.

—Está bien. —Desisto de tomar la nota por la fuerza y agarro mi mochila—. Pero si la pierdes o la lees, vas a ser chofer muerto.

—Trato hecho.

32. Nori falso

Clarease toma la situación con más calma de lo que esperaba, parece que lo sabía antes que yo misma.

—No te preocupes por nada. Si no viene hoy por cualquier razón, estoy dispuesta a irlo a buscar por todo el campus, violar la confidencialidad y entregarla en la puerta de su casa.

—Dudo que sea necesario que arriesgues tu puesto de trabajo, Nori nunca falta. No puedes darle *spoilers*, Clarease. Por favor, no arruines la magia.

—Imposible. Ustedes son magia pura. —Me sonrío.

Mi mayor temor es arruinar la magia. La magia que tenemos juntos por el simple hecho de coexistir uno al lado del otro. Quiero un ambiente perfecto.

Te veo esta noche, a las 7:00 en punto. Lleva tu abrigo. Me gustaría verte.

Verte verte.

¿Y qué tal si Nori ya no quiere conocerme? Podría haber cambiado de opinión, podría tener miedo igual que yo. Habría que preguntarle antes. Pero ya es demasiado tarde, la nota ya está en manos de la guardiana.

Le conté el plan a Clarease cuando le entregué la nota, y ella logró tranquilizarme. Confía en mí y mi plan, a pesar de estar muy mal estructurado.

Hay todas las posibilidades de que salga mal, sin embargo, confío en que no será así.

Estoy lista a las siete, o quizá desde las seis, más bien, desde las cinco.

Cambié mi día de descanso, cosa que no le hizo nada bien a mi mente inquieta. La mejor decisión hubiera sido llegar con solo quince minutos de anticipación, pero no podía esperar. Estoy en nuestra esquina habitual sesenta y ocho minutos antes de lo que debería.

Los minutos transcurren lento y mi cerebro comienza a jugarme trucos de nuevo. Me hace daño no tener las manos ocupadas, hace que mi cabeza trabaje de más. Los hilos de mis pulseras se convierten en el vehículo de mi distracción.

Por un segundo, me pregunto si Nori rechazaría venir, y aunque sin duda es una posibilidad, es una tan insignificante, que no vale la pena tomarla en cuenta. Veo más probable que yo huya en los minutos que restan.

Por primera vez no quiero irme, no quiero escapar. Quiero ver a Nori.

Recuerdo la reacción de Michelle cuando le conté por qué no iría a trabajar hoy. Se emocionó tanto que apenas pude convencerla de no acompañarme, quería ser la madre entrometida con los binoculares detrás de un árbol. Solo lo dejó estar, ya que en el trabajo alguien tendría que cubrirme.

Ella no pensó lo mismo que yo, es decir, que puedo terminar con el corazón roto hoy mismo. Su filosofía en el amor dice: si van a romperme el corazón mejor que sea ahora. Y quizá debería empezar a ser un poco más como ella.

No me atrevo a conocer a nadie o dejar que cualquier persona entre a mi corazón. He construido una burbuja para protegerme y ahora quiero salir de allí tomada de la mano de él.

Bien, bien. Ahora que terminé mi charla filosófica, puedo permitirme pensar como una persona más normal. Quiero imaginar la apariencia de Nori.

¿Tengo una especie de tipo ideal con el cual compararlo cuando lo vea?

En mi cabeza, Nori es como una pintura abstracta. Es como un vitral de pequeños cristales de colores que resplandece. No interesa mucho su apariencia, sino la luz de colores con la que ilumina la habitación. Es borroso, no tiene forma. Me transmite calidez.

A él no lo pintaría, a él le haría un vitral o una escultura para apreciar cada ángulo. ¿Será que se deja usar como modelo? A lo mejor tendré por primera vez un modelo de carne y hueso para aprender anatomía. Podría hacer un molde de sus manos en arcilla.

Vale, vale, tranquila.

Estoy segura de que él ha registrado cada pequeño detalle de lo que sabe de mí cuando nos besamos a ojos cerrados. En cambio, yo he borrado de mi mente los detalles visuales que podría adivinar. He tocado sus manos, pero no recuerdo si sus dedos eran largos, si su piel era áspera o si estaba cubierto de vello.

Lo único que sé de él con certeza es cómo se escucha al caminar: Do y re.

Intento hacer una imagen mental de cómo podría lucir: cabello negro, castaño o rubio. Ojalá que no sea pelirrojo, la gente creerá que somos hermanos o algo así. Lacio, de rizos, con afro. Su cabello puede ser largo, incluso más que el mío. Podría incluso estar rapado o ser calvo prematuro.

Su piel quizá es oscura, canela, blanco como un fantasma. Me concentro un buen rato en sus ojos, pruebo con todos los tonos. Lo imagino con pecas, con un montón de verrugas, con lunares, vitíligo. Me imagino las arrugas en su frente o las cicatrices que bordean su cuerpo.

Formo un collage de rostros y formas de cuerpo. Un millón de universos alternos. Y mi conclusión es que, en cada uno de ellos, lo sigo queriendo.

Querer conocerlo no se limita a querer saber cómo luce, diría que es lo que menos me interesa. Creo que hago esto porque descubrí que mi vida ya no es un desastre, que no estoy arrastrando a Nori conmigo y mis problemas. Me gusta mi vida como la llevo ahora, porque es la que yo forjé. Y me siento tranquila de tomarlo de la mano y llevarlo conmigo al mundo real donde habito.

Espero que me quieras aún, que no dejes de quererme.

Que no odies mi nuevo corte de cabello. Que no te fijas en que soy pelirroja. Que no creas que mi piel de fantasma es rara. Que no te fijas en las pecas o la cicatriz de mi rodilla. Que no pienses que mi ropa es infantil. Que mi voz no sea un chirrido para tus oídos. Que al pasar más tiempo conmigo, no pienses que soy aburrida.

No quiero que supongas que soy perfecta. Prefiero que notes mis ojeras, mis uñas siempre mal pintadas, las estrías en mis piernas cuando uso shorts. Adam y otros chicos suelen decir que soy perfecta y no lo soy: soy humana, soy real.

Quiero que me veas bien.

Que me quieras como soy, porque eres la única persona a la que quiero mostrarle todo de mí.

Y estoy segura de que lo harás, por eso estoy aquí.

Me siento preparada para todo, excepto para la persona que se presenta frente a mí veintidós minutos antes de las siete.

Mis sentidos comienzan a tensarse al escuchar pasos. Camina en círculos a la lejanía y luego se acerca. Paso a paso, con mucha paciencia. No son firmes, más bien inseguros, hay duda en ellos.

—¿Fayna? —Una voz familiar. Apenas audible, pero nadie puede pronunciar ese nombre por accidente.

Vuelvo la mirada mientras me invade una presión en el pecho. Espero que no sea la persona que creo que es.

No, no, no.

—¿Adam? —Lo veo frente a mí. Es él, con la misma cara de sorpresa que yo.

—Por Dios —exclama, sus ojos van a salirse de la cara—. Pues... eres tú —balbucea—. Lo siento, aún no puedo... asimilar que estás aquí y que eres ella.

Adam se tumba a mi lado. Tiene una cara de espanto terrible, como si hubiera visto a un fantasma. Le toma tiempo volver a hablar y yo tampoco sé qué decir. ¿Qué demonios hace Adam aquí?

—Bueno... —Se dispone a continuar—. No, espera. Necesito un minuto más.

—Está bien.

Miro al frente, me pierdo en la ciudad. Grito por dentro, pero mi cara es digna de una partida de póker en el que aposté todo mi patrimonio. Intento no revelar que tengo el peor juego de la historia en la última ronda.

Aunque debería tener miles de preguntas en este momento, mi cerebro no puede procesarlas y se queda con una sola: ¿qué hace él aquí? A veces para responder algo lo puedes dividir en otras preguntas más sencillas de responder. Logro reponerme antes de que él lo haga, y comienzo a hacer las preguntas pequeñas.

—Adam...

—Sí.

—¿Tú eres Nori?

—Oh —suspira, riendo. Mira hacia el cielo. ¡Responde ya, maldita sea!—. No, claro que no soy Nori.

Suspiro aliviada.

Creía saber la respuesta, pero necesitaba escucharlo. Bien, entonces no está aquí para hacerse pasar por Nori. Bien.

—Lo siento. Acabo de hacerte pasar el susto de tu vida, ¿verdad? —Me mira ahora sí, con su típica sonrisa. Hoy no me parece tan desagradable, solo es un chico y ya, uno que no se está haciendo pasar por Nori. Sigo sin saber qué hace aquí entonces.

—Solo un poco —confieso y él ríe. Observo el vaho que sale de sus labios—. Bueno, no tanto. Lo primero que pensé es que te hacías pasar por él.

—¿Y cómo estabas tan segura de que no era él?

—Es un poco raro, pero... no caminas como él. Te escuché caminar hasta aquí y tus pasos son más como un pesado tambor. —Adam me mira extrañado. Yo sonrío porque debo sonar como una loca—. El punto es que sabía que no eras tú. Digo, él.

Adam se queda a mi lado, absorto en sus pensamientos. No digo nada, porque también sigo maquinando la situación. Ambos miramos a la ciudad, a la nada. ¿Cómo se enteró, entonces?

—Lo pensé —reflexiona. Yo lo veo, pero él a mí no. Está con la mirada clavada en su muñeca, parece avergonzado—. Consideré hacerme pasar por él, como por medio segundo. La parte estúpida de mi mente se imaginó en su lugar.

»Digo, todo lo que pedía contigo era una oportunidad y parecía que se me estaba ofreciendo en charola de plata, ¿sabes? La chica de la cual llevo años enganchado, está enamorada de un chico que no conoce físicamente y del cual podría apropiarme. Enamorarla, de mí. Sonaba muy... perfecto.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Tal vez la confesión de Adam debería tenerme molesta, pero creo que lo entiendo, su

tentación es humana. Además, parece tan avergonzado de haberlo considerado, que me da ternura.

—Porque tengo cerebro, aunque a veces no lo parezca. —Ríe para sí mismo—. Digo, a cualquier persona con medio cerebro le toma medio segundo darse cuenta de que es una idea terrible. Probablemente seguiré pensando en ti por un tiempo. Solo un tiempo, al final se pasará.

»También sé que merezco a alguien que me quiera *a mí*. No puedo suplantar a *tu Nori*. No soy él, ni quiero serlo. Nada en contra de él, gran sujeto. Pero ni siquiera me le parezco.

»No es a mí a quien quieres. Incluso si no estuvieras enamorada de nadie, eso no significa que te fijarías en mí, ¿cierto? —Me observa esperando una respuesta, yo no contesto con la voz, mi rostro se encarga. Él asiente como resignándose finalmente—. Ya lo entendí. Perdóname por haber sido un imbécil, te prometo que trabajaré para no volver a portarme así con nadie más.

Un silencio. No sé qué responder. A Adam le incomoda el silencio así que sigue hablando.

—Además, Bryce es mi mejor amigo, no puedo hacerle eso.

Bryce.

Adam vuelve a mirarme y se da cuenta de su error.

—Mierda. No sabías su nombre, ¿cierto? —Se da una palmada en la frente, horrorizado con su propia estupidez.

—No.

—¡Mierda! —Se levanta de un salto, y se rasca la cabeza con fuerza—. Acabo de arruinar todo, ¿verdad? No me respondas. —Me detiene apenas abro la boca—. Sé que sí, lo veo en tu cara. Lo arruiné.

—¿Él sabe cómo me llamo yo? —pregunto temerosa.

—No, no lo sabe. Cuando le dije que sabía quién eras, me respondió que no quería saberlo, solo porque tú no lo habías aprobado.

Sí, suena a Nori.

—¿Y cómo te enteraste?

—Te vi hablando con la señora de la biblioteca. Bryce ya me había contado de ti, aunque claro que sin saber que su Fayna era mi pelirroja. Perdón, no debo decirte así, necesito acostumbrarme. Sin saber que Fayna eras tú —corrige—. Y bueno, sumé dos más dos. Te digo, no suelo ser tan estúpido.

—Entonces... Nori es ese chico con el que estás siempre.

—Lo arruiné de nuevo. —Da vueltas y vuelve a apretarse la cabeza—. Creo que debería callarme.

—Estoy de acuerdo con eso. Pero antes, una última cosa, ¿qué haces aquí?

—¡Oh, cierto! —Mira su reloj, luego el teléfono—. Es tarde. Bryce está haciendo algo para cumplir sus sueños. Aún no sabe que van a verse, no le dejé leer la nota. Ya sé que suena mal, pero es lo mejor. Si lo dejaba leerla, no iba a asistir por miedo de llegar tarde.

»Tengo que recogerlo, estará aquí en... quince minutos, no más, lo juro. Conduciré como Toretto y estará contigo a tiempo, lo prometo. Vine porque necesitaba decirte que quizá Bryce llegue un par de minutos tarde y que no te vayas. ¿Me prometes que vas a quedarte? No dejes que mis tonterías les arruinen la noche.

—Lo prometo.

—Bien. No te muevas de aquí, prometo que no me verás de nuevo hoy.

—Eso espero. —Le sonrío. Él me devuelve la sonrisa una vez que supera el insulto. Se despidió con los dos dedos sobre la frente, su típico saludo de militar.

Cuando el Nori falso se va, solo me queda esperar a que el verdadero aparezca.

33. Siete

Mi parte favorita de trabajar con el chef Kane es la libertad que decide darme apenas pongo un pie en la cocina. Tengo frente a mí una alacena con más ingredientes de los que he visto jamás y el reto de combinarlos para crear algo. En sus especificaciones está: usar un ingrediente que nunca hubiera empleado y generar algo inspirador.

No me informó de su propósito, apenas me saludó y me dio instrucciones. Me trató como si estuviera en mi primer día de trabajo, como si ya supiera qué hago aquí. La verdad es que no me importa la razón, mi mente se concentra en los ingredientes y las posibilidades.

Trufa negra, demasiado costosa para ponerla alguna vez en los platillos que preparo en mi propio hogar.

Pienso en el color, lo que de inmediato me lleva a Fayna, a sus cuadros coloridos. Fayna es color, pero su color favorito es el negro. Eso me lleva al cuadro de tinta china que me regaló y tengo colgado en mi pared.

Quiero hacer algo muy Fayna.

Extiendo mi espacio en la mesa lo más que puedo y busco el recipiente plano más grande. Encuentro una especie de charola que usan para poner los platillos, es lo bastante grande, blanca, como de porcelana.

No hay reglas, ni límite de tiempo, ni nada. Y sobre todo, no tengo que pagar lo que consume. Puedo dejar que mi lado creativo fluya.

Recuerdo lo que Fayna hablaba sobre impasto, esa técnica de ir tirando pintura y amasarla a ver qué queda. Preparo una salsa de frambuesa dulce y una de mango picante, las utilizo como si fuera pintura sobre un lienzo, que es la charola de porcelana. Al inicio no sé muy bien por dónde estoy botando la pintura y si eso tiene algún sentido, pero luego comienza a tenerlo.

Luego, preparo tres platillos de color negro. Uno que me guste a mí, otro a mi hermano y el último a Fayna.

Lo primero es un *cheesecake*, que es mi platillo estrella porque es mi favorito, lo preparo de chocolate con un toque de nuez. Cabe en uno de los platos pequeños de la cocina. Tiene una capa de chocolate oscuro encima; ganache de frambuesa para la acidez, le da un toque de color por dentro; y sabor a cocoa con trocitos de nuez incorporados. Lo pongo en la orilla más lejana.

Luego, está la cosa refinada, de esas que le gusta a mi hermano porque lo vio en algún programa de televisión. En este caso preparo un ravioli con trufa negra. Consiste en un ravioli de pasta, relleno de trufa, combinado con mantequilla y queso parmesano. El platillo favorito de Simon cuando quiere alardear.

Y por último, aparece ella, con su platillo favorito que siempre ha sido el espagueti. Me contó que le gustaba porque en Navidad nunca la dejan escoger el platillo principal, así que las guarniciones son su favorito. Hoy el espagueti es mi plato principal.

Lo preparo con pasta color negro, obvio. Se acompaña con langostinos y unas setas que son costosas y solo he visto su preparación en televisión y videos de YouTube. Por encima, una salsa blanca con cebolla, cilantro y jengibre.

Termina siendo una especie de cuadro con colores brillantes que contrastan con los tres platillos principales colocados en él. El de Fayna por en medio, el de Simon arriba en la esquina izquierda y el mío al final.

Cuando le digo al chef que terminé, me siento agotado. Este es el platillo más hermoso que

he hecho. Me demuestra lo que soy capaz de hacer con un poco de presupuesto.

Aunque mi antigua profesora no lo ve con mucho cariño.

—Parece hecho por un niño —exclama, horrorizada.

—Gracias —respondo restando su comentario.

—¿Estás orgulloso de eso?

—La verdad, sí. Siempre dicen que los niños son los más creativos porque no tienen límites en su imaginación, entonces lo tomaré como un halago a pesar de que no parece ser su intención.

El chef Kane no habla, tampoco su mirada revela nada. Toma el primero de los platillos, parece entender el orden. Va probando de uno en uno sin emitir ni un sonido. A la profesora le gana la curiosidad y se digna a probar alguno. Su cara sí revela cosas, me dice que le gusta, pero no va a admitirlo.

—El sabor es bueno, nada espectacular, pero bueno —explica él, una vez ha probado de todo—. La idea es interesante, creativa, como dices. Pero te falta perfeccionar muchos aspectos técnicos. Podrías por ejemplo haber sido más cuidadoso al poner los platos para que no se embarraran por debajo o colocar bien los langostinos. También podría mejorar la técnica que usaste con los langostinos o con las trufas, no tienen mucho sabor. Faltan condimentos que, me supongo, no sabías usar y por eso apenas tocaste la pared de especias. Y tus platillos no se llevan bien entre sí para servirse juntos.

—Entiendo —asiento e inclino la cabeza por instinto.

—Técnica. Eso es lo que te falta.

—Lo sé.

—Podrías aprender y ser realmente bueno, ¿por qué no vas a una escuela de cocina?

—Estoy estudiando otra carrera, señor.

—¿Abogado?

—En proceso, señor.

—Sabes suficiente para que te acepten en una escuela de chefs.

—Bueno, gracias.

—Podrías ir a una. —Arquea la ceja, cree que no lo entiendo.

—Si —afirmo, pero mis labios están apretados—. O podría no ir, lo que veo más probable.

—Podrías aprender conmigo, si quieres. —Hace esa sugerencia como si fuera cosa de nada, cuando sabe que lo es todo. No voy a caer en ese juego.

—Y supongo que por eso me ha llamado. —Me retiro la indumentaria, recojo mis cosas. El reloj de mi muñeca marca las 6:52—. Lo pensaré.

El chef no insiste. Supongo que esas escenas en las que te persiguen diciendo que no pueden dejar ir tu gran talento, son solo cosa de las películas.

—Le agradezco que me dejara cocinar aquí —digo con las palmas juntas y una reverencia—. Nunca había visto tantos ingredientes juntos. Tiene una cocina preciosa, espero no haberle estorbado al resto de sus chicos.

—No te preocupes, también pasaron por esto. Te ven más como su futuro compañero. Ya veremos qué opinan cuando vengan a probar esto. Y claro, según lo que decidas.

A decir verdad, noté sus susurros y creo haber escuchado una apuesta acerca de si me quedaría o no. Ganó el no.

—Bueno, gracias por la oportunidad. Prometo pensármelo.

—Bien.

Tomo la tarjeta que me ofrece antes de salir.

Me parece tonto dejar la carrera a estas alturas, no puedo hacerlo.

Salgo con más preguntas que respuestas. Veo a Adam estacionado afuera y entro al auto.

—Mi nota —pido estirando la mano apenas toco el asiento.

—Está bien, pero necesito pedirte dos, no —corrige—, tres cosas.

—Dime.

—La primera es que no me asesines luego de leerla. —Pone las manos frente a él.

—Veremos.

—Luego de que te abstengas de clavarme las llaves en el cuello, quiero que escuches lo que tenga que decirte.

—Soy bueno escuchando.

—Y la tercera es que no mires el reloj.

—¿Desde ahora o luego de leer? Porque el reloj de tu radio marca las siete y diez —lo señalo, acaba de pasar a las 7:11—, lo vi al entrar.

—Mierda. Entonces dejemos las dos primeras reglas.

—De acuerdo, solo dame la nota intacta y nadie saldrá herido.

Pone el papel en mis manos con delicadeza, como si fuera una bomba a punto de explotar. La tomo extrañado, él no me quita los ojos de encima y me pregunto si la ha leído.

La nota cae sobre mí y me sumerge en uno de esos momentos en que sientes que estás soñando. Escucho la voz lejana de Adam que intenta explicarme algo mientras trato de asimilar que Fayna quiere conocerme, que quiere verme, que está esperándome justo ahora.

Todo se detiene.

Es un sueño, uno muy bueno para ser real, muy malo para ser mentira, una mentira muy cruel de mi cerebro. ¿Estoy muerto y esto es una alucinación?

La confusión pronto se disipa y se convierte en felicidad, en una felicidad absoluta que me llena el pecho como si fuera a reventar.

Salgo de mi trance cuando recuerdo que son las siete y once. No, las siete y doce ya.

—¡Ya son más de las siete y estamos a kilómetros del lugar! —grito. Estoy molesto y Adam lo nota porque deja de hablar de inmediato— ¿Por qué no me diste la nota antes?

—Porque sabía que esto del chef era importante y si te dejaba que la leyeras no hubieras venido por miedo a llegar un solo minuto tarde.

—¡Es la razón más estúpida del mundo! Es obvio que prefiero ir con ella, ¿por qué decides tú qué debo hacer?

—¡Porque puedes hacer ambas cosas! —se defiende—. Pero tú eres de los que se pone solo un objetivo a la vez, no te gusta lidiar con más de una cosa. Te conozco.

—Maldita sea. —Quiero ahorcarlo, pongo las manos en posición, asfixio el aire frente a mí—. ¡Mejor conduce! Es en...

—Sé dónde es. —Arranca y efectivamente conduce en la dirección correcta—. No leí la nota, tranquilo, pero la escuché hablando con la bibliotecaria.

Menos mal. No ha interferido.

—¡Demonios, Adam! A veces haces las cosas más estúpidas. ¿Qué pasa si ya se fue?

—No te preocupes, ya fui a verla y le dije que llegarías tarde.

¿Que hizo qué?

No hace falta que diga que fue otra de sus terribles decisiones, lo ve en mi rostro y de inmediato se excusa.

—Vale, no te gustó eso. Perdona. —Un silencio, se respira mi furia—. Mira, de cualquier manera yo sé quién es. Además, tenía que hablar con ella.

—¿Haces el papel del papá sobreprotector de «qué intenciones tiene con mi hijo»?

—Si alguien tuviera que hacer ese papel contigo, ese sería yo. Aunque no, no se trata de eso. —No le respondo, abre la ventana como si quisiera que el aire se llevara mi molestia, o para tener a dónde escapar—. Oye, ¿recuerdas que te dije que la pelirroja me concedió una cita?

—Lo recuerdo —respondo aún de mal humor. No sé qué tiene que ver ella con Fayna, creo que solo intenta romper la tensión.

—Era mentira. Ella... me rechazó de nuevo y dijo que debería dejar de intentarlo.

Mi enojo se disipa por un momento cuando veo su rostro triste.

—Lo siento.

—Ya no me importa, tranquilo. —Le importa—. El punto es que era mentira. Es importante que lo sepas antes de que la veas.

Me quedo callado de nuevo intentando explicarme todo esto. ¿Por qué a Adam le parecería fundamental, precisamente en este momento que sepa que la pelirroja lo rechazó?

Oh no.

Y de un momento para el otro, el panorama da un giro de ciento ochenta grados.

Las respuestas que llevo tanto tiempo buscando, estuvieron todo el tiempo frente a mí.

—Fayna es la pelirroja, ¿verdad? —inquiero, aunque más bien busco una confirmación.

—Dije demasiado de nuevo, ¿cierto?

Eso es un sí.

Por Dios.

Sé quién es Fayna.

July, ese es su verdadero nombre. No podría olvidarlo cuando Adam lo menciona al menos tres veces al día.

July la pelirroja. Fayna mi chica de la biblioteca. Si son la misma persona, entonces... Fayna la pelirroja, July mi chica de la biblioteca.

Fayna daba vueltas alrededor de mi universo mucho antes de lo que imaginaba.

—Espera, ¿cómo que «de nuevo»?

—Sí, bueno... digamos y solo digamos, que le dije a *Fayna*... Quizá le dije cómo te llamabas. —Vuelvo a hervir de furia. Él no se atreve ni a mirarme—. Pero fue sin querer, lo juro.

Adam y sus explicaciones pueden esperar. El mundo entero tiene que tomarse un respiro y dejarme llegar a las siete con Fayna, aunque sea físicamente imposible. El universo tiene que crear un agujero temporal, una línea en la que llegue a tiempo. Y si eso no es posible, lo único que pido es que siga allí.

34. Ojos cerrados

Adam ha arruinado todas las sorpresas que la noche podría habernos preparado. Me pregunto qué hubiera sucedido, en el momento en que viera a Fayna y descubriera que se trata de la pelirroja. ¿Había pensado en mi mejor amigo o me olvidaría por completo de su existencia mientras ella estuviese conmigo?

Quizá fue mejor así, puede que me previniera de algo más grande, más escandaloso. «Le quitó la novia a su mejor amigo», dirían, aunque la afirmación no tuviera nada de cierto. Por fortuna, Adam lo sabía, sabía que era ridículo y se tomó el tiempo de dejarlo claro, de hacerme saber que él no creía que esto estuviera mal.

—No dejes que se vaya caminando sola a casa, ¿vale? —Es su último comentario antes de cerrar la puerta del auto.

No importa que ya sepa su nombre, que incluso haya escuchado cientos de cosas sobre ella a lo largo de los años. Fayna no es las cosas que Adam hablaba de July. *Fayna es July*. Es distinto. Conozco a Fayna y ahora me toca conocer a July.

A pesar de los tremendos *spoilers* que nos dio a ambos, estoy dispuesto a ignorarlos e iniciar como si nada.

Así que me siento en la esquina habitual, como si no supiera quién está al otro lado. Decido ignorar la información que tengo y descubrirlo por mí mismo.

Toc, toc. Perdón por la tardanza, ¿estará Fayna por allí?

Deslizo la nota con las manos temblorosas. ¿Y si se fue ya? El reloj corre en unos segundos eternos. Sin querer he aparecido media hora más tarde. Quizá está molesta, puede que ya ni siquiera le queden ganas de conocerme, tal vez...

—Aquí estoy.

Todo mi cuerpo se estremece al escuchar la voz más dulce del mundo.

Es la voz de Fayna. No es un sueño.

—Me propuse no acobardarme y excusarme con las notas. No traigo ni papel ni pluma. —
De nuevo su preciosa voz.

Mi cerebro reacciona a la situación, pero no parece estarle mandando señales a mi boca.

—Sé que eres tú, reconozco tus pasos. No puedes esconderte —insiste.

—No quiero esconderme. Es que... no sé qué decir o hacer —balbuceo—. ¿Debería voltear a verte y ya? Digo, es mi sueño hecho realidad, pero debe haber alguna manera de hacerlo más especial. La hay, estoy seguro. Pero no sé cuál, mi cerebro no funciona justo ahora, ¿sabes?

Y el resto de mi cuerpo tampoco, porque está temblando: nervios, emoción, no lo sé. Me convierto en una gelatina.

—Tengo una idea —anuncia. Su voz tiembla tanto como la mía, es casi un susurro.

—Qué bueno que eres la lista de esta revelación.

La imagino sonriendo. Me invade la idea de que en los próximos minutos dejaré de tener que imaginar sus sonrisas o sus gestos y se volverán reales.

—Voy a poner un cronómetro, ¿te parece? Solo cinco minutos. No quiero ser la mandona que te dice cuándo hay que conocernos, al menos no sin que tú también lo quieras... entonces, te daré cinco minutos por si quieres escapar.

—Tengo una mejor idea —la interrumpo.

—¿Cuál?

—Que dejes de pensar que quiero escapar de lo que es, probablemente, el momento que más he esperado desde que me escribiste por primera vez —digo. Ella no responde, pero como ahora está más a la orilla, alcanzo a ver que se frota el brazo, apenada—. Pondré el cronómetro, cinco minutos. Cerraré los ojos y no voy a abrirlos hasta que se acabe el tiempo, lo prometo. Tienes cinco minutos por si quieres irte, de verdad lo entendería. O quizá me ves y te parezco tan espantoso que prefieres irte, también lo entenderé. Pero si no, cuando abra los ojos, estarás allí, frente a mí. ¿Está bien?

—De acuerdo —murmura.

—Fayna...

—Dime.

—No estás haciendo esto por qué crees que se va a arruinar si no accedes, ¿verdad?

—En realidad, creo que es probable que se arruine si lo hago —me confiesa, su voz es más suave—, si nos vemos y resulta que no te gusta.

—No será así. No quiero que hagas esto por miedo.

—Lo hago porque estoy lista para integrarte a mi vida, mi vida diaria. Sé que parece un caos, pero no lo es. Quiero invitarte a venir conmigo, ¿tú quieres que entre a tu vida también?

—Llevas siendo la parte más importante de mi vida más de un año, Fayna.

Ella no habla. Juraría que sonríe, debe haberse sonrojado. Necesito verla así, necesito seguir coqueteando y ver cómo le apena.

—Cursi —suelta después de un rato.

—Ese soy yo. —Me encojo de hombros, aunque no pueda verme.

—Pon el cronómetro —pide.

—Voy —coloco el tiempo indicado en el teléfono y lo dejo en la esquina—. Lo dejo aquí, para que puedas verlo también. —Espero que ella no note que mis manos tiemblan cuando pulso iniciar—. Bien, cerraré los ojos ahora.

Los cierro, al inicio con mucha fuerza, luego más relajado. Quizá ella está frente a mí, su primera impresión de mí será con la cara arrugada.

Si Fayna decide que prefiere no conocerme, que no se siente lista o que no quiere estar conmigo: ignoraría que sé que es July, si ella decide ignorar que sabe que soy Bryce. Estaría dispuesto a empezar de cero, a conquistarla como Bryce y amarla como July. Pero si está frente a mí la amaría como Fayna, como July o con la identidad que decida inventarse.

La amaría en un instante, tal como lo he hecho hasta ahora.

Desde el principio, uno de mis dedos se pone rebelde y se mueve para contar los segundos. ¿Y si Fayna se va y alguien se roba mi teléfono? Pasaría horas con los ojos cerrados esperando. Demasiado tarde para pensar una mejor idea.

Solo tengo que seguir contando. Según mis cálculos ha pasado poco más de un minuto.

Ochenta y siete.

Ochenta y ocho.

Ochenta y nueve.

De repente, escucho unos pasos demasiado cercanos. Y sin previo aviso, un peso sobre mis piernas estiradas en el pavimento. Fayna está sentada frente a mí. Sobre mí, a la altura de mis rodillas. La impresión casi me hace abrir los ojos. Entonces siento una mano que los tapa.

—Hace un tiempo me pediste que te dijera que no iba a irme. —Su voz es aún más dulce cuando está tan cerca.

Y que me amabas, añadido mentalmente.

—Te prometo que no me iré, no lo hice entonces, no lo haré ahora. Aun así, deja tus ojos cerrados hasta que suene el cronómetro y no cuentes el tiempo con los dedos.

Me detengo de inmediato y sonrío por la vergüenza al ser tan obvio.

—Yo solo estaré aquí, cuidándote, ¿bien?

—Bien —asiento y aprieto los labios.

El esfuerzo por hacer justo lo que me pide que no haga es gigantesco. ¿Cómo se supone que me mantenga controlado cuando ella está justo frente a mí y los segundos pasan tan lento? Siento que han pasado cinco minutos, que han pasado diez, quizá horas.

El tiempo cuando Fayna está subida en mis piernas es más largo que el normal. Acabo de comprobar que la teoría de la relatividad es cierta.

De un momento al otro, dejo de pensar en todo. Fayna está más cerca de mí, muy cerca. Su nariz roza mi mejilla. Inhalo su aliento. Mi boca se mueve instintivamente buscando la suya. Ella se aleja. Como siempre, voy muy rápido, parezco desesperado.

Y sí, estoy desesperado. Desesperado por besarla justo ahora.

Debo calmarme.

O no, porque casi de inmediato ella desaparece los milímetros entre sus labios y los míos. Me besa. Me besa con sus dulces labios con el sabor del maldito cielo, y yo respondo sin pensarlo.

Este beso es diferente, no solo por todo lo que le rodea, sino también porque ella toma mi cara entre sus manos. La mano que tenía cubriéndome los ojos, ahora acaricia mi mejilla; la otra viaja desde mi hombro hasta la mano. Entrelazamos nuestros dedos. Es la primera vez que pongo mi mano en su rostro y acaricio su mejilla.

Uso mi nueva libertad de moverme por sobre su piel para explorar todo lo que puedo. Toco las puntas de su cabello. Acaricio el borde de sus labios y le tomo de la barbilla porque necesito que me bese todavía más. Le bordeo la cintura con las manos y entonces...

Escucho la alarma, el temporizador se acaba de detener. Es mi señal para abrir los ojos. Tanteo el teléfono guiado por el sonido y aprieto la tecla de bloqueo para apagarlo.

Al tiempo que Fayna se aleja unos centímetros, abro los ojos. La descubro mientras separa sus párpados despacio, con la boca entreabierta aún saboreando la mía. Abro los ojos por completo para descubrir a la chica de la biblioteca frente a mí.

Mantengo la mirada fija en ella, en cada detalle, quizá demasiado tiempo.

La veo con su cabello rojo y corto. Su cabello es de un rojo intenso con un corte que no había notado antes. Luego noto sus ojeras por trabajar demasiado, después sus uñas que pretendían ser naranjas, aunque solo la mitad conservan el esmalte.

Es raro, pero me alegro de que Fayna no sea el sinónimo de perfección, es una señal de que es humana y no una invención de mi cerebro. Aun con eso sigue siendo todo lo que deseo.

Aunque su blusa: su blusa de colores con los hombros descubiertos, esa sí que es perfecta. Una especie de suéter holgado. Está tejida de rosa, amarillo, violeta y verde, la hacen parecer una pintura. No puedo pensar en una ropa más a la medida de ella, no hay otra que represente mejor su esencia.

Me pregunto si estoy viendo a Fayna tal y como es. Dicen que uno ve a las personas que quiere con «ojos de amor», que las ve más lindas de lo que son en realidad. ¿Fayna será de verdad la mujer más hermosa del universo conocido y desconocido, o es mi amor ciego el que la ve así?

—Hola —decimos al unísono.

Ella baja la cabeza y sonríe para sí misma. Dios, es preciosa.

—Lo siento, por lo regular no soy así de lento. Creo que mi cerebro justo ahora está reorganizándose por completo para poner en máxima prioridad el sonido de tu voz. Va a ocupar todo el espacio de almacenamiento que estaba destinado para las recetas de cocina. Ahora eres el archivo más inolvidable en todo mi sistema.

Fayna ríe, esta vez su risa es audible, esta vez no mira hacia abajo, sino que me mira y me muestra sus dientes: señal de una sonrisa sincera.

—Oh no. Olvídalo. Tu sonrisa. Ese será el recuerdo más indeleble en mi memoria.

—Te amo —responde.

Lo dice tan natural, como si lo dijera todos los días mirándome a los ojos.

—¿Pretendes volver loco a mi cerebro? Porque lo estás consiguiendo. Debo elegir si será de mayor prioridad tu sonrisa o tus labios diciendo que me amas.

—No te costará mucho recordarlo si te lo digo más seguido —declara inclinándose hacia mí.

Por dentro estoy cubriendo mi rostro y gritando de la emoción.

—Ahora tendrás que decirlo todos los días o mi cabeza explotará —advierdo y la rodeo con los brazos por la cintura, entrelazo mis dedos detrás de su espalda.

Me acerco a su cara. Juego con la distancia entre sus labios y los míos a la espera de otro beso. Recorro con mis dedos su piel con tanta naturalidad que me sorprende.

Por un momento pensé que las cosas podían ponerse raras entre nosotros cuando nos viéramos en persona. Creí que había que conocernos de nuevo, que todo sería un poco extraño mientras tanto.

Tonterías. Ya conozco a Fayna. Y si conozco a Fayna, conozco a July, la conozco a ella. La quiero y ella me quiere a mí. ¿Por qué habría de ser extraño algo que llevamos meses construyendo sobre el papel?

—Te amo.

Su sonrisa me devuelve mi *te amo*.

Quizá guardaré bajo llave su sonrisa de dientes al aire, es mi nuevo favorito de la vida.

Esa es mi señal para besarla de nuevo, a ojos cerrados. Ahora quiero concentrarme en sus labios, en su aliento, en sus mejillas y su mano entrelazada con la mía.

—¿Qué hacemos ahora? —dice ella entre un beso y otro.

—No lo sé. —Beso—. ¿Qué quieres hacer? —Otro beso.

—No lo sé. —Un besito más—. Dime tú. —Un beso ahora más largo—. Ya, ya, no podemos pasar toda la noche así.

Difiero.

Baja de mi regazo y se sienta a mi lado, recarga su cabeza en mi hombro y luego pasa el brazo a mi alrededor, como si el contacto no fuera suficiente.

—Pensaba preguntar tu nombre, pero... —retoma ella.

—Sí, me dijo.

—Quiere decir que también sabes el mío.

—Sí. Lo siento.

—No importa. No fue culpa tuya.

En su cara veo que sí que le importa, no está molesta, más bien decepcionada, triste. Necesito encontrar la forma de arreglar esto.

—Pues... mira, sé que Adam nos arruinó un poco... todo, a ambos. Pero qué te parece si borramos lo que él dijo. —Uno las manos en el aire y luego las expando, como una explosión—.

Como por arte de magia. Podemos dar un paseo e iniciar de nuevo. ¿Quieres?

Por favor di que sí.

—¿Sabes algo? —Mira al frente, distraída—. De repente me siento muy olvidadiza, ¿cuál era tu nombre?

¿Puedes dejar de enamorarme por tan solo cinco minutos?

—Bryce. ¿Y el tuyo?

—July.

—Bien, July, ¿me acompañas a dar un paseo? —Ofrezco mi mano en el aire y ella la toma con una sonrisa.

35. De estrellas a nubes

Al fin me permito recordar cada detalle de Nori, y me doy cuenta de muchas cosas. Ahora sé que tiene un aroma hipnótico. Es raro que me parezca tan específico, pero su olor me recuerda a la ropa recién lavada que has dejado por mucho tiempo en el sol. Muy raro que algo así me mantenga queriendo inhalarlo todo el rato.

Nori ya era mi vitral abstracto, hoy me dedico a llenar los cristales de detalles. De los detalles que siento en su piel al recorrerla con mis manos mientras nos besamos. Su rostro recién rasurado que da esa textura rasposa. Me dedico un buen rato a sentir los huecos entre los vellos recortados. Tiene una textura adictiva, no quiero dejar de tocarlo.

Memorizo cada detalle poco relevante. Veo una cicatriz en su brazo del tamaño de un grano de arroz y lo almaceno. En su dedo hay otra: muestra de que es un chef descuidado con los cuchillos. Sus brazos son una mezcla graciosa entre el blanco y el moreno, al parecer no usa bloqueador solar; también están cubiertos de granos diminutos, como si sus poros estuvieran al revés. Comienzo a pensar que tengo una fijación con sus brazos, porque las venas que traslucen su piel me provocan seguirlo mirando. Por último están sus clavículas: la derecha más salida que la izquierda.

No van a cambiarme a mi chico de la biblioteca de nuevo, recordaré cada seña particular por más mínima que sea. Así sabré que es él.

Y en el momento en que abre los ojos me quedo hipnotizada intentando memorizar las grietas en su iris, los diferentes tonos de café dentro de sus ojos. No sé qué decir y no digo nada por un largo rato. Parece que él también me escanea.

Por instantes creo que no me reconozco. Me subo a sus piernas, le digo que lo amo, le aseguro que no me voy a ir y lo beso como si fuera cosa de todos los días. Le digo que lo amo como si verlo por primera vez no fuera un evento extraordinario. Me acurruco a su lado como si llevara haciéndolo toda la vida. Y tomo su mano con la ligereza de haber paseado así cientos de veces antes.

Por alguna razón, estar cerca es más fácil que no estarlo. Pienso que es más sencillo pasar todos mis días con él a pasar un segundo más separados. Estar con él es ser feliz sin siquiera tener que pensarlo.

Cuando dice que olvidemos nuestros nombres es un *déjà vu*. Parece que él se ha convertido en mí, pidiendo que olvidemos las identidades. No dudo en aceptarlo y su sonrisa me dice que tomé la decisión correcta.

—Bryce —lo llamo, rodeo su brazo y empezamos a caminar.

—Dime, July.

—¿Puedo seguir llamándote Nori?

—¡Creí que jamás lo dirías! —suelta aliviado. Yo sonrío por dentro.

—Es un lindo nombre, pero me gusta más el que te inventé.

—¿El nombre de alga? Sí, es lindo.

—¿Dónde estamos?

—¿A dónde vamos? —pregunta él como si leyera mi mente.

—Curioso, yo estaba siguiéndote a ti.

—Si soy la guía designada, diría que... podemos seguir en esta dirección hasta que nuestros pies dejen de responder.

Demasiado pronto para pensar en el «hasta que», solo caminemos, no quiero pensar en el después.

—¿Y de qué vamos a hablar mientras tanto?

—De todas esas cosas que las reglas nos impidieron hablar antes. —Me da un toquecito en la nariz—. Tengo muchas preguntas que hacerte.

—Está bien, comienza.

—Bueno, déjame pensar... Si tuvieras un superpoder, ¿cuál elegirías?

—Eso podría haberlo respondido en cualquier momento.

—¡Pero se me ocurrió ahora! No vengo con preguntas preparadas.

¿Ah, no? Yo sí.

—Bien. Según mi lógica los superpoderes surgen para responder a necesidades del momento. Diría que lo que más necesito es tiempo, que el día tenga más horas. Y si algo extraño de no tener tiempo es leer. Así que... quisiera el superpoder de abrir un libro y que se detenga el tiempo. Pasaría horas en la biblioteca.

También pasaría horas en la biblioteca contigo aun si no tengo ese superpoder.

—Es algo muy específico. Yo elegiría volar como todo el mundo. Debí suponer que la creativa aquí eras tú. —Me regala un beso en la frente—. Sigues tú.

—¿Cuál era tu evento importante de hoy del que hablaba Adam?

—Cociné para un chef, quiere reclutarme como pupilo —anuncia sin darle mucha importancia.

—¡Eso es increíble, Nori! ¿Cuándo inicias?

—En realidad no estoy muy seguro de ir —cuenta. Por su mirada parece que quiere, pero hay algo que no le convence.

—¿Qué carrera estudias?

—Derecho.

—No te va nada —señalo con la boca de lado.

—Lo sé —suspira.

—¿Y por qué no quieres ir con el chef?

—Creo que ya es muy tarde para eso. No me está ofreciendo estudiar algo, solo que sea su pupilo, puede que se harte de mí a la semana. Me quedaría sin carrera ni trabajo.

—Entonces pídele un año a la escuela.

—No sabía que el tiempo se podía pedir, ¿se puede a domicilio?

Sonrío con sus bromas tontas.

—Ya en serio, ¿qué es eso de pedir un año?

—Pues le dices a la escuela que te espere por un año, se le llama baja temporal. Cuando termine, vuelves y retomas donde estabas, o no, te puedes dar de baja. Se tramita la primera semana después de vacaciones, debe ser en un mes más o menos —le explico. Algo surgió de pasar todo el rato en la página de la escuela para buscar información de enfermería y engañar a mis padres.

—¿O sea que puedo irme con el chef y si no funciona regresar el siguiente año como si nada?

—En síntesis, sí.

—Podría intentarlo —dice, aunque no parece que sea para mí, más bien se lo piensa para sí mismo.

—Deberías. Derecho no te va nada. Tú me decías que siguiera lo que de verdad deseaba, ahora te lo digo yo a ti. —Me paro frente a él y le hablo con el tono que uso para replicar las

citas de libros—. Sigue tus sueños.

—Lo haré, lo haré —ríe.

—Vale.

A él le toca hacer una pregunta, pero no logra pensar en ninguna y yo tengo otra que se me acaba de ocurrir.

—¿Hace cuánto conoces a Adam?

—Puf, desde que tengo memoria. Adam puede ser un idiota, pero es como de la familia. Pasa Navidad en mi casa cada año sin falta.

Me pregunto si sería muy raro pasar Navidad con Nori. Me pregunto si para esa fecha tendré padres otra vez. Quisiera estar con él en fechas especiales por gusto y no porque no tengo otro lugar al que ir.

—¿Te parece raro... lo de Adam? —averiguo. Después de todo, él es su amigo y yo... ¿Su novia? Suena raro.

—La verdad no, nunca tuvieron nada que ver en realidad. Y aun si hubieras salido con él, hubiera sido antes. Ninguno de nosotros sabía la conexión. ¿A ti te parece raro?

—Ni un poco. Solo preguntaba.

Seguimos caminando, pasamos bajo una farola y le doy un beso en la mejilla antes de continuar.

—Ya se me ocurrió una, ¿hace cuánto cortaste tu cabello?

—No tiene mucho, pasé frente a la peluquería y me decidí. —Toco las puntas—. Todos dicen que se veía mejor antes.

—Bueno, a mí me gusta más ahora.

—¿Por qué?

—Porque tú lo querías así, ¿no? Siento que con el cabello corto, te ves más tú.

¿Cómo es que puede decir todo lo que quiero escuchar? Deja de enamorarme por solo cinco minutos, o explotaré.

∞∞∞∞

No sé cuándo pierdo las pocas reservas que tenía y comienzo a reír a carcajadas. No alcanzo a contar las preguntas que nos hacemos el uno al otro, me quedo en la treinta y dos. Pierdo la cuenta de las horas que llevamos paseando y no me molesto en ver el reloj. Tampoco le doy importancia a las tres veces que pasamos cerca de mi calle, supongo que me acompañará para dejarme más tarde, pero por ahora no diré nada.

Estoy segura de que hemos pasado al menos unas seis veces ese punto en que dices «Es tarde, debería irme a casa». Lo evadimos y caminamos como si fueran las tres de la tarde y no de la mañana.

Clarease está dispuesta a perdonar llegar tarde solo una vez, y definitivamente usará ese cupón hoy. Michelle sabe que estoy bien, le escribí hace horas. No tengo preocupaciones más allá de cuál será mi pregunta siguiente.

Lleno los huecos que me faltaban de su vida mientras respiro su aroma. Él toma un turno largo para hablar cuando le pregunto por sus historias, esas que me conquistaron la primera vez. Quiero saber qué pensaba en cada uno de los momentos importantes al escribir y a él no le molesta contarlos, es una persona muy abierta, un complemento perfecto para la chica callada que soy yo.

En otro momento, dejo que hable de las recetas que me ha preparado. Me cuenta cada

curiosidad, de esa vez que se comió la parte medio cruda porque se le hizo tarde cocinando o aquella vez que olvidó ponerle sal y le sorprendió que no lo notara —sí lo noté, no hace falta decirle—. Habla de ingredientes que no conozco, pero lo escucho igual, hay algo hipnótico en escucharlo hablar de algo que le apasiona.

Aunque mis explicaciones son menos detalladas que las tuyas, no me niego a responder nada. Sé que él elige con cuidado lo que va a preguntar. No menciona a mis padres y lo agradezco. Poderle hablar de Michelle, de Kenia y contarle que estoy viviendo con Clarease es un alivio, hace mucho que quería que lo supiera.

Complementamos anécdotas. Por ejemplo, de la vez en que fui a la biblioteca y me creí escuchar sus pasos, para luego enterarme de que estaba justo allí; dice que no prestó atención a donde yo estaba, porque efectivamente lo que buscaba era la caligrafía de las chicas en las mesas.

O todas esas veces en que lo vi a lado de Adam, pero nunca le presté atención. Le confieso que me parecía un *snoob* reservado; él confiesa que yo le parecía una chica callada e inaccesible.

Paseamos en zonas que todavía tienen gente y nos detenemos por un rato en una cafetería que funciona veinticuatro horas. No duramos mucho allí, nos gusta más caminar para seguir en nuestro propio mundo.

Tengo tantas cosas que contarle, tantas historias que explorar. Pero se hace tarde, o más bien, temprano. El sol parece querer asomarse: el cielo deja de ser oscuro y noto las nubes reemplazando a las estrellas. Debo mirar el reloj.

¡Cinco y veinte de la mañana!

No entiendo cómo mis pies han aguantado tanto.

Aunque no quiero, le pido que me lleve a casa. En unas horas debo ir a la escuela. Usaré mi hora libre entre clases para quedarme a dormir en el pasto del campus. Debo dormir, diez minutos bastarán. Luego un baño, el desayuno y estaré como nueva.

Estamos frente a la puerta de la casa de Clarease.

—Así que aquí viven —comenta él.

—Sí. Duermo aquí todas las noches, excepto esas en las que conozco a un tal Nori.

—Ojalá sigas olvidando cosas y me conozcas de nuevo alguna otra ocasión.

Me saca la última risilla de la noche/madrugada/mañana.

—Probablemente utilice la hora del almuerzo para dormir en el pasto —dice él en un bostezo mientras se estira.

—¿De nueve a diez?

—¿Eres adivina? —se sorprende.

—Es mi hora libre también, suelo ir a la biblioteca, pero hoy dormir suena mejor. Quizá te encuentre por allí.

—Tal vez. Podría ir a recogerte, digo, quizá necesitas un brazo que sirva como almohada. Ya sabes, para estar más cómoda.

Sí. Abrazarlo y dormir es uno de esos sueños que no sabía que tenía hasta hoy. Pero en unas horas he aprendido que me divierte fingir que no lo deseo tanto como lo deseo, y a él le divierte que intente ocultarlo, siendo tan obvio.

—No me hace falta, mi suéter puede hacer de almohada —respondo, él frunce los labios, decepcionado—. Pero tu cronómetro me serviría mucho para no pasarme de la hora.

—Llevaré el cronómetro entonces. También llevaré mi brazo por si el suéter desaparece de manera inexplicable.

—Llevaré mi cabeza, por si tu brazo la necesita.

Más tarde, a las nueve de la mañana, Nori descubre que babeo al dormir.

∞∞∞∞

Las personas aman los finales felices, y para la mayoría un final feliz solo está completo cuando los protagonistas caminan hacia el altar, se juran amor eterno, y luego los ves en una casa acogedora jugando con un niño llamado Jesse y una niña llamada Leslie. Porque claro, serán un niño y una niña para complacer a todos.

Pero a mí me gustan otra clase de finales.

Me gusta cuando las cosas están cincuenta/cincuenta. Ellos podrían ser todo o no ser nada por el resto de sus vidas. No sabes qué pasará, solo puedes imaginarlo y rezar para que ella no se aleje cuando las cosas se pongan difíciles. Pero no te dejan ver eso, todo acaba con una simple sonrisa mientras ella despierta a las diez de la mañana, en el pasto y nota que el chico que tiene a lado no ha dormido nada para poder velar sus sueños.

Y es esa sonrisa la que te dice que serán todo.

Epílogo

Fayna está a mi lado durmiendo, babea justo como lo hizo aquella vez en el pasto cuando ambos estábamos exhaustos luego de hablar toda la noche. Han pasado dos años desde entonces y dormir juntos se convirtió en una rutina. A menudo digo que estoy cansado solo para verla tranquila, soñando con una casa de muros arcoíris. Por fortuna, ella sí está cansada.

Esta vez no dormimos tumbados en el pasto, esta vez estamos en mi habitación. Casi es de ambos, después de todo, hay un montón de ropa que ha dejado ya que se queda conmigo los fines de semana. Excepto las veces que ve a su mamá o su papá, se lo ha tomado con calma desde que se divorciaron, pero va al menos una vez al mes con cada uno.

Quiero tomarle una foto y añadirla a mi colección de ella babeando en mi brazo. Me muevo con mucho cuidado para alcanzar mi celular, no lo suficiente como para no despertarla.

—Hola, Nori. —Me sonrío. Ella dice que a nosotros no nos hacen falta apodos cursis, que le encanta llamarme Nori porque es algo solo nuestro.

—Buenos días, mi brillante arcoíris. —Yo no tengo límites en cuestión de apodos cursis. Arcoíris es uno de muchos.

—No estabas dormido, ¿verdad?

—Resultó que no tenía tanto sueño —comento, despreocupado.

—Qué casualidad. —Me regala su sonrisa cómplice. A estas alturas sabe que soy fan de admirarla y pensar en lo mucho que la amo—. Tramposo.

Fayna entonces se levanta y se sienta al filo de la cama.

—Sabes... estaba pensando en algo mientras dormías —le cuento.

—¿Qué cosa? —dice mientras se despereza.

—¿Y si nos casamos, mañana?

Su respuesta es inmediata: deja de estirarse y voltea a verme con una cara entre la confusión y diversión. Aun con esa cara vuelve a mí, se recarga en mi pecho. No lo está tomando en serio y eso es justo lo que esperaba.

—Espera, espera. ¿Sustituyeron a mi Nori por otro chico muy parecido? Porque si mal no recuerdo el Nori que yo conozco me hizo un poema con un montón de palabras raras solo para confesar que estaba enamorado; pero esta copia de Nori está proponiéndome matrimonio en una habitación desordenada, así como si nada. Comprueba que mis cicatrices sigan en su lugar.

—Soy el mismo. Un Nori con una idea que creo que te va a gustar.

—Cuéntame —pide con el rostro iluminado.

—Bueno: involucra la biblioteca de la escuela, a Adam, a Michelle y Clarease. ¿Te interesa?

—Necesito más detalles. —Mueve sus pies en el aire: le agrada.

—Bueno, no conozco a ningún cura.

—Y yo no soy católica —agrega.

—Ni yo. Tampoco soy multimillonario o algo así, no creo que te interese casarte por el civil conmigo, no te conviene.

—Bueno, eres un aspirante a chef aún, supongo que los estudiantes no tienen mucho dinero. Tampoco las maestras de arte son el mayor ejemplo de riqueza.

—Exacto. —Le doy un beso en la frente—. Así que ¿recuerdas las ferias en la secundaria donde unos niños juegan a casarse con otros con un acta falsa que dice un montón de tonterías?

—Lo recuerdo, hubo una de esas en una feria hace tres años: me casé con Michelle.

—Bueno, pues tendrás que divorciarte, porque quiero que hagamos eso tú y yo. Mañana. Mañana en la biblioteca. Mañana en la biblioteca con Michelle, Adam y Clarease.

Lo piensa un segundo. Es una tontería, una locura, quizá es solo un juego, pero por favor di que sí. Juega a casarte conmigo.

—¿No podemos tener un poliamor con Michelle? Ya sabes, los trámites de divorcio son muy lentos y además quiero que Michelle sea mi testigo, si le digo que nos divorciemos no sé si estará de buen humor para aceptar.

—Ya es un poliamor porque Michelle está saliendo con Adam. No terminé la carrera de Derecho, no sé si es legal que tu esposa sea tu testigo para casarte con tu otro esposo.

—Yo digo que está dentro de la ley. No vi a nadie en la feria pidiendo antecedentes.

—Bueno, lo haremos funcionar. ¿Aceptas?

—¿Puedo casarme con un vestido de colores?

—No esperaré menos.

—¿Y cómo sabes que Clarease te dejará usar la biblioteca para eso?

Lo sé porque no es una idea tan espontánea. Porque cuando le conté a Clarease que se me habían agotado las ideas creativas de citas, ella me ofreció la biblioteca un domingo que no hay nadie. A ella se le ocurrió una cena romántica, pero mi idea va un poco más allá.

—Es secreto.

—¿Ya estabas planeando esto? —adivina.

—Quizá —respondo, no la veo a los ojos para no delatarme más.

—Tu cara me dice que sí, ¿hace cuánto?

—Dos meses —confieso.

—¿Y qué ibas a hacer si decía que no?

«Si decía que no», o sea que ya dijo «sí».

—Pedir que cancelaran las flores, compensar a Adam por la renta desperdiciada de su traje y decepcionar a Clarease. Hubieras desperdiciado un texto muy bueno para el acta.

—¿Habrá comida después?

—No podría llamarme chef si no cocino para mi propia boda. Mini-hamburguesas para la entrada. Camarones bañados en esa salsa que te gusta, lo acompañaría con una ensalada de uvas con aderezo de miel. Y un *cheesecake* de moras como postre.

Ella se saborea los platillos en la mente.

—Me atrapaste con tu comida: acepto.

La abrazo de inmediato, más bien la atrapo entre mis brazos y le doy vueltas en la cama de la emoción. Ella me mira con su preciosa sonrisa y le doy pequeños besos en el rostro una y otra vez. No puedo contener la emoción. Sí, es una tontería. No es una boda real, no tiene un significado ante ninguna ley; pero para mí lo tiene y para Fayna también.

—Te amo, Nori.

Adoro cómo resplandece al decirlo, adoro cómo me mira a los ojos como si no existiera nada más.

—Te amo, Fayna.

Se recuesta en mi pecho para, un segundo después, levantarse. Me golpea la barbilla con su cabeza, mi mandíbula se cierra y provoca que muerda la lengua.

—Lo siento, lo siento —exclama al verme con la lengua por fuera y una expresión de dolor—. Es que se me ocurrió una idea.

—¿Cuál idea?

¿Qué raro que no puedas pronunciar la ele con la lengua entre los dientes?

—Perdón, ¿cuál idea?

—Ninguno de los dos va más a esa escuela, entonces... si vamos allá mañana, podríamos dejar una última nota, para despedirnos de la biblioteca como se debe.

—¿Y qué diría esa nota?

Sin responder se levanta, va por su bloc de notas color pastel —sigue dejando notas por todos lados para avisarme algo, hace unos meses optó por dejar un bloc aquí—, también una pluma que está sobre el escritorio.

Escribe algo en un papel y me lo entrega con una sonrisita de emoción, como una artista orgullosa.

La curiosidad mató a los gatos, pero aún tenían otras seis vidas para estar juntos.

Agradecimientos

Esta novela es muy especial para mí, ya que llevo con Fayna y Nori desde que tenía trece años y publicaba en un blog todas mis ocurrencias.

Uno de mis más importantes aprendizajes con esta historia es que tenía que deshacerme de la idea de que el amor te hace sufrir y el amor verdadero es el que dura eternamente. Por eso en esta historia los protagonistas nunca tienen una gran pelea, ni vemos su futuro cincuenta años después.

Yo amo a esta pareja y quiero imaginar que siempre se harán felices el uno al otro y permanecerán juntos, pero eso es cosa de ellos, ya no forma parte de este libro.

Antes de irme quiero agradecer a un par de personas. Primero que nada a mis lectores betas: a mi amiga Karen, que, aunque no hablamos mucho, siempre te tendré en mi corazón como la primera persona que creyó en mi escritura. Y a mi novio Juan, que me acompañó en el proceso de escritura y me animó en cada paso.

También agradezco a Natalia, Raquel y todas las personitas de Wattpad que leyeron alguna vez mi historia y dejaron un comentario, por más simple que fuese. Me animan a seguir adelante y llenan de sonrisas mis días.

Aunque me he mandado gran parte de la edición yo sola, también agradezco a Dariana o Cabu, que logra diseños increíbles para reflejar el alma de mis libros en una sola imagen. Mención importante a Raquel que me salvó en la corrección.

Gracias a todas las personitas que hacen contenido en redes sociales, academias de escritura o páginas como Skillshare. Gracias por darme las herramientas necesarias para pulir mi trabajo y llevar estos personajes de mi cabeza al papel.

Nos vemos en una próxima aventura.



Sigue a Anaid Liddell